



José María Vilaseca

La conformidad con la voluntad de Dios

Manuscrito: *De la conformidad con la voluntad de Dios*, [1865], tomo 3, ff. 7 - 48 (intercalado en el manuscrito de *Ejercicios*), sin prólogo; original AGMJ, Fundador, Manuscritos

No tiene prólogo. El manuscrito comienza así:

De la conformidad con la voluntad de Dios.

Capítulo 1. De la Regla que san Vicente nos ha puesto sobre la conformidad con la voluntad de Dios.

1a. edición: *Tratado sobre la conformidad con la voluntad de Dios*, Tipografía Religiosa, Manuel Trigueros, Esquina de la Concepción, México, 1904

Prólogo: México, 9 de abril de 1904

México, 9 de abril de 1904.

Decir de una virtud que se llama *conformidad con la voluntad de Dios* es hacer de ella el mayor elogio, así como el más grande y brillantísimo panegírico que hacerse puede de un santo es asegurar de él que, desnudo de sí mismo, ha hecho en un todo la santísima voluntad de Dios, aplicando siempre el *Señor, no como yo quiero, sino como tú*¹.

Siendo nuestros deseos que así sean todos los miembros de ambas familias josefinas, revisamos a este fin un pequeño trabajo que hicimos cosa de unos cuarenta años atrás, y deseando empezar en la práctica, lo mismo que intentamos introducir en el corazón de nuestros siempre queridísimos hijos, con todo el afecto de nuestra alma, lo comenzamos, queremos continuarlo y aun concluirlo a la mayor honra y gloria de Dios, de la inmaculada y divina María subida a los cielos y de su virginal esposo señor san José.

2a. edición: *La conformidad con la voluntad de Dios*, misioneros Josefinos de México, México, 1985

¹ Mt 26,39.

Capítulo 1. De la regla que tienen todos los religiosos de conformarse con la voluntad de Dios

1. Jesucristo exigiéndonos la conformidad

*Vendrá un día, nos dice la Verdad eterna, en que muchos me dirán: Señor, Señor, he ahí que en tu nombre profetizamos, echamos los demonios, quitamos la ignorancia de los entendimientos en fuerza de la predicación, limpiamos los corazones de la inmundicia del pecado, dimos muchas tandas de ejercicios, nos dedicamos a la práctica de las santas misiones y procuramos en favor del género humano cuanto el Evangelio nos inculca. Muchos dirán en aquel día: Señor, Señor, en tu nombre hemos profetizado, y en tu nombre hemos arrojado a los demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros, pero yo les diré: apartaos de mí, no os conozco, apartaos de mí; porque obrasteis la maldad. Apartaos de mí, porque en cuanto operasteis, hicisteis vuestra voluntad y no la mía; porque bien sabíais que está escrito que no se salvarán los que obraren, sino aquellos que lo hicieren conformando su voluntad con la mía: No todos los que dijeren: Señor, Señor, entrarán en el Reino de los cielos, sino que tan sólo aquel que hiciere la voluntad de nuestro Padre celestial, éste es el que entrará en el Reino de los cielos.*¹

Al contrario, los que hacen esta voluntad divina reciben ya en este mundo la mayor gloria, honor y privilegio, supuesto que el mismo Jesucristo Señor nuestro los apellida sus hermanos, sus hermanas y aun su misma madre. *¿Quién es mi madre y quién es mi hermano?*, preguntó a las turbas que lo rodeaban. Y Él mismo, mirándolos, contestó diciéndoles: *He aquí mi madre y mis hermanos; pues el que hiciere la voluntad de Dios, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre.*² Hasta este punto Jesucristo nos exige la conformidad con la voluntad de Dios, y hasta este punto hace de su práctica el mayor de los encomios. ¡Qué virtud tan divina, que no llamándose caridad es lo más perfecto de la caridad misma, virtud que acompaña a las demás virtudes, como la vida a las acciones del hombre, virtud que forma el divino alimento de Jesucristo y virtud tan necesaria a un josefino que no se la puede concebir mayor, porque jamás será uno perfecto misionero o perfecto josefino, sino en cuanto se conformare con la voluntad de Dios!

Nosotros nos tendríamos por felices si supiéramos señalar el grado de conformidad que pide a los religiosos su Regla, con las perfectas Constituciones que a ambas familias josefinas acaba de dar la Santa Sede. Mas, ¡ah!, y cuánta es nuestra miseria. No, ¡Salvador mío!, ni sabemos decir hasta qué punto estamos obligados a conformarnos con la voluntad divina, pero confiados en aquella luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo lo ensayaremos en favor de nuestros hijos e hijas, no según nos plazca, sino en cuanto la Regla de un religioso nos lo ordena.

2. Motivos que nos da la Regla de un religioso para que la practiquemos

Ella nos encarga de tal suerte la conformidad con la voluntad de Dios, que quiere que pensemos, digamos y practiquemos el *Señor, no sea lo que yo quiero sino lo que quieras tú*,³ y que lo pensemos, lo digamos y lo practiquemos de modo que en nombre de Jesús, María y José, afirmemos con toda verdad: *Yo hago siempre lo que le agrada a Él.*⁴

Por tanto, interpretando la Regla, digamos así: *Y porque aquel piadoso ejercicio, que consiste en hacer siempre y en todas las cosas la voluntad de Dios, es un medio seguro para conseguir en*

1 Mt 7, 21-23

2 Mt 12, 49-50

3 Mt 26, 39.

4 Jn 8, 29

*poco tiempo la perfección cristiana, cada uno hará todo lo posible para hacérselo familiar.*⁵

Tres motivos tenemos para practicar la conformidad con la voluntad de Dios: el primero, considerar a la conformidad como piadoso ejercicio; y bien puede, además, decirse, que así como entre los líquidos el más provechoso y el que más necesitamos es el agua, así entre las virtudes la más provechosa y necesaria es la santa conformidad; porque ella no sólo es lo práctica de un ejercicio de virtud sino que debe afirmarse que es también lo piadosísimo. Ya no hay motivo de dudar sobre lo que estamos diciendo, después que san Pablo ha declarado que *la piedad es provechosa para todo*⁶, porque de esto se sigue que todo lo piadoso es útil y provechosísimo. Y, ¿qué será con lo que debe llamarse lo muy piadoso? Además, toda obra buena es piadosa; todo ejercicio de devoción piadoso; todo acto que practica la religión cristiana es piadoso y todo cuanto hacemos como religioso es piadoso; ¿y qué será de la práctica de la conformidad con la voluntad de Dios, que es por antonomasia el ejercicio que abraza a todos los ejercicios y que, componiéndose de todos los actos de piedad, los supera a todos, como los inmensos bosques de nuestras Américas superan los insignificantes jardines de las ciudades europeas? ¡Oh, qué grande es el alma que se conforma con la voluntad de Dios! ¡Qué privilegiado el religioso que vive entretenido en tan divino ejercicio! ¡Qué rápidos serán los adelantos de una hermana Josefina, en la práctica de todas las virtudes! Porque a la manera que el sol que se asoma en el oriente ya no retrocede sino que pasando adelante concluye en aquel día su carrera; así, de un modo semejante, sucede con el misionero y con la Josefina que se conforman con la voluntad divina, porque con la práctica de tan piadoso ejercicio comienzan a hacerse santos y, sin mirar atrás, llegarán a la perfección; y no podía ser de otro modo, supuesto que tratan de conformarse, siempre y en todo con la voluntad de Dios.

El segundo motivo es ser este ejercicio un medio certísimo para adquirir la perfección cristiana; y como no hay cosa tan necesaria a un religioso que la santidad, resulta que de nada necesita tanto como de este ejercicio. En efecto, como religioso soy llamado por Dios y desde toda la eternidad para ser santo; fui escogido en el tiempo y con la gracia de la vocación para ser santo; fui admitido en el seminario para ser santo; dirigido durante uno o dos años en los caminos de la vida espiritual para ser santo; se me concedió la gracia de los votos para ser santo; y se me dieron unas reglas santas, ocupaciones santas, ejercicios santos, ejemplos santos, conversaciones santas y aun se me dio noticia, por medio de las Constituciones, de la más encumbrada santidad.

Pues si hasta este punto los religiosos están obligándose a ser santos, ¿quién habrá que no procure la santidad? Y si la santa Regla de los religiosos en la práctica nos da un medio certísimo para adquirirla en poco tiempo, ¿quién habrá que no lo emplee? Pues sepamos que este medio no es otro que la santa conformidad con la voluntad de Dios; y sepamos también que es un medio cierto, pero con una certidumbre tal que excluye a todas las dudas, porque ningún otro medio la obra, si no es conforme con la voluntad de Dios; y todos los otros medios son más o menos eficaces, según tuvieren más o menos de la divina conformidad. ¡Oh, Salvador!, haz que siempre nos conformemos con tu divina voluntad. ¡Oh amantísimo padre mío, señor san José!, alcánzanos de tu Hijo divino para toda la Congregación este gran medio de santificación.

El tercer motivo es habernos hecho de su práctica una regla, y regla que hemos de practicar no como quiera, sino con todas las fuerzas; motivo es éste sumamente eficaz para todo verdadero religioso: *A fin de que, con el tiempo, puedan alcanzar la práctica de la perfección de su Reglas, que consiste en la imitación de Jesús, María y José, para poder decir un día con toda verdad:*

5 RCM 2, 3.

6 1Tm 4, 8

“Yo hago siempre lo que es del agrado de mi Padre celestial”.⁷ Así pues llegaremos a la más encumbrada perfección.

3. En qué consiste la conformidad con la voluntad de Dios

Sin nada de exageración, creemos poder decir a todos nuestros hijos e hijas que *consiste en hacer siempre y en todas las cosas la voluntad de Dios*.⁸ Por tanto, no consiste en hacer mi voluntad, ni en obrar según mis caprichos, ni en hacer las cosas según mis deseos, ni en el desempeño de lo que me encargaren según mi peculiar modo de ver, sino que consiste en hacer la voluntad divina; y no sólo en lo necesario, sí que también en lo innecesario; no sólo en las cosas grandes, sino que se extiende aun a las más pequeñas; y no sólo en lo que la Regla nos ordena, sí que también en todo lo demás que nos indicaren los superiores: *en todas las cosas*. Por tanto, hemos de obrar así, no digo solamente en el noviciado, sino que mucho más siendo estudiantes, y mucho más siendo profesos, y mucho más siendo ya sacerdotes, y mucho más siendo ancianos, y aun mucho más siendo oficiales de la casa, y mucho más todavía formando el gobierno del Instituto; porque a la manera que un metal, cuanto más se pule, tanto es mayor el brillo que despide, así un misionero, tanto debe brillar en la santidad, cuanto es mayor el tiempo que tiene de vocación, porque cada uno de sus días es un nuevo pulirse a lo divino.

Es muy corta la definición que hemos dado al tratar de definir en qué consiste la conformidad de los misioneros y josefinas con la voluntad de Dios; pero ella abraza cuanto puede decirse sobre virtud tan necesaria. ¡Oh, qué ejercicio tan dulce, supuesto que se funda en hacer la voluntad del que es la dulzura misma! ¡Qué ejercicio tan seguro en la misma! ¡Qué ejercicio tan seguro en la práctica, ya que enseña a poner los pies en las huellas que nos dejó estampadas la sabiduría infinita! ¡Qué ejercicio tan útil, ya que trae consigo la práctica de toda virtud! ¡Qué ejercicio tan propio para un misionero y una josefina, ya que su vida ha de ser copiar la de nuestro Señor! ¡Oh!, pidamos siempre a Jesús, María y José la gracia de conformarnos en un todo con nuestro Padre celestial, como ellos lo hicieron.

4. Nos obliga a hacer y evitar lo que debemos

La conformidad con la voluntad de Dios, no ha de ser una planta infecunda para nosotros, sino que hemos de familiarizarnos con ella, de tal modo que, como árbol plantado cerca la corriente de las aguas, nos dé los más admirables frutos que expresamos, diciendo: *Hacer debidamente lo mandado y evitar lo prohibido, siempre que conozcamos que el precepto o la prohibición provienen de Dios, de la Iglesia, de nuestros Superiores o de las Reglas o Constituciones de nuestra Congregación*.⁹

Bellas palabras que nos describen al justo que, según David, era bienaventurado; que no se guía del consejo del impío y que no habitaba en la casa de los pecadores, sino que, apartándose del mal y obrando el bien, seguía practicando la virtud como el árbol fructífero más hábilmente cultivado, el cual da muy abundantes y sazonados frutos a su debido tiempo. Si así obráramos ¡qué conducta la nuestra! Conducta celestial apartarse del mal y obrar el bien, conducta que caracteriza al verdadero justo y conducta que nos impone nuestra santa Regla de la conformidad. ¡Oh, cuán agradecidos tenemos de ser a Dios por la gracia de la vocación! ¿Cuándo habríamos llegado en el mundo a hacer todo lo que nos está mandando y a no hacer nada de lo que está prohibido? Con todo, esto no es más que el primer fruto que debe producir en los misioneros y

7 RMJ 12, 19; Jn 8,59.

8 RCM 2, 3

9 RCM 2, 3, 1o.

josefinas el místico árbol de la conformidad.

¡Poderosísimo José, haznos a todos, plena y eminentemente, conformes al divino querer! ¡José amantísimo, padre nuestro señor san José, danos la práctica de la conformidad con Dios!

5. Nos hace obrar según el espíritu y nunca según la carne

El segundo fruto que trata de la conformidad con la voluntad de Dios es en gran manera admirable, y tendremos un santo gozo espiritual en intentar su declaración diciendo: *Cuando al obrar se nos ofrecen varias cosas indiferentes, dar la preferencia a las que repugnan a la naturaleza, más bien que a las que la contentan; a no ser que las cosas que agradan a la naturaleza sean necesarias, porque entonces hay que darles la preferencia, aunque procurando mirarlas no en cuanto agradan a los sentidos, sino en cuanto que son más agradables a Dios. Y cuando se presenten al mismo tiempo varias cosas que, siendo de sí indiferentes, no son ni agradables ni desagradables, entonces conviene ejecutar indiferentemente cualquiera de ellas, como ofrecidas por la divina Providencia.*¹⁰

Esto es lo que forma el compendio más perfecto de cuanto la Regla dice a los religiosos sobre la conformidad con la voluntad de Dios, y de cuanto debe hacer en fuerza de los santos votos; porque todo está encerrado, en obrar nunca según el hombre viejo, y siempre según Jesucristo; vida celestial, cuya práctica nos inculcó san Pablo, cuando nos dijo: *Vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí*¹¹.

Y vida divina que obliga a todos nosotros en fuerza de la Regla que nos dice: *Conformarse en las cosas agradables o que nos placen, nos honran o son conformes a nuestro modo de ser; haciéndolas o dejándolas de hacer, no porque nos gustan o disgustan, sino por ser la voluntad de Dios.*¹²

¡Oh, Salvador mío! ¿Quién fuera como Pablo, ya que él fue tu copia tan perfecta que pudo decirnos que fuésemos sus imitadores? ¡Señor san José, ayúdanos, socórrenos, asístenos y protégenos con tu intercesión! Amén, amén, amén.

6. Nos hace considerar cuanto nos sucede como venido de Dios

El considerar todo cuanto nos sucede como venido de Dios, es otro de los dulces frutos del místico árbol de la santa conformidad, y a este fin lo encerramos en la siguiente sentencia: *Recibir con igualdad de ánimo, y como venidas de la mano paternal de Dios, todas las cosas que nos suceden de improviso, como aflicciones o consuelos, ya corporales, ya espirituales.*¹³

Esta sentencia entraña un medio poderosísimo para conformarnos del todo, porque, ¿quién habrá que haga o deje de hacer una cosa sabiendo que resiste a la voluntad de Dios?

Sea el hombre más malo que imaginarse puede, que mientras que le haya quedado una sola centella de fe, ya su maldad no se extiende a que pueda rechazar abiertamente la voluntad de Dios, y ¿cuánto menos ha de poderlo hacer un misionero o una hija de María Josefina? Convengamos, pues, que la práctica de la conformidad es un medio eficacísimo de hacerse uno santo, un medio casi incapaz de resistirse; medio dulcísimo, porque el alma que lo practica llega por este camino a gozar lo que sólo saben el amado y la amada; medio práctico, porque no hay acción, ni palabra, ni pensamiento que esté libre de su influencia suavísima; medio dignísimo del amor que profesamos a nuestros hijos; medio que nos hará dichosos procurándolo con todo el

10 RCM 2, 3, 2o.

11 Gá 2, 20

12 RHJ 12, 3, 6°.

13 RCM 2, 3, 3°.

afecto de nuestra alma; y medio que ojalá que lo empleemos con la extensión y perfección de la Regla. ¡Poderosísimo señor san José, a fuer de padre nuestro, concede esta gracia a todos tus hijos! Amén, amén, amén.

7. Nos hace obrar con el único motivo de agradar a Dios

Concluimos los dulcísimos efectos de la conformidad con la voluntad de Dios, diciendo: Que ella nos hace agradar en todo a Dios; y obrando de este modo imitamos a Cristo Señor nuestro en cuanto lo permita nuestra miseria; porque Él siempre, en toda ocasión y en toda circunstancia siempre lo cumplió, por esto dijo con toda verdad: *Yo siempre hago lo que agrada a mi Padre celestial.*

Hacer todas estas cosas por el único motivo de cumplir el divino beneplácito, y para imitar, en cuanto esté de nuestra parte, a Jesucristo, el cual cumplió siempre todas las cosas por tan nobilísimo fin, según lo dijo El mismo. “Hago siempre las cosas que agradan a mi Padre”.¹⁴

Y por decirlo con la Regla: *Hacerse todavía mucho más perfectas, yendo a Dios por el camino heroico de hacer siempre y en todo lo mejor.*¹⁵ ¡Ved el motivo de las almas grandes!, y motivo que apenas es conocido en el mundo. Obrar puramente por Dios es el grande medio que nos da el ser religioso, y nada más justo que, habiéndonos enseñado lo que habíamos de hacer, nos promulgará el modo perfectísimo de hacerlo.

Con razón, pues, nos lo ha puesto, porque para que nuestras obras sean meritorias de vida eterna, hemos de obrar no porque me place, o porque mi genio me induce a ello, o porque una necesidad temporal así me lo pida, o por cualesquiera exigencias del amor propio, sino que debemos de obrar con una fe que sea la más viva, con una esperanza confiadísima y con una caridad tan inflamada, que, en cuanto es dable a una criatura, sea con la caridad de Jesucristo, que no deseaba otra cosa que conformarse con la voluntad de su Padre.

Para que lo comprendamos mejor, vamos a hacernos cargo del acto más perfecto de conformidad de Jesucristo con su Padre celestial, y lo encontramos en el momento solemne en que aparecía enarbolado en el calvario y daba el espíritu a su Padre celestial. ¡Qué sacudimiento el de su cuerpo santísimo cuando la cruz cayó de golpe en el agujero de la peña! ¿Qué no sufrió? La corona de espinas penetró más adentro e hizo saltarle nueva sangre, y de sus manos, pies y demás principales heridas, corrió entonces con tanta impetuosidad que salpicó los brazos de los verdugos; todos sus sufrimientos en aquel instante fueron tales que, inclinando su divina cabeza, pareció morir. ¡Qué vista la de Jesucristo clavado en la cruz! Su cabeza con la corona de espinas, su rostro con la manifestación de un inmenso dolor, sus ojos llenos de la sangre que los bañaba, su boca entreabierta por la angustia, su barba casi pegada en su pecho. ¡Qué vista la de Jesucristo enarbolado en la cruz! Su pecho todo desgarrado, sus espaldas surcadas por los azotes, sus manos, sus brazos estirados hasta la dislocación, sus pies, sus piernas y sus muslos con una tirantez tan violenta, que podían contarse todos sus huesos y todo su cuerpo era una sola llaga. Observémoslo en este estado cómo se conforma con la voluntad de Dios, pero con una perfección tal, que es el acto más perfectamente heroico que ha habido de conformidad; se conforma en sus padecimientos con la voluntad de su Padre, pero con tanto espíritu que los desea aun sumamente mayores, si capaz fuese de padecerlos; se conforma, pero, con tanto valor, que se olvida de sí mismo por ocuparse de los negocios de los demás. ¡Qué conformidad tan sumamente perfecta la que ostenta, viendo a sus enemigos que lo odiaban infernalmente, que no lo perdonan aun viéndolo crucificado, y que le vomitan mil blasfemias! Él, en este momento solemne, sí que los

¹⁴ RCM 2, 3, 4º; Jn 8, 29.

¹⁵ RHJ 12, 3, 7º.

perdona, para cumplir la voluntad de su Padre, aguardaba su súplica para convertir a muchos de los soldados. Jesús decía: *Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen*¹⁶.

¡Qué conformidad tan infinita! En medio de sus angustias más que de muerte tiene ánimo para salvar a uno de los dos compañeros que supo arrepentirse con un dolor extremo, y Él le aplica las primicias de su sangre, y se la aplica para hacer en un todo la voluntad de su Padre, diciéndoles: *Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso*¹⁷.

¡Qué conformidad tan propia del que siendo hombre verdadero, era al mismo tiempo verdadero Dios, cuando en las aflicciones de la cruz, supo acordarse de todo el género humano! Él recuerda que su Padre ha amado tanto al mundo, que le ha dado a su mismo Hijo; y este Hijo unigénito, para manifestarnos hasta qué punto se conformaba con su Padre, y que siempre en todo tiempo era cierto aquel: *Él Padre y yo somos una sola cosa*.¹⁸ Da también al mundo a su misma madre, y a su madre le da el mundo: *Mujer, ahí tienes a tu hijo. Ahí tienes a tu madre*.¹⁹

¡Qué conformidad con la voluntad de su Padre! Pues la hace infinitamente e inmensamente, ofreciendo a su Padre por nosotros su miseria, para que seamos divinamente ricos; le ofrece su material pobreza, para que a nosotros nunca nos llegue la espiritual; le ofrece sus sufrimientos, para que sepamos sufrir con méritos para la gloria; le ofrece su abandono, para que seamos celestialmente consolados; en fin, hace su testamento y deposita todos sus méritos a la Iglesia en favor de nosotros. ¡Qué conformidad!, en su presencia divina prevé todos los pecados que han de cometerse aún después de su muerte y si con un grande grito rompe el silencio que reinaba en rededor del calvario diciendo: *¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?*²⁰

Como quejándose de nosotros por ver que voluntariamente dejaríamos de ser santos; sí, continúa, con el *Tengo sed*;²¹ exclama que tiene sed de más perfección, porque quiere que seamos perfectos como su Padre celestial es perfecto; añadiendo en seguida: *Todo está cumplido*;²² hasta este momento supo manifestar que su vida era haber hecho en un todo la voluntad de su Padre.

Acto es éste de conformidad que los encierra a todos, supuesto que consumó completamente, perfectamente, eminentísimamente todo cuanto su Padre le había encargado; y para que nadie pudiese jamás dudar, quiso sellar su vida con un irrefragable testimonio, concluyendo su carrera con decir: *Padre en tus manos pongo mi espíritu*.²³

¡Oh Salvador mío! Tú que no tenías otro alimento que hacer la voluntad de tu Padre; por tus méritos y por lo infinito de tus merecimientos y por tu misma conformidad con la voluntad de tu Padre celestial, te pido esta virtud para todo el Instituto y para cuantos leyeren estos tus pensamientos y de un modo más especial para el pobrecito que los ha escrito y entregado a sus hijos.

Nuestra práctica, conformarse con la voluntad de Dios en lo adverso, en lo que nos es contrario, en lo que nos repugna, en lo que nos mortifica, diciendo siempre: *No se haga mi voluntad sino la tuya, Dios mío*,²⁴ ya que nos manda la santa Regla que así lo hagamos.

16 Lc 23, 24

17 Lc 23, 43.

18 Jn 10, 30.

19 Jn 19, 26-27

20 Mt 27, 46.

21 Jn 19, 28

22 Jn 19, 30.

23 Lc 23, 46.

24 RHJ 12, 3, 5°.

Capítulo 2. La conformidad con la voluntad de Dios es el mejor ejercicio

8. Es un ejercicio piadoso

Alabemos a nuestro Señor, porque el primer motivo que se desprende de la Regla de un religioso para que nos conformemos con la divina voluntad, es presentarnos su práctica como un ejercicio piadoso que formulamos así: *Aquel piadoso ejercicio, que consiste en hacer siempre y en todas las cosas la voluntad de Dios.*¹ Es un ejercicio piadoso y, como tal, dignísimo de toda nuestra atención; es piadoso, pero tanto que no se concibe ejercicio más lleno de piedad; es piadoso, pero hasta el extremo de que todos los demás ejercicios de piedad lo compongan a él, y de ahí el que sea el mejor de los ejercicios. Y a la manera que en el cuerpo humano todos los miembros sólo sirven para formar la santa conformidad con la voluntad de Dios; y así como los miembros de nuestro cuerpo por grande que sea la necesidad, excelencia y perfección de cada uno en particular, separado del tronco sólo sirve para pasto de gusanos; así, de un modo semejante, todos los ejercicios de devoción, no obstante los elevados caracteres que distinguen a cada uno de ellos, sólo sirven para sumirlos en el sepulcro de la nada desde que se les separa de la conformidad.

¡Oh divina conformidad, qué grande, qué excelente eres! Eres la única, porque tú sola tienes las demás grandezas y excelencias; eres tan piadosa, que te compones de todos los actos de virtud; y eres el mejor de los ejercicios, como que tus operaciones son el conformarte con la divina voluntad. Démosle gracias a Dios por haber aprendido esas verdades de un hombre muy santo que, hablando de esta virtud, nos dijo: *El ejercicio de hacer siempre la conformidad con la voluntad de Dios es el más excelente de los ejercicios, porque contiene en sí mismo la indiferencia, la pureza de intención y todos los demás ejercicios prácticos que se nos aconsejan están eminentemente contenidos en él.*²

Compárense si no todos los ejercicios, y se hallará que de hecho es Dios más glorificado con la práctica de la conformidad con la voluntad divina que con los otros ejercicios, y que nadie honra más a Dios que el que se da a este santo ejercicio.

Consideremos a un religioso con la práctica de la conformidad y lo veremos tan piadoso que puede apellidarse: beato. ¡Hermosa condecoración con que la Iglesia honra a las almas eminentemente piadosas! Lo veremos teniendo una fe como la de Abraham que mereció por ella el ser denominado el padre de los creyentes; con una esperanza como de Isaac cuando dando su bendición a Jacob su último hijo, esperaba con todo que éste sería su primogénito; con la caridad de un san Juan que la Iglesia apellida: *el apóstol del amor*; con la sencillez de un Abel cuando le ofrecía a Dios el más grato sacrificio; con la humildad de un David luego que arrepentido de su pecado gemía diciendo: *Misericordia, Dios mío, por tu bondad*;³ con la mansedumbre de un Moisés sufriendo las groserías de su pueblo en medio de la altísima perfección que poseía; con la mortificación de un Job cuando padecía los horrores de la úlcera infernal; con el celo de un Josué cuando, para acabar con los enemigos del pueblo de Dios, detenía el sol en medio de su carrera; en una palabra, en un misionero que tiene la conformidad en ejercicio práctico, veremos a un prudente, justo, fuerte, templado, y lo veremos tan pobre, casto y obediente como el que más. ¡Oh!, bendigamos a Dios por este ejercicio que nos ha enseñado la santa Regla del religioso y bendigamos a Dios porque a esta misma conformidad son llamadas las josefinas.

1 RCM 2, 3.

2 SVP, *Conferencia a misioneros del 7 de marzo de 1659, sobre la conformidad con la voluntad de Dios*; ES, XI, 447.

3 SI 50, 3.

9. Es del todo inapreciable

Con sólo lo dicho, bien podemos concluir que el precio del ejercicio de nuestra conformidad con la voluntad de Dios es verdaderamente inapreciable, y así como ciertos diamantes por su grandor y cultura y particular brillo, no han podido tasarlos, ni aún los más inteligentes lapidarios, así, de un modo semejante, se verifica con el familiar ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios, pues, como divino diamante, nadie es capaz de fijarle precio.

¿Qué será decir de un religioso que está conforme con la voluntad de Dios? Será predicar de él que es un santo; como que obra según la florecencia de la fe, conforme el distinguido aroma de la esperanza y del modo que le reclama el mayor esplendor de la caridad; será decir que es un gran santo, porque tiene la verdadera creencia en todo su fervor, el sentimiento religioso en toda su delicadeza, el cumplimiento de sus deberes con la perfecta plenitud y todas las virtudes en un grado heroico. ¡Oh santa conformidad!, tú eres el todo de la religión; tú, el motor de la vida santa; tú, la fuente de las mayores distinciones; tú, lo más completo de los gozos que a lo divino pueden gozarse ya en este mundo; y tú, la garantía más segura de la eterna felicidad.

Es este ejercicio, el más inapreciable, y sacando la consecuencia de todo lo dicho, diremos con toda verdad y sin temor de equivocarnos que *debemos anhelar incesantemente hacia la santa disposición de hacer siempre y en todo la voluntad divina*. El apóstol san Pablo al presentarnos la piedad no dudó darla a Timoteo como piadoso ejercicio, asegurándole que era útil para todas las cosas; que la felicidad verdadera de este mundo lograrla puede el alma piadosa y que alcanza también la eterna gloria: *Ejercítate en la piedad. La piedad es provechosa para todo, pues tiene la promesa de la vida, de la presente y de la futura.*⁴

Si esto le dijo de la piedad, ¿qué le habría dicho si le hubiese encargado la conformidad divina ya que, como dijimos, es el todo de la piedad misma? A nosotros nos parece que, así como al hablarnos del cielo nos dijo que no había modo de explicar ni aun referir lo que él es; así también, si hubiese querido explicarnos lo que es la conformidad con la voluntad de Dios, ciertamente habría dicho que ella es tal y los actos de su práctica son tantas y tales cosas que ni el ojo vio lo que tiene esta virtud, que ni la oreja oyó las alabanzas que ella merece, que ni la boca puede pronunciar semejantes encomios, que ni humana memoria puede recordarlos, ni hay voluntad que sea suficiente para amarlos, ni entendimiento humano, ni aun angélico, podrá penetrar jamás lo que es el continuo y familiar ejercicio de estar siempre conforme con el querer de Dios; porque obrar con tanta perfección es propio de los habitantes del cielo. ¿Quién será, pues, capaz de tasar su mérito? ¿Quién, pues, no lo amará? No tenerlo es carecer de todo; renunciarlo es renunciar a todo; mirarlo con desdén, es despreciar a toda virtud; así como el amarlo es amarlas y poseerlas todas. ¡Oh conformidad!, eres tú un divino ejercicio, pero tan divino, que ni los bienaventurados en el cielo saben hacer mejor cosa que conformar su voluntad con la de Dios; ni los ángeles con toda su gloria pueden hacer cosa distinta; ni los purísimos padres de Cristo pudieron hacer otras acciones, ni aún el Verbo encarnado; y, para que nadie juzgue lo dicho por exageración, Él mismo quiso afirmar que sólo había venido al mundo para hacer la voluntad de Aquél que lo envió. Este ejercicio no sólo es inapreciable en sí mismo, sino que lo es particularmente porque nos enseña a padecer. Cristo, Señor nuestro, después de los azotes, sufrió en su alma unos padecimientos que no podemos ni aun numerarlos: los soldados lo conducen al cuerpo de guardia; y mientras él oía el infernal grito del amotinado pueblo que decía que lo maten, que lo maten. ¡Qué dolor puede compararse con este dolor! Entre nosotros no se aborrece a los criminales aunque se odien sus crímenes, pero a nuestro Señor, a falta de pecados, le cayó todo el odio contra su sagrada e inocente persona. ¡Oh!, si supiéramos colocarnos al lado de Jesús,

4 1Tm 4, 7-8.

¿cómo aprenderíamos la conformidad?, ¿cómo veríamos que su ejercicio es el inapreciable?, ¿cómo sabríamos verdaderamente sufrir?

Sentado Jesús sobre un asiento que por irrisión habían cubierto de andrajos, se ve rodeado de unos cincuenta soldados de los de más bajo nacimiento; y a la manera que en los teatros los representantes son excitados por las aprobaciones de los concurrentes, así esos infelices triplican sus malos tratamientos por los palmoteos de una desenfrenada soldadesca. ¡Qué dolor y qué confusión la de Jesús! Ve que le quitan sus propios vestidos, siente que le renuevan las llagas, experimenta que lo cubren de una púrpura las más inmunda y que del modo más brutal lo sientan en su burlesco trono.

¡Qué dolor! ¡Qué aflicción! Siente que ponen sobre su cabeza una corona artísticamente trabajada para que las espinas se le clavarán, que colocan en su mano un cetro de caña y que, después de haber ejecutado todo esto con una gravedad satánica, comenzaron las burlas, las mofas, las bofetadas, los escarnios y aquel: ¡Dios te salve, Rey de los judíos! ¡Ah! ¿Cuánto sufriría? Sufrió, porque su sed era horrible; el dolor de las heridas, horrible; temblaba horriblemente y la médula de sus huesos padecía horriblemente. ¡Ah! ¿Cuánto sufriría? Sufrió, porque su lengua no tenía más consuelo que la sangre que hacían brotar las espinas. Sufrió, porque su boca entreabierta ardía de sed. Y ¿por qué, siendo hombre, sufrió como Dios? Porque en todo sólo vio la voluntad de su Padre, porque todo lo acompañó con su acostumbrado acto de conformidad: *No sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú.*⁵

¡Con qué aprecio, pues, no hemos de mirar a un ejercicio que así enseña a padecer! Lo hemos dicho que el familiar ejercicio de hacer siempre y en todo el querer divino es verdaderamente el inapreciable. ¡Ah! Que Dios nos lo conceda. Amén, amén, amén.

10. Es el mejor medio para salvar las almas

La doctrina de todos los santos y nuestra propia experiencia nos ha enseñado que el mejor medio para salvar a las almas es la práctica de la conformidad, por esto afirmamos que: *los que se mantienen firmes y conformes en hacer la voluntad de Dios, son sostenidos de su divina mano y guiados por ella en todo y por todo, son asistidos copiosamente de sus santas luces y fecundos de buenas obras. Da Dios fuerza y energía a sus palabras, bendición especial a todo lo que emprenden para su servicio y, acompañando con su gracia sus designios, hace que sus operaciones produzcan el mayor efecto.*⁶

Siendo esto así, ¿cómo no ha de salvar almas un religioso de tal modo socorrido por la gracia? No nos quede duda que la conformidad es el mejor medio para adquirirla con abundancia y con ella salvar las almas.

Lo es también por parte de los pecadores, porque, ¿a quién acudirán si no a los que se conformen con el divino querer? El segundo libro de las Crónicas nos comprueba lo que decimos: Exequias, queriendo salvar a su pueblo, determinó valerse del ministerio de la divina Palabra, y a este fin recorría las doce tribus, diciendo: convertíos a la penitencia; convertíos al Dios de Abraham, ya que sois los preciosos restos que quedasteis de las manos de los Asirios; convertíos y no queráis obrar como vuestros padres tan terriblemente castigados por la dureza de su corazón; convertíos y venid al santuario a ofrecer víctimas de propiciación; venid a servir a Dios. Y ¿cuál es la grande razón que les presenta? *El Señor vuestro Dios es clemente y misericordioso.*⁷

Les presenta a Dios piadoso, como lleno de misericordia y, por tanto, pronto a derramarla en

5 Mt 26, 39.

6 Luis Abelly

7 2Cr 30, 9.

favor suyo. Ahora bien, ¿qué grande sería una josefina? ¿Qué feliz el misionero que tuviese la práctica de la santa conformidad con la voluntad de Dios, supuesto que, como dijimos, tiene el mayor grado de piedad? Y teniendo la piedad tiene la misericordia, y teniendo la misericordia está en posesión del mejor medio para salvar a las almas. ¡Qué consuelo para el Instituto tener en su seno a semejantes religiosos! ¿Qué obras no llevará a cabo? Sin duda que hará volver al seno de la Iglesia a numerosos herejes que la habrían terriblemente despedazado; conducirá al santuario de Dios a muchos pecadores casi endurecidos; enfervorizará a los que tibios peligraban en gran manera; abrirá una nueva senda de perfección a los ya santos; y será para todo el Instituto un brillante ejemplo de edificación. Y a la manera que nadie tendrá tanto celo como Jesucristo, porque se conformó con la voluntad de su Padre, hasta formar de esta virtud su continuo y único alimento, así nadie lo tendrá tanto como el religioso que se conformare en un todo con el divino querer; y así como Jesucristo es el que salva a todos los pecadores, así, como que acontece lo propio por gracia y privilegio con el que posee en un todo la santa conformidad. Hasta este punto es la conformidad el mejor medio para salvar a las almas. Ténganlo presente nuestras hijas, porque ellas también salvarán a los pecadores con la conformidad.

11. El mejor tesoro para el religioso

Por poco que reflexionemos sobre la conformidad con la voluntad de Dios, tendremos que concluir que este ejercicio es para un religioso el mejor tesoro. Con él alcanza el perdón de los pecados, porque llega a adquirir un arrepentimiento semejante al que tenía David, cuando exclamaba: *Contra ti, contra ti sólo he pecado, lo malo a tus ojos cometí.*⁸

Con él progresa en la vida de la santidad, porque no duda que a esto le obliga aquel *Una sola cosa es necesaria*⁹ de nuestro Señor, y con él alcanza abundantísimamente el no volver a pecar según la expresión del Príncipe de los Apóstoles: *El Señor sabe librar de las pruebas a los piadosos y guardar a los impíos para castigarlos el día del juicio.*¹⁰

En efecto, los piadosos son tentados por la tentación; pero son también los que no caen en la tentación: son los que viven en el mundo, que todo es tentación; pero los que no son tentados más allá de lo que lo permiten sus fuerzas; y aun hace Dios, según su palabra, que la tentación se les convierta en bien. *Sabemos que en todas las cosas, interviene Dios para bien de los que le aman.*¹¹

Ahora bien, ¿qué alma más piadosa puede encontrarse que la que tiene el familiar ejercicio de conformarse en un todo con la voluntad de Dios? No hay la menor duda que puede afirmarse, que ella se conforma con la piedad; que se reviste de lo más piadoso; que se alimenta de lo piadosísimo y aun parece que se toma una misma cosa con la verdadera piedad: hasta este punto puede apellidarse piadoso el que se conforma con la voluntad de Dios. ¡Hasta este punto se ve libre de pecado! ¡Hasta este punto adelanta en los caminos de la virtud! Y hasta este punto posee el misionero y la Josefina, con sólo ella el mejor tesoro.

Al contrario, supongámosle sin conformidad; y tendremos de confesar que todos los males de este y del otro mundo caerán sobre él, ya que así nos lo atestigua la historia de los libros santos. Por esto fueron castigados los ángeles; y debe decirse, que por no conformarse con la divina voluntad, fueron lanzados del Cielo, fueron convertidos en demonios, fueron condenados a un eterno padecer y fueron el objeto de la cólera infinita; y sobre los cuales gravitará inmenso

8 Sl 51, 6.

9 Lc 10, 42.

10 2Pe 2, 9.

11 Rm 8, 28.

padecimiento por todos los siglos. Por esto fueron castigados nuestros padres; y debe asegurarse que por no conformar su voluntad con la divina, fueron despojados del tesoro de la inocencia, fueron arrojados del paraíso terrenal, obligados a vivir en este valle de lágrimas, y lo que es más, condenados a muerte ellos y todo el género humano y con todas sus consecuencias. Sí, todos estos castigos no tienen otro origen que una falta de conformidad.

Por esto se arrepiente Dios, de haber creado al hombre; manda el diluvio sobre la tierra; reduce a cenizas a los habitantes de Sodoma y Gomorra; mata en sólo una noche a más de ochenta mil impíos, y todas las calamidades no reconocen otra causa que la falta de conformidad con la voluntad de Dios. *¡Ay de los que pierden la paciencia, y abandonan los caminos rectos, se van por sendas torcidas!*¹².

¡Ay! espantosísimo, ya que faltan a la divina conformidad los que dejen el camino recto de la virtud, y siguen el camino malo del pecado. Todos los males del otro mundo también sufrirán los que no se conforman con la voluntad de Dios supuesto que nos asegura que El Señor *sabe librar de las pruebas a los piadosos y guardar a los impíos para castigarles en el día del juicio*¹³.

¡Y qué mayor infortunio que el que en vez de hacer la voluntad de Dios que es santísima, hace la suya propia que es la malísima hasta el punto de decir S. Bernardo, que el religioso que se condena es por su voluntad! Por tanto, estos son los que se reserva Dios para castigarlos en la otra vida. Tan cierto es que en éste y en el otro mundo serán castigados los que no hicieron el querer divino, tan cierto es que los que se conformaren recibirán premios tan infinitamente inmensos como eternos, y tan cierto es que la conformidad con la voluntad de Dios es el mejor tesoro para un misionero y para una venturosa Josefina que en todo obra el bien. ¡Oh Salvador! Tú que viniste para enseñarnos tan santo ejercicio; concédenos tu admirable práctica, y que progreseemos todos los días en ella, ya que es lo más inapreciable entre lo más precioso y lo piadosísimo entre los actos de la más acendrada piedad.

12 Ecco 2, 16.

13 2Pe 2, 9.

Capítulo 3.

Que la conformidad con la voluntad de Dios es el ejercicio que en solo su nombre lleva la mayor alabanza

12. Es el ejercicio más sublime

Aquel ejercicio que hemos llamado ejercicio piadoso y que *consiste*, según dijimos, *en hacer siempre y en todas las cosas la voluntad de Dios*,¹ es de tal naturaleza, que puede denominarse el ejercicio más sublime; porque supera a todos los demás como la gran mole del universo mundo, al insignificante grano de arena. Y así como el diluvio universal excede a todas las demás lluvias en el tiempo que duró, en la cantidad de aguas que precipitó y en el estar destinado para lavar las manchas de todo el género humano; así excede a todos los ejercicios la conformidad con la voluntad de Dios, porque él es como un místico diluvio que supera a las lluvias de los demás ejercicios: los supera en el tiempo, pues todos sus momentos son actos continuos de conformidad; los supera en la cantidad porque en los demás ejercicios no lo son más que algunos de sus actos, y los supera en el destino porque éste tiene por naturaleza el conformarse siempre y en todo, y aquellos solamente hacerlo por circunstancias.

¿Cómo pues no ha de ser el más sublime ejercicio si así los adelanta a todos? Decir que uno se conforma con la voluntad de Dios: es decir Que uno hace el divino querer; el querer del Dios de nuestros padres; de aquel cuyo solo nombre es el eterno; el querer del Dios tan celoso de su gloria que ha jurado no cederla a nadie; el querer del Dios de los ejércitos que no puede resistirse porque obra poderosamente; el querer del Dios que ya era antes de todos los siglos, que es ahora, y Que por eternidad de eternidades será: así tan admirable y tan sublime, es el objeto de este ejercicio, conformando la voluntad propia con la de Dios. ¿Hay pues cosa más sublime? ; Hay entendimiento capaz de encontrarla?; La tierra toda, todo el cielo la tienen al acaso? No la hay: porque en nuestro caso es una criatura la que hace la voluntad de su Creador; es la nada la que hace la voluntad del Todo; es el gusano de la tierra el que hace la voluntad de su Señor; tal es la sublime idea que está encerrada en la conformidad con la voluntad de Dios. ¡Oh Dios grande! ¡Oh omnipotente y sempiterno Dios! Qué toda criatura te ame, te adore y te glorifique, por habernos enseñado el divino ejercicio de conformarnos con tu único querer!

De nuestra parte estamos tan convencidos de la sublimidad de este ejercicio que queremos que sea practicado de todos modos, en todas circunstancias y con la mayor perfección; y queremos además que se pida todos los días a nuestro Señor. Sea pues nuestra máxima: *Practicar la voluntad de Dios de todos modos: entrar desde luego en el deseo de habituarnos con ella; y pedir incesante y perfectamente que la más sencilla e invariable conformidad con la voluntad divina sea la nuestra.*²

Purísimos padres de Jesús, ¡oh!, si desde este momento dejara yo de tener voluntad propia para hacer siempre y en todas las cosas la vuestra. Hacedme esta gracia que os pido afectuosísimamente.

13. Es el más honroso

Lo que se llama ejercicio de no hacer la voluntad propia, para hacer siempre y en todas las cosas la divina, es un ejercicio tan honroso que nos falta ciertamente toda suficiencia para transcribirlo;

1 RCM 2, 3.

2 SVP, Conferencia a misioneros del 7 de marzo de 1659, sobre la conformidad con la voluntad de Dios, ES, XI,454-455.

porque se trata de hacer la voluntad de Dios, y de obrar según el entendimiento de los ciudadanos de la gloria. Pero afortunadamente el discípulo amado lo hará por nosotros, y lo hará con tanta exactitud y fidelidad que comenzará su relación con un *He visto*.³ Mas, ¿qué ha visto? ¿Diremos que ha visto las operaciones de la conformidad allá en el cielo? Mejor que lo diga él mismo: He visto los cielos abiertos, he visto un caballo blanco que era el prototipo de la misma blancura, he visto que el que lo montaba, llamábase *el Fidelísimo y el Veraz*; hermosa circunstancia que nos expresa la verdad de esta doble revelación; he visto que sus ojos eran como dos torrentes de llamas que brotaban del que es, he visto que estaba coronado de tantas diademas cuantos eran los justos, he visto que traía su nombre escrito, pero nombre que nadie conoce sino Él mismo, porque se denomina Verbo de Dios; lo he visto con las señales de la redención, que de su boca salía una espada de dos filos y que llevaba escrito en su muslo: *Señor de los señores y Rey de reyes*.⁴

He visto que los ejércitos del cielo lo acompañaban cubiertos como de nieve; lo he visto sentarse sobre el inmenso trono que es el de su mismo Padre y he visto postrarse todos los veinticuatro ancianos para adorar al que es Dios vivo y enviarle tantas coronas cuantos son los actos de conformidad con la voluntad de Dios, porque allá en el cielo todos hacen lo que Dios quiere, y lo hacen siempre, y lo hacen en todo, y lo hacen con la mayor perfección, Dígase de buena fe si hay o si acaso puede haber cosa más honrosa para un religioso, supuesto que conformándose con la voluntad de Dios en este mundo, comienza a hacer desde ahora lo que hacen los bienaventurados en la gloria, ¿hasta qué punto nos convendrá el darnos a la práctica de tan santo ejercicio?

Siendo este pensamiento nuestra verdadera idea presentamos a un verdadero misionero *haciendo en la tierra la voluntad del eterno Padre como se hace en el cielo; y hacerla pronta, entera, constante y amorosamente*.⁵ Por tanto, deseamos con todos nuestros hijos, tomar su práctica con tanto ahínco que nos la hagamos familiar, y que como aquellos ciudadanos de la gloria, no paremos hasta decir: *Eres digno, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder*.⁶

Que se desprende de los actos de conformidad: y es digno porque su amable voluntad es todas las cosas, y lo hizo todo y aun todo lo conserva esta misma voluntad adorable. ¡Qué honra puede desearse mayor que esta honra! ¡Ah, infelices mundanos que buscáis la honra siguiendo el mundo! ¡Ah!, despertad, porque vuestro camino os conduce a la eterna deshonra. ¡Oh, infelices los tibios!, deteneos, porque no es la tibieza el camino de la honra; pero lo es sí el camino del fervor, como fundado en la conformidad de Aquél que es el Dios único y el Dios sólo, el Dios que da la muerte y la vida, el Dios que hiere y sana a la vez y el que todo lo llena sin que nada pueda desviarse de su mano. ¿Cómo podría haber cosa más honrosa que hacer la voluntad de Dios?

14. Es el más consolador

Dejemos hablar primero a un gran santo, para conocer de él hasta qué punto se ve lleno de consuelos el que se conforma con la voluntad divina, porque dice así: *Los que se mantienen firmes y conformes en la voluntad de Dios, son sostenidos y guiados en todo por su divina mano: y por consiguiente todos los días, todas las semanas, todos los años y toda su vida se conservan en santa paz y tranquilidad: tan consolados los supone que no ha dudado colocarlos en el número de aquellos dichosísimos que, según san Pablo, disputan la paz verdadera que supera a*

3 Ap 14, 1.

4 Ap 17, 14.

5 SVP, Conferencia a misioneros del 7 de marzo de 1659, sobre la conformidad con la voluntad de Dios, ES, XI, 449.

6 Ap 4, 11.

*todo sentido.*⁷

Por otra parte ¿quién no ve que decir que se hace la voluntad de Dios, es decir que se esté entreteniendo en el ejercicio más consolador? Porque no hay, ni lo puede haber mejor, para un religioso que el gozar los efectos del divino querer. Si es consolador para un aprovechado discípulo, hacer lo que le enseñó su maestro, si lo es un aprendiz, el ocuparse en lo que dispone el señor del establecimiento; si lo es para un hijo bien educado, el efectuar lo que le manda su señor padre; y si lo es para una buena esposa el practicar las más pequeñas insinuaciones de su marido, ¿qué será en un cristiano que hace lo que Dios quiere? ¿Y en un misionero, qué será? ¿Qué será una Josefina? ¿Cuáles serán sus consuelos? ¿Quién podrá medirlos convenientemente? ¡Ah! feliz misionero porque en fuerza de su Regla ve en Jesucristo que como a su maestro le dice que aprenda de él: *Aprended de mí.*⁸ ¿Qué contento será el suyo haciendo la voluntad de tan sapientísimo maestro?

Es Jesucristo el que le enseña la práctica de su ministerio. ¿Qué consuelo pues tener una ocupación que es la misma de Jesús y tenerla porque Él quiere? Es Jesucristo nuestro Padre que nos ha criado para el cielo. ¿Pues qué consuelo para Él poder ejecutar lo que quiere el solo Padre y amantísimo Padre nuestro? Es Jesucristo, pero, ¿qué no es para un misionero? Es el maestro y el artesano, es el padre y el esposo, es el creador y el que nos conserva, es el redentor y el que lo glorifica y es la misma bondad: *Nadie es bueno, sino sólo Dios*⁹.

¿Pues qué consuelo el que goza el alma del religioso que se conforma según la regla, supuesto que sus operaciones son las de la misma bondad? En efecto, Dios es la bondad misma para los rectos de corazón, para todos los que esperan en Él y para aquellos que lo buscan con la admirable sencillez, ¿y quién busca más a Dios y espera más en Él que el venturoso que se conforma en un todo con la divina voluntad? Su consuelo es indecible porque experimenta a la bondad divina, cooperando en su favor. Él hace la voluntad no de un tirano como los del mundo, sino la de Dios. ¡Desgraciados mundanos que hasta han de soportar la férula de los tiranos más crueles! ¡Feliz el misionero porque hace la voluntad del que todo lo hace bien!

*Todo lo ha hecho bien*¹⁰, de aquel que ni aún tienta a nadie más allá de sus fuerzas y que quita las ocasiones de pecar. *Ninguno cuando se vea tentado diga: es Dios quien me tienta, porque Dios ni es tentado por el mal ni tienta a nadie*¹¹. Tanto es el consuelo del que se ocupa en el consolador ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios. ¡Oh, si ya lo tuviéramos!

15. Es el más perfecto

Después de haber reflexionado un poco sobre la divina conformidad, nos creemos autorizados para decir, que lo más piadoso de la vida cristiana y que lo más perfecto aún entre los deberes de un misionero consiste en no hacer nunca la voluntad propia, y en hacer siempre y en todo la divina voluntad; porque así se obra según la verdad y porque así se le da a Dios todo lo que exige su gloria y porque sólo así es como hacemos lo más perfecto.

Hermosa idea profesada abiertamente por san Vicente de Paúl, cuando decía: *El perfecto amor de Dios no consiste en tener éxtasis, sino en hacer su santa voluntad.*¹² Nuestra perfección no es otra cosa que tener unida la propia voluntad a la de Dios, de modo que la suya y la nuestra sean un mismo querer: y aquel será más perfecto que tuviese su voluntad más conforme con la divina.

⁷ Luis Abelly

⁸ Mt 11, 29.

⁹ Lc 18, 19.

¹⁰ Mc 7, 37.

¹¹ St 1, 13.

¹² SVP, *Repetición de oración del 17 de octubre de 1655*; ES XI, 211.

Hemos de notar también, que hacer la voluntad de Dios, es por su misma esencia lo más perfecto; porque es hacer la voluntad del que es la misma perfección y voluntad que nos la hace practicar en el mayor grado posible y voluntad que es la única infinitamente digna de toda alabanza.

Tenemos una prueba de esto en el libro de los Macabeos en el cual se dice de Dios: *Señor, Señor Dios, creador de todo, temible y fuerte, justo y misericordioso, tú, rey único y bueno, tú, solo generoso, solo justo, todopoderoso y eterno, que salvas a Israel de todo mal, que elegiste a nuestros padres, y los santificaste.*¹³

Que es el Señor y el Creador de todo; el terrible, justo y misericordioso, el que es el solo bueno, el solo que obra, el solo justo, omnipotente y eterno; y el que hace más santos a los ya santificados.

¿Siendo Dios todo lo dicho se sigue, que el que hace la voluntad de Dios, hace de hecho la cosa más perfecta? Si el que tiene el familiar ejercicio de hacer la divina voluntad hace lo más perfecto porque hace la voluntad de Dios que es el único que ha dado la eternidad de la ley, el que ha fundado la esencia del bien, el Señor de cielos y tierra, creador y conservador de los ángeles y de los hombres; el que siendo infinitamente amable para todos los justos, es sumamente terrible contra el obstinado pecador; el justo que quiere a los hombres también justos; el que es tres veces santo, y el que nos ha dado las ideas de perfección que hace más santos a los ya santificados.

¿Cómo, pues podría no hacer lo más perfecto el que se conforma con la voluntad de Dios? Sí: Él es el que hace lo perfecto y según toda la perfección que nos descubren las luces del cielo.

Según esto, ¿qué diremos de la perfección de la vida de un religioso que girara sobre el familiar ejercicio de hacer la divina voluntad? Me parece oír a esta virtud que le dice: *Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad.*¹⁴ Porque un alma que así conforma su voluntad con la divina tiene todos los bienes de perfección, supuesto que tiene no sólo todos los bienes de la santidad, sino aún todos los que entraña la más relevante perfección.

Veámoslo prácticamente en la persona de un gran misionero. Él, dice el autor de su vida, coronó todas sus virtudes no sólo con la más heroica paciencia en medio de los dolores más intensos y de las penas más extremas; sino que principalmente con una resignación la más admirable a la voluntad de Dios. Sus dolores se extendían a todo su cuerpo; y al paso que eran los más sensibles, eran también los más internos. Los últimos treinta años de su vida fueron una continua enfermedad, un incesante dolor, y un tal conjunto de penas y aflicciones que lo hacían una fiel copia de Jesucristo nuestro Señor, pendiente de la Cruz; y hacia que pudiese decir de su cuerpo lo del santo Job: *Nada sano hay en mi carne.*¹⁵

Triunfó de todos sus dolores por medio de la más entera resignación a la voluntad divina; mas de un modo tan admirable que gozaba su espíritu entre las enfermedades y aun llegaba a desear más de las que tenía. La disposición de su corazón era tal que entre sus extraordinarios dolores decía: *Nada más justo que el que un miserable pecador sufra, ya que mi Salvador los ha sufrido mayores, porque Él estuvo crucificado en una cruz y yo estoy en una cama.*

Otras veces le decía que en este mundo le enviara todos los padecimientos y hasta la muerte misma, mientras que en el otro le perdonara. En otras ocasiones exclamaba: "Señor, hacedme sufrid cuanto os plazca ya que me abandono a Vos, Dios mío, y en Vos espero". Pero antes de su muerte le dijo el hermano que el médico le había ordenado cierto confortativo que lo aliviaría mucho; a lo cual él respondió que tenía otro confeccionado de mejores yerbas y que se componía de la conformidad con la voluntad de Dios. En fin puede decirse que esta alma grande llegó a la

13 2M 1, 24-25

14 Ex 33, 29.

15 Sl 38, 8.

mayor perfección y que en medio de los más atroces tormentos y duros trabajos le decía a Dios: "aunque bien veis cuánto sufro pero aumentad mis males si este es vuestro agrado"; y en esta feliz práctica continuó hasta el último suspiro. ¡Oh Salvador mío! ¡Oh, si yo tuviera esta conformidad en la práctica! ¡Oh, si la tuvieran ya todos mis hijos! ¡señor san José, introdúcenos tú mismo en tan perfecto ejercicio!

16. Es el más divino

El ejercicio de la conformidad es un ejercicio divino, porque diviniza las acciones del que lo practica. A un religioso que se conforma absolutamente con la voluntad de Dios yo lo veo obrar como Dios mismo en cuanto es dable a un miserable mortal; lo veo hacer divinos los actos que salen de su voluntad, porque los reviste de aquella perfección que es la propia de Dios. Y a la manera que está en manos del hombre el comunicar a todos sus actos la malicia de todo el infierno; así de un modo semejante, y aun con mayor razón, está en su mano y en su deseo el comunicarles toda la perfección celestial. Y ¿quién duda que todo esto se efectúa, cuando el religioso deja su voluntad propia y a sí mismo, para hacer la voluntad de Dios? ¿Y por qué? Porque en este caso reviste sus acciones de la operación de la divinidad y operación que se extiende a sus palabras y pensamientos, y a sus deseos y a todo cuanto le pertenece.

¿Qué dicha podrá compararse con esta dicha? ¿Qué honor será semejante a este honor? ¡Ah! llenos de un santo celo mis hijos y mis hijas, digan todos y cada uno de ellos: ¿Qué ama quien a ti, oh conformidad no ama? Contigo me despojo de mi miseria; de todo lo humano, y me hago celestial y aun divino. En el cielo —como está claro— no se trabaja como acá en este mundo; pero no lo es menos, tiénese su ocupación: ¿Y cuál es ésta? ¡Oh miseria la nuestra que no lo hemos de saber decir! Pero dígame, si se quiere, que es cantar aquel: *Santo, santo, santo*¹⁶ al Señor, al Dios de los ejércitos de cuya Majestad está llena toda la tierra; dígame que es seguir al Cordero inmaculado por doquiera que vaya; dígame que es interceder por nosotros y por las almas del Purgatorio; dígame que es aquel ver a Dios sin enigma de que nos habla san Pablo; dígame que es gozar aquella entrada en el gozo del Señor que nos enseña el Evangelio y dígame cuanto decirse pudo fundado en la Escritura santa; porque nosotros siempre diremos que la ocupación de las ocupaciones allá en el cielo es hacer la voluntad de Dios.

¿Y hay por ventura cosa más cierta? Hay cielo porque ésta es la voluntad de Dios; este cielo es mansión para los escogidos porque ésta es la voluntad de Dios; si cantan el cántico nuevo es por hacer la voluntad de Dios; si aman lo dignísimo de ser amado es por ser esta la voluntad de Dios: y voluntad de Dios es el que entre el alma en posesión de lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni la fantasía imaginó, ni la memoria recordó, ni lo que entendimiento podrá penetrar jamás. Tan cierto es que cuanto se hace en el cielo se habla y se piensa y se desea no es otra cosa que hacer la voluntad de Dios: voluntad divina de la que nos habló Jesucristo al decirnos que dijéramos a su eterno Padre: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*¹⁷.

De este modo de obrar tan exquisito, tan perfecto y tan divino, aún desde el centro de la mayor repugnancia que concebirse puede, brota un consuelo tan sobrehumano, que no sabemos declarar, pero que pensamos delinear un poco en la persona de nuestro Señor considerándolo en la oración del huerto, para que así nos determinemos a no tener otra voluntad que la de Dios. Hacía más de dos horas que rogaba nuestro Señor en Getsemaní, luchando entre las repugnancias de la naturaleza y defendiéndose con la voluntad de su Padre, cuando en fuerza de esta misma fue consolado.

16 Is 6, 3.

17 Mt 6, 10.

Vería a Adán y Eva, a los Patriarcas y Profetas, y a los justos todos del antiguo testamento, los vería, digo, que iban a salir de aquellas cárceles por medio de sus padecimientos. Y vería su nueva Iglesia brotando de su costado y a todos los futuros santos que había de tener; vería a los apóstoles y a los discípulos, a los mártires y confesores, a los anacoretas y a los sacerdotes, a los obispos y a los papas con la innumerable conquista de almas operada por su ministerio. ¡Ah!, ¡qué consuelo sería para Jesucristo ver en visión a todos los que habían de salvarse, verlos gloriosos y triunfantes; verlos coronados con las diademas propias a sus sufrimientos, combates y victorias! ¡Qué consuelo ver que todos ellos con su vida y sus actos, con sus méritos y valor, y con su gloria ya eterna; verlos, digo, a todos reunidos; comunicándose unos a otros su propia gloria, y ver que todo es efecto de su pasión que como Verbo encarnado iba a padecer! ¡Ah! consuelo fue este inexplicable y consuelo que Dios comunica en cierto grado a cuantos ejecutan su voluntad.

Y si Jesús en la oración de agonía, vio todas las escenas de la pasión, y la traición de Judas, y la fuga de los discípulos, y los insultos de Anas y Caifás, y la negación de Pedro, y las burlas de Herodes, y la injusticia de Pilatos, y la crueldad de los azotes, y la coronación de espinas, y su muerte de cruz, pero como su voluntad fue la voluntad de su Padre, por esto fue confortado por el ángel: y comiendo la fortaleza y bebiendo el valor salió al encuentro de sus enemigos. Así fortifica y consuela Dios a los que se conforman con su voluntad soberana: dirijamos pues prácticamente a este Dios de amor, nuestra ferviente súplica para que todos los actos de ambos Institutos del señor san José, con todos los actos de los misioneros, y todos los actos de las josefinas sean de perfecta conformidad con la voluntad de Dios, ya que es el ejercicio sobre toda alabanza y el más consolador y el más perfecto; y es también el ejercicio divino por antonomasia Amén, amén, amén.

Capítulo 4.

La conformidad de nuestra voluntad con la de Dios es el medio más cierto para adquirir con brevedad la perfección

17. Explicación del espíritu de la Regla

Entre los grandes motivos que tenemos para darnos a la práctica de la conformidad con la voluntad de Dios, es ser este ejercicio un medio cierto para adquirir prontamente la perfección. Hagámonos cargo de las palabras con las que lo expresábamos al decir: *Es un medio seguro para conseguir en poco tiempo la perfección cristiana.*¹

Es pues, según dijimos, un medio para alcanzar la perfección. ¡Qué motivo tan poderoso para que un religioso procure su práctica! ¡Qué razón tan fuerte para que trabajemos en su adquisición con todo el ahínco de que somos capaces! Es un medio para que seamos perfectos, mas no sujetos a duda, sino certísimo, importante calidad que quisimos expresar desde el principio para que nunca llegáramos a dudar de su eficacia.

Y a la manera que un buque para que llegue al puerto necesita dejarse conducir por el timón; así el religioso para arribar feliz al puerto de la eterna gloria, le es indispensable el que opere dirigido por el conductor de la divina conformidad: y así como el barco cuando no corre sobre las aguas por el camino que le traza su piloto, sino que surcando las aguas por el azote de la tempestad pierde su rumbo, se precipita por entre escollos y acaba por estrellarse sobre las rocas; así de un modo semejante le acontece al religioso que, infeliz, abandona en su camino el único guía de la voluntad divina; porque arrebatado por la tempestad de las pasiones, se encuentra en último resultado en el abismo del infierno. Cuánto es indudable que obrar siempre según la voluntad divina es un medio cierto para adquirir con brevedad la perfección.

También notamos desde entonces que además de ser camino era el más corto, supuesto que afirmamos que puede adquirirse la perfección con brevedad; y con tal seguridad añadiremos ahora que no se la puede concebir mayor. No lo extrañamos nosotros; porque un acto de conformidad con la voluntad divina, es con mucha frecuencia un acto de fe en su mayor pureza: un acto de esperanza en su mayor extensión, y un acto de caridad tan perfecto que apenas se le concibe mayor: es la práctica de la celestial y divina prudencia: de la eterna y sagrada justicia; y de la fortaleza y templanza: es el ejercicio de la admirable sencillez, de la humildad profundísima, de la amabilísima mansedumbre, de la muy necesaria mortificación, del infatigable celo de la propia perfección y la de la salud de las almas; y es la observancia de la pobreza, castidad y obediencia, y lo es de todas las reglas que hemos profesado; principalmente del voto admirable de hacer siempre y en todo lo mejor. Tanta verdad es que la divina conformidad es un medio cierto para adquirir la perfección y es igualmente cierto que es *como el prontuario que contiene eminentemente la mortificación, la indiferencia, la negación de sí mismo, la imitación de Cristo, la unión con Dios y todas las demás virtudes; porque ellas en tanto lo son, en cuanto son conformes con la voluntad de Dios, origen y glorioso fin de toda perfección cristiana.*²

18. Alaba a Dios el que se conforma con su voluntad

Cuando considero un conjunto de religiosos dados a la importante práctica de la conformidad y que la practican con la perfección que ya hemos indicado; yo no puedo menos que exclamar: que su vida no es humana; y que son sus ideas celestiales, sus pensamientos divinos, así como lo son

1 RCM 2, 3.

2 Louis Abelly

también todas sus palabras y sus acciones. ¡Qué vida la de semejantes afortunados! Ella es una continua y fervientísima alabanza que dirigen a Dios, y aun podría decirse que son de hecho como los bienaventurados que allá en el cielo entonan aquél tres veces santo de que nos habla Isaías³ Y a la manera que el santo Job se nos presenta como un modelo de todas las virtudes desde el instante que se conforma con la voluntad de Dios, para que ésta se cumpla en el *así ejecutará mi sentencia o voluntad*.⁴ Así sucede con el religioso que tiene esta práctica tan interesante.

También puede decirse de él lo que el discípulo amado asegura de los ciudadanos de la celestial Jerusalén: *Después oí en el cielo como un gran ruido de muchedumbre que decía: Aleluya; la salvación y la gloria y el poder son de nuestro Dios*⁵; porque cada uno de sus actos es una alabanza a Dios; y hemos de decir también que se toman alabanzas todo, pues todos son para su Dios: y al modo que los veinte y cuatro ancianos adoraron al Dios que estaba sentado en su trono con el cántico del Aleluya;⁶ así hacen también los religiosos con la práctica familiar de su querer que es del todo conforme con el querer divino. ¡Oh Salvador mío! Dadnos a todos luz bastante para que veamos la alabanza que nos reporta tan santo ejercicio. ¡Haz que esta práctica sea nuestra continua práctica! Y haz que todo el Instituto Josefino sólo aspire a hacer lo que tú quieras. ¡Oh feliz Instituto! Tu existencia y todas tus operaciones serían un cántico de amor; y aun sus más insignificantes acciones dirían a Dios: Te bendigo, Padre celestial, porque te has dignado acordarte de este pequeño Instituto; te bendigo, Padre de nuestro señor Jesucristo porque por sólo tu gracia me llenaste con la vocación al ser de misionero; te bendigo, Padre de las misericordias porque siendo yo indignísimo me has enriquecido con la práctica de la conformidad y te bendigo siempre y te glorifico con tu Hijo unigénito y con el Espíritu Santo paráclito por los siglos de los siglos.

Además siguiendo ahora un pensamiento que es a nuestro parecer muy admirable notaremos la alabanza que le da a Dios un buen misionero en fuerza de su destino. Un misionero tiene por padre al señor san José a quien fue reservado establecer por medio de nosotros y en nuestros tan aciagos tiempos una doble sociedad, cuyos admirables Institutos forman en la práctica el querer divino y están siempre dispuestos a ejercer la caridad; y por consiguiente, que la Iglesia no sólo tenga ministros para defenderla y santos para edificarla, sí que también un plantel de almas misericordiosas y caritativas, que se dediquen al admirable ejercicio de la más ardiente conformidad con la voluntad divina. Es pues el religioso a los ojos de la religión lo más sublime que ella tiene; a los ojos del mundo lo más respetable que él conoce; y a los ojos de Dios lo que le da una incesante alabanza; porque si los misioneros son esos ministros de paz que los santos obispos envían a las parroquias, y a veces aún los Soberanos los envían a sus provincias para que sean el alivio de sus súbditos en las grandes necesidades de la vida procurándoles en sus desgracias el socorro de la caridad, los mismos obispos y a su tiempo los mismos gobiernos enviarán a nuestras carísimas Hijas de María josefinas, que como hermanas de la caridad mexicana sean ya esos seres consoladores que endulzan los males, hacen soportables las terribles pruebas de la vida, e impiden que miembros desgraciados de la gran familia murmuren de las disposiciones de la Providencia divina; y que se separen del número de las almas privilegiadas a quienes Dios se complace en conducir por caminos duros y espinosos.

Además nuestras muy amadas josefinas por su conformidad con la voluntad divina son con toda verdad las que enseñan a la niñez y a la juventud los rudimentos de la religión y formando sus

3 Cf. Is 6, 3.

4 Jb 23, 14.

5 Ap 19, 1.

6 Cf. Ap 4, 10.

corazones para la virtud les facilitan su salvación; y el misionero Josefino es el que les proporciona esta ciencia educándolas en la escuela de Jesús, María y José. Ellas socorren a los pobres hasta en sus mismas chozas, y su desinterés, su dulzura y su cuidado obliga a estos infelices a bendecir al Padre de familias, viendo que no los abandona en sus miserias; y el misionero les comunica esta parte *de su* espíritu haciendo que todo lo ejecuten según su Regla. Ellas salvan cien y cien víctimas del libertinaje, se declaran sus madres según la gracia supliendo abundantemente a sus propias madres, y el misionero les confía este precioso depósito y les enseña el modo de conservarlo intacto. Ellas los cuidan en los hospitales y con los servicios que prestan a todos los pobres despiertan mil y mil sentimientos religiosos cual más puros y sublimes; y el misionero las forma para que sean útiles para estos asilos de la piedad y del amor. Ellas visitan a los encarcelados, suavizan la pesadez de su desgraciada suerte, y no pudiendo esperar nada de los jueces por el rigor de las leyes, se sienten como obligados a arrojarlos con confianza en los brazos de Aquel que siempre está dispuesto a perdonarlos; y el misionero les comunica tanta intrepidez y desprendimiento y caridad como se necesita para semejantes funciones. ¡Qué sublime el empleo del misionero! ¡Cuánta sublimidad en las diversas funciones de las josefinas! ¡Cuán sumamente útil es cada uno de dichos ministerios! ¡Cuán respetables ante Dios y los hombres! ¡Ah! cada instante de su vida es un acto de alabanza que da a Dios; y acto que se funda en su perfecta conformidad con la voluntad divina. ¡Que todos los misioneros, y todas las josefinas obren siempre con tan subida y admirable perfección! Amén, amén, amén.

19. Le pide lo que Dios quiere

Con un acto de conformidad le pedimos a Dios todo aquello que Él quiere y por tanto entramos en posesión de todo cuanto está contenido en estas palabras del Salvador: *Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá; porque todo aquel que pide recibe; y el que busca halla; y al que llama se le abre*⁷.

¡Qué mayor garantía se nos puede dar para que nos apliquemos a tan santo ejercicio! Cuando un religioso se conforma prácticamente con la voluntad divina, afirma de hecho y con la mayor confianza que Dios es su amado; y lo reconoce el dueño de su corazón; y le predica la alegría de su espíritu, y lo anuncia su presente y futura esperanza; y a la faz de todo el mundo lo admite como a su solo y único Señor.

Conformarse con la voluntad de Dios es reconocerlo con una superioridad suma; es confesar la completa ignorancia que nos acompaña, y la suprema sabiduría que a Él le es propia; es confesar nuestra miseria y aquella su infinita abundancia; es confesar nuestras enfermedades y aquella su salud única que la comunica aún a los muertos cuando los resucita; es en una palabra reconocer nuestra debilidad e imperfección, y es por tanto pedirle a Dios un socorro que nos conforte en medio de las penas, que nos consuele en las aflicciones, que nos visite para que no erremos, que nos libre de las pasiones que nos abrumen, que nos instruya en la doctrina de Cristo, y que nos sane el corazón de afectos desordenados; para que interiormente sanados y bien instruidos, seamos perfectamente aptos para hacer siempre y en todo la voluntad de Dios. ¡Qué grande es este ejercicio!

Ya declaramos en otra ocasión su grandeza, asegurando que era el camino más corto para llegar a la perfección; y el único ejercicio verdaderamente grande; y el único que hace ligerar las cargas más pesadas; y el único que hace sobrellevar no sólo lo que se puede, sino aún lo que es superior a nuestras fuerzas, y el único que hace andar con gusto entre las espinas de la tribulación, y el único que dulcifica lo más amargo, y que hace en gran manera agradable lo que por su insipidez

⁷ Mt 7, 7-8

era del todo desapacible: así es como con la práctica de este familiar ejercicio se le pide a Dios lo que él quiere. Concluyamos asegurando que: *todo acto de conformidad a la voluntad de Dios, es un medio segurísimo y fácil para adquirir en esta vida un gran tesoro de gracias.*⁸ Así, de esta suerte, se pide a Dios con la conformidad lo que Él quiere que esté en nuestra posesión.

20. Vive con gran contento

A la manera que la tristeza es como una polilla que despedaza al alma y le impide hacer progresos en la vida del espíritu; así la verdadera alegría la conserva intacta y le comunica un fuerte impulso hacia la santidad. Y esta alegría es de tal suerte un efecto de la conformidad con la voluntad de Dios que por la experiencia que tenemos, decimos con toda verdad: *Dadme a un alma que trate siempre de hacer la voluntad de Dios y yo os haré ver que goza siempre las admirables alegrías de un cielo anticipado; porque se ocupa de hacer sobre la tierra lo que los bienaventurados hacen en el cielo, y porque la ocupación de los santos en la gloria es hacer sin cesar la voluntad de Dios y en esto consiste su bienaventurada alegría.*⁹

¡Qué hermosa es pues la conformidad, considerada bajo este punto de vista! ¡Qué hermoso y exquisito y fragantísimo fruto! ¡Qué árbol tan celestial y divino! Así como entre los árboles del paraíso, el de la ciencia del bien y del mal era el único destinado a conservar la inocencia; así en el jardín de las virtudes el místico árbol de la conformidad es el solo que conserva la verdadera alegría del espíritu. ¡Qué importantísimo es su fruto! Él hace desprendernos de lo de la tierra y con la sustancia que comunica hace suspirar por lo celestial; él nos desata de todo afecto terreno y nos comunica la libertad de los verdaderos hijos de Dios. ¿Qué contento puede compararse con este contento? Digámoslo de una vez que nada es más dulce para el alma que esta conformidad, porque ella se compone de un conjunto de divinas dulzuras: nada más fuerte porque la debilidad del hombre se ve robustecida con la fortaleza de Dios: nada más sublime porque sus ideas rastreras vence ennoblecidas con el ejercicio que se compone de operaciones de la gracia: nada más dilatado, porque la amplitud de sus ideas no sólo superan a todo lo criado, sino que además se dilatan a lo que Dios se extiende: y no deben admirarnos porque Dios es su móvil y su artífice y su perfección. ¡Oh santa conformidad! ¡Oh Salvador mío! Dadme esta virtud, y dádmela según me la pide la santa Regla que profesé. Purísimos padres de Jesús, rogadle a vuestro divino Hijo, que nos conceda la práctica de la más perfecta conformidad.

21. Practica toda virtud

Ya lo hemos dicho que el que se conforma con la voluntad de Dios, posee la práctica de toda virtud; y la posee de un modo tan perfecto, que sólo es capaz de apreciarlo el que posee este familiar ejercicio. Podríamos decir que practica todas las virtudes volando; y volando a lo divino: que su dicha es completa, porque es en la práctica completamente libre; que es tan feliz que ha logrado ya el darse todo a todos para ganarlos a todos; y que en cada acto de conformidad tiene todas las cosas. ¡Qué ventura la del religioso que así practica la virtud! Él no mira a la acción que hace, sino al modo elevadísimo con que la hace y al subidísimo fin con que la ejecuta: en la práctica le parece que ignora el modo de conformarse con el divino querer, pero es porque ha hallado el modo de conformarse sobre todo modo; y no es de admirar porque este ejercicio le transforma en hombre divino; le hace no sentir la pesada carga de los trabajos y ver en ellos no más que modos de conformarse con Dios: y llega poco a poco a no resistir a otra imposibilidad,

⁸ Luis Abelly

⁹ SVP, Conferencia a Hermanas del 27 de julio de 1653, sobre la práctica de pedir permiso; Coste IX, 646.

que la suma; porque como S. Pablo, dice también: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta*¹⁰. ¡Oh bienaventurada la Hermana Josefina y el piadoso misionero que aprendió a conformarse con la voluntad de Dios! Porque con sólo esta virtud todo lo puede; todo lo llena; todo lo efectúa; y cual esposa de los cantares aún mientras duerme, su corazón vigila para hacer la santísima voluntad de Dios. Veamos una verdad del hecho en un hermano coadjutor, llamado Pecha, y que al parecer murió en Roma, en la casa de Monte Citorio. Al referir las admirables virtudes de ese religioso ocupado en trabajos de la casa, hemos de darle gracias a Dios por habernos dado en nuestros días tan bellos ejemplos de virtud, y pedirle a Dios que nos enseñe a poner en ellos todo nuestro contento: a no amar sino lo que Dios ama, y a no querer sino lo que Él quiere. Murió el día 9 de diciembre de 1844, a los 28 años de su edad y 14 de su vocación, siendo ya un modelo de virtud. La entera resignación a la voluntad de Dios que es lo más santo y perfecto y que entraña la práctica de las demás virtudes, formaba el carácter principal del Coadjutor Pecha. Ella le ganó una estima particular, aunque por otra parte nada había de extraordinario en su conducta; por ella ignoraba aquellos respetos humanos que hacen obrar de mala fe, sino que siempre sencillo y leal se prestaba todo para todos: en fuerza de ella sabía reprimir sus deseos, de manera que parecía vivir sin voluntad propia: la crítica de las disposiciones dadas y los pretextos para eximirse de ellas le eran cosas enteramente desconocidas; y las observaciones que hacía eran tan modestas que a la primera respuesta bajaba respetuosamente la cabeza y se sometía. Era tan hijo de esta resignación a la voluntad divina, que el viajar por largo tiempo sufriendo los ardores del sol: el andar en medio del barro y con la lluvia encima; el retardar la comida o la cena; acortar el sueño cuando era menester; velar por muchas noches a los enfermos, y estar del todo empleado y en todo tiempo sobre las necesidades de la casa sin descuidar las comisiones de fuera; desempeñar al mismo tiempo varios oficios u ocuparse exclusivamente en uno solo; y aun interrumpirlo todo para ir a misión, eran cosas indiferentes para nuestro Hermano Coadjutor, porque todo lo recibía como venido directamente de la mano de Dios. Todo esto hacía que todos admiraran su actividad y su paz, la tranquilidad que rebosaba su espíritu y la buena voluntad con que siempre servía a todos; que su carácter en todo tiempo fuese igual, y aunque uno lo encontrara siempre en el mismo estado y en las mismas disposiciones.

Así es en sí mismo y así será para el Instituto, un hermano coadjutor que sé conforme con la voluntad de Dios; pero uno que hiciere lo contrario, ¡oh, qué infeliz el que practicara todos los vicios, así como qué feliz aquel que practicara todas las virtudes! Él estaría en un malestar continuo, al paso que el otro disfrutará un continuo gozo: él solo pediría a Dios lo que rastrean los sentidos, mientras que este dirige sus súplicas hacia lo que anhela el espíritu. ¡Oh, y qué infeliz!, pero lo es tanto, que en vez de alabanza a Dios que lo divinizara, intenta quitarle aquella gloria que Él ha jurado no darla a nadie: *No cedo mi gloria a nadie*¹¹.

Estos son los infelizmente desgraciados que confiaron en su voluntad; que no juzgaron de las cosas según el recto juicio y que no observaron la santa Regla que profesaron: *Todos estos ponen su confianza en sus manos y cada uno se muestra sabio en su tarea*¹².

22. Obra lo más perfecto

El que se conforma verdaderamente con el divino querer lo hace en todas las cosas; y principalmente en todo lo que mira especialmente en los bienes espirituales y aun en los de gloria, pues sólo los quiere con sujeción a la voluntad divina. Suspira es verdad por las virtudes;

10 Flp 4, 13.

11 Is 42, 8.

12 Eclo 38, 31.

la procura cuidadosamente; añade la penitencia a la solicitud: pero todo lo enlaza con el más perfecto acto de conformidad.

Quiere las virtudes con voluntad absoluta, porque así Dios lo quiere; pero los privilegios que siempre las acompañan solamente los quiere en cuanto Él se los quiere dar. Quiere la mayor castidad; pero si Dios quiere que grandes tentaciones lo aflijan también lo quiere. Quiere la sencillez de un Abel, la humildad de un David, la mansedumbre de un Moisés, la mortificación de un Jeremías y el celo de un Isaac; pero quiere, queriéndolo Dios, sentir los movimientos más contrarios a estas virtudes. Quiere todos los bienes de naturaleza, de gracia y de gloria; pero lo quiere todo sin el menor interés propio: y sólo los quiere por hacer aquella voluntad santísima que así lo quiere.

¿Hay cosa más perfecta que este estado? ¡Divino estado que nos hace veloces para todo lo bueno, sinceros para aumentarlo, y piadosos para lo más perfecto: divino estado, que nos hace comunicables para con el prójimo, fuertes para sobrellevar la contradicción, y constantes para concluir lo más difícil: divino estado que nos hace prudentes como serpientes, nos llena de la divina longanimidad, y nos desprende de todo, y tan perfecta y completamente, que sólo nos permite obrar en fuerza de la voluntad de Dios! Tal será el misionero que posee el familiar ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios, así con tanta perfección obrará la venturosa Josefina, que sólo quiere lo que Dios quiere, y así unos y otras, mediante la conformidad en todo tiempo, ocasión y circunstancias siempre y para siempre obrarán a su tiempo, lo más celestial y lo más divino de cuanto es capaz humana criatura.

Capítulo 5. En qué consiste la conformidad con la voluntad de Dios

23. En qué consiste

Grande ha de ser nuestra gratitud para con Dios nuestro Señor, por habernos dado en la santa Regla como religiosos la práctica del ejercicio de la conformidad; ejercicio que ciertamente ocupa el lugar primero entre los demás ejercicios: y lo ocupa por la sincera virtud que establece en el corazón, por los divinos gozos a los cuales nos sumerge, por las gracias copiosísimas y privilegiadas que nos comunica, por las obras de que nos hace afortunados autores, por la edificación que esparce por doquiera, por la santidad sublime a la que de hecho nos conduce y por la infinita multitud de perfecciones que nos hace vislumbrar.

Conformidad con la voluntad de Dios, ¿quién podrá definirte? ¡Ah!, así como hablando de la luz no sabemos dar de ella una idea más perfecta que presentarla brillante y resplandeciente como el sol; así también hablando de nuestro ejercicio no podremos predicarlo mejor que denominarlo divina conformidad: y a la manera que todo está dicho de la luz con sólo decir que es un sol; así todo estará dicho de la conformidad, apellidándola "el sol de las virtudes", y con esto quedarán todas sus cualidades admirablemente expresadas, del mismo modo que lo quedaron las de la luz. ¿Y en qué consiste? Así definimos la conformidad para ambas familias del Instituto del señor san José, así como su práctica: *Consiste en hacer siempre y en todas las cosas la voluntad de Dios, cada uno hará todo lo posible para hacérselo familiar*¹.

¡Oh, qué perfección la que se encuentra encerrada en tan cortas líneas! ¡Oh! ¿quién la poseyera en su más alto grado? ¡Salvador mío, oh, si me diceses su práctica! ¿Y podría un misionero no desearla? ¿Podría una Hija de María Josefina no ansiarla? ¡Ah! yo sé de cierto que decir que uno de nosotros tiene la conformidad es como si vuelto a Dios, dijera lo de aquel gran santo: *Ámete yo más que a mí; ni me ame a mí, sino por ti; y todos los que verdaderamente te amen, ámente por ti, como lo manda la ley del amor que brota de ti.*²

Idea hermosa de la conformidad con la voluntad de Dios; porque el que la posee ama a Dios; pero tanto que ni a sí mismo se ama sino por Dios; ni ama a los demás sino por Dios; ni ama a criatura alguna sino por Dios; ni ama afecto alguno sino por Dios; ni cosa alguna criada puede ser amada de su corazón, sino en cuanto así lo pide la ley del amor a Dios; pues la práctica de todo esto no son más que consecuencias de la perfecta conformidad.

¡Cuán bienaventurado sería el religioso que la poseyera! ¿Qué no podría decirse en alabanza suya? Si se nos permitiera que se desahogase a sí mismo a lo divino este venturoso que tiene la conformidad, se le oiría decir: con sólo ella yo clamo siempre y a grandes voces honor y gloria a mi Dios; clamor divino que lo es de las almas más santas; clamor que se compone del acto del amor más perfecto: clamor que es una súplica que necesariamente ha de tener un buen despacho: clamor que es la acción de gracias más adecuada que brotar pueda de labios humanos: clamor que se reviste en algo de la perfección de la madre de Dios cuando decía: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*³, y clamor que nos comunica los sentimientos del Verbo Encarnado cuando en la oración del huerto exclamaba así: *No se haga mi voluntad, sino la tuya.*⁴

¿Y por qué todo esto? porque en la práctica su Dios es su todo; y todo él es todo para Dios.

¡Qué edificante y qué consolador y animador sería ver un corazón así dilatado! ¡Verbo! ¡Como

1 RCM 2, 3.

2 Thomas a Kempis, *De imitatione Christi*, l.3, c.5, 3.

3 Lc 1, 38.

4 Lc 22, 42.

sumergido en un océano de amor! y verlo cómo el amor lo tiene preso, y el amor lo mueve, y el amor lo alimenta y cómo todas las cosas se las efectúa el amor; santas consecuencias de la conformidad con la voluntad de Dios. Y su acto más perfecto ¿en qué consiste? Nuestra rudeza no nos permite explicar lo que ni siquiera sabemos concebir; pero sí nos parece que podemos narrar lo que aconteció a uno de nuestros misioneros. Fue el caso, que hallándose muy de mañana ante el santísimo Sacramento, preparándose para la oración mental, le pareció como que leía en su interior lo que sigue: el acto más perfecto de conformidad con la voluntad de Dios, está encerrado en la práctica de estos versos: *Es entre todas mi más amada, la que se llama la nada, nada. Y otro es su nombre y de igual poder, y se denomina: el padecer.*⁵ *Lo mejor con mi alma y potencias, lo mejor con mi cuerpo y sentidos, lo mejor con mi corazón y afectos, y con todas mis fuerzas también lo mejor.*⁶

A nosotros nos parece que no anduvo tan desacertado con esto, porque es como si hubiera dicho: que cuando uno está completamente despegado de todo lo de la tierra y de todo lo del cielo, y con esta preparación trabaja para hacer en todas las cosas y siempre que lo conoce lo mejor; este tal está en ejercicio del acto más perfecto de conformidad con la voluntad de Dios. ¿Cuál es si no la voluntad de Dios para con nosotros? Es que seamos santos como él: *Seréis santos, porque santo soy yo,*⁷ es que seamos perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto: *Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial*⁸; es que hagamos en un todo lo que hizo Jesucristo: *Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho*⁹.

Es así que aquel será más santo y más perfecto y hará mejor lo que hizo Jesucristo que estuviera más vacío de sí mismo; de todo lo de la tierra, y de todo lo del cielo, e hiciere siempre y en todo lo mejor que conociese: luego el que esto obrare es el más santo, el más perfecto y el que mejor imita a Jesucristo, y por tanto está prácticamente en el acto más perfecto de conformidad. Como quien que sea, diremos siempre como Jesucristo: *Quien pueda entender, entienda.*¹⁰ Y predicaremos bienaventurado no el que sólo lo haya conocido, sino a aquél que al conocimiento le añadiera la práctica; porque como san Pablo, puede decir: *Y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí*¹¹.

24. En qué consiste la conformidad pasiva

Ya desde el principio de este tratado hemos hablado de conformamos pasivamente con la voluntad de Dios cuando dijimos: *Recibir con igualdad de ánimo, y como venidas de la mano paternal de Dios, todas las cosas que nos suceden de improviso, como aflicciones o consuelos, ya corporales, ya espirituales.*¹²

Por consiguiente la conformidad pasiva con la voluntad de Dios, consiste en recibir todo cuanto nos acontezca como venido de la mano de Dios, y la apellidamos pasiva, porque en su práctica el religioso se porta de hecho pasivamente y debe notarse que debe extenderla tanto a lo adverso

5 Poesía de José María Vilaseca, *El camino de unión*, México, enero de 1862, en tomo 10, *El beso y su camino*, f. 2-4; original AGMJ, Fundador, Manuscritos. Publicado en *Vida de la inmaculada y divina María, augusta Madre de Dios*, México, 1870, p. 89-90.

6 Poesía de José María Vilaseca, *Explicación del voto de hacer siempre lo que es mejor*, octubre de 1862, en manuscrito *El beso y su camino*, tomo 10, f. 288-291. 291-294. 295; original AGMJ, Fundador, Manuscritos. Publicado en *Vida de la inmaculada y divina María, augusta Madre de Dios*, México, 1870, p. 446-449.

7 1Pe 1, 16

8 Mt 5, 48.

9 Jn 13, 15.

10 Mt 19, 12.

11 Sal 2, 20

12 RCM 2, 3, 3o.

como a lo próspero, y lo mismo si afecta al alma como si gravita sobre el cuerpo.

Veámosle ejemplificado en la persona del santo Job: Job el varón sencillo y temeroso de Dios: el que se apartó de lo malo y practicó lo bueno: el que se conservó tan inocente que el mismo Espíritu Santo hizo su elogio, y el que recibiendo en pocos momentos la pérdida de todo respondió: *El Señor me lo quitó*. Y que habiendo sido recompensado sobre abundantísimamente también dijo: *El Señor me lo dio*.¹³

Hallábase Job en su casa cuando llegando un criado le dijo: estaban tus bueyes arando y tus asnos paciando, cuando los sabeos cayeron sobre ellos, se los llevaron, pasaron a cuchillo a tus criados y sólo yo me escapé para darte la noticia. Y aun éste hablaba cuando otro que llega le dice: señor, fuego de Dios ha caído del cielo y consumió todas tus ovejas, abrasó tus campos, cuanto contenían y todos tus criados y sólo yo me escapé para decírtelo. Y aun éste hablaba, cuando otro criado que se le presentó, le anuncia; que los caldeos habían invadido sus tierras, que se habían llevado todos sus camellos, que le pasaron con la espada sus criados, y que él solo había logrado escaparse. Y aun éste hablaba, cuando otro criado que acababa de llegar le notifica: que sus hijos y sus hijas comían juntos en la casa de su primogénito, cuando se vieron embestidos por el huracán del desierto que batiendo el edificio lo desplomó aplastando todo cuanto contenía. Y poco después saliendo Satanás de la presencia del Señor lo hiere con una úlcera infernal de modo que ha podido decirse de él que *de la planta del pie a la cabeza no queda parte ilesa*.¹⁴ A todo lo cual contestó Job con el acto más perfecto de conformidad: *El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó, se ha hecho lo que es de su agrado, bendito sea el nombre del Señor*.¹⁵

Si hubiese dicho Job que sus enemigos lo habían arruinado; que los ladrones le habían hurtado lo que poseía; que el viento le había arrebatado lo que él más amaba, que el fuego le había abrasado la principal parte de sus intereses, y que la calamidad lo estaba persiguiendo como si fuese el desecho del género humano, ¡oh, qué modo de obrar tan impropio! y con todo habría imitado a tantos religiosos que con harta frecuencia se olvidan en la práctica de la causa primera que es Dios; pero él como obraba como varón perfecto se olvidó de las causas segundas y fijas en sólo el Señor, así dijo: *El Señor me lo quitó, bendito sea el nombre del Señor*.

Por tanto el espíritu de nuestras Constituciones no solamente quiere que lo malo lo atribuyamos a permisión divina, sino aún todo lo bueno que nos acontece: y así el buen suceso del negocio no quiere que lo atribuyamos ni a la aptitud personal; ni al propio talento, ni a la consumada prudencia, ni al amigo que se interesa, ni a los pasos que se dan, ni a la casualidad que así lo hizo, sino sólo a Dios como lo hizo el santo Job; por esto vemos, que ese admirable modo de obrar fue tan del agrado de su divina Majestad, que en premio de su virtud recibió el duplo de cuanto poseía, según el lenguaje del Espíritu Santo: *El Señor cambió su suerte y duplicó todas sus posesiones. El Señor bendijo a Job hasta la cuarta generación*¹⁶.

El Señor dio a Job el duplo de todo cuanto tenía antes; y el Señor tanto bendijo a Job por su conformidad que vio a los hijos de sus hijos, hasta la cuarta generación. Hermosa y perfecta conformidad que la Regla exige al religioso, y para que se nos grabe mejor diremos así: *Pasivamente hacemos la voluntad de Dios, cuando nos sometemos a la Providencia, y la practicaremos, si en las pérdidas, enfermedades, penas, calumnias y demás trabajos lo recibimos todo como venido de Dios y de su admirable y paternal Providencia, que se extiende aún en las cosas más menudas*.¹⁷

13 Jb 1, 21

14 Is 1, 6.

15 Jb 1, 21

16 Jb 42, 10.16.

17 SVP, Conferencia a misioneros del 7 de marzo de 1659, sobre la conformidad con la voluntad de Dios; ES, XI,

25. En qué consiste la conformidad activa

Creemos de nuestro deber hablar a nuestros hijos e hijas no sólo de la conformidad pasiva, sí que también de la activa, por esto después de haber dicho: haremos la voluntad de Dios pasivamente cuando nos sujetemos a la aflicción o al consuelo que Dios nos envía, añadimos que también haremos la voluntad de Dios activamente cuando nosotros nos entregamos a la práctica de la virtud, yendo en busca del agrado de Dios.

Esta conformidad consiste en huir de todo lo malo, y en practicar todo lo bueno; en obrar siempre según el Espíritu, y nunca según la carne; y en hacer todas las cosas para agradar a nuestro Padre celestial.

Esta conformidad es mucho más perfecta que la otra, porque ésta está fundada en la necesidad que parte de los eternos decretos: y aquella es de pura elección y se compone en la práctica del más puro e inflamado amor.

Veamos un modelo práctico en el santo Apóstol, que pudo presentarse al mundo católico, como el dechado más completo de esta virtud. En efecto aparece entre nosotros como ministro de aquel Dios tres veces santo; pacientísimo para sobrellevarlo todo, rodeado de tribulaciones que sufre sin cesar, de necesidades de todo género que padece poderosamente, de angustias las más aflictivas que no le dejan un momento; lleno de heridas que le causan insoportables dolores, sepultado en las cárceles y con todas las consecuencias de la prisión; perseguido por sediciones que intentaban darle la muerte; asechado por tales trabajos que son del todo extraordinarios; pasando entre vigiliias aún las horas más precisas al reposo y confortando toda esta vida con el continuado ayuno y con la oración continua para llevar a cabo el acto subidísimo de conformidad que encerró en las siguientes palabras: *Señor, ¿qué quieres que yo haga?*¹⁸.

Todo esto no sólo lo padecía, sino que iba en busca de ello en fuerza de la caridad con que amaba a Dios; y deseó tanto toda especie de aflicción de alma, de cuerpo y de espíritu que pudo gloriarse de haberlo deseado como el que más. Por esto ponía su gloria en los padecimientos, su honra en las deshonras; su buena fama en las infamias; su sabiduría en pasar por un ignorante; su honor en comparecer con el título de seductor; su bienestar en recibir todo castigo y toda mortificación; su gozo en rebozar la sola tristeza de Jesús; su riqueza en abrazarse con la necesidad y la miseria; su buen juicio en ser tratado como un mentecato, y su vida en morir de puro tormento.

Eran sus deseos abstenerse de lo prohibido, y hacer todo lo mandado; y no obrar jamás según la carne y operar siempre según las obras del espíritu, para glorificar a aquel Dios tres veces santo, que siempre y en toda ocasión era el más dulce objeto de su amor. ¡Oh, si ya fuéramos todo esto! José y María, purísimos Padres de Jesús concedednos esta gracia. Amén. Amén. ¡Oh y cuán perfecto es este modelo de conformidad activa! Estudiémoslo prácticamente, obremos como él obró, y no paremos hasta que podamos decir en la práctica el: *Por mi parte, con muchísimo gusto gastaré y me desgastaré yo mismo por ustedes.*¹⁹

26. En qué consiste la conformidad familiar en la práctica

El religioso ha recibido mucho del espíritu de su Regla; pero por nada le debemos tanto, como por haberle exigido que la conformidad había de ser para él un familiar ejercicio. Por tanto, no le basta al misionero ni a la Hermana Josefina, el conformarse con la divina voluntad; sino que uno y otra ha de hacerlo con tal continuación, que le sea familiar. Y a la manera que lo que forma una familia es el jefe que la rige y la gobierna; porque éste la alimenta y hace que los demás vivan

454.

18 Hch 9, 5.

19 2Co 12, 15.

como hijos verdaderos del mismo padre: así formará en nosotros este familiar ejercicio, el que de un modo semejante tenga la conformidad por base de todas las obras y palabras y pensamientos: y lo tengan de modo que tanto en el misionero como en la Josefina, todo sea engendrado por la conformidad, todo dado a la luz por la conformidad, todo alimentado por la conformidad, todo robustecido por la conformidad, todo perfeccionado por la conformidad, y de tal modo que pueda decirse de cada uno que su vida es un acto continuo de conformidad. ¡Qué feliz un misionero que así obrare! ¡Qué dicha la de una Josefina que obrara con dicha perfección! ¡Cuán seguros, y cuán numerosos y extraordinarios fueran sus privilegios! Paréceme que de su corazón divinizado saldrían estas sentencias: *Cantaré el cántico del amor. Seguiré a mi amado en lo más alto; hasta que mi alma llena del divino amor desfallezca en tu alabanza;*²⁰ porque no hay mejor cántico, ni mejor alabanza, ni modo más apropiado de seguir a Dios que la vida de un misionero y de una Josefina que tuvieren la familiaridad de conformarse con la voluntad divina.

Para animaros más y más a este santo ejercicio decimos: que si hubiere uno de nuestros hijos, así conforme con el divino querer, diríamos que en cuanto es posible a nuestra miseria se encuentra en su corazón cuanto nos ha enseñado Jesucristo, y también cuanto ha practicado; porque esto se entiende por el ejercicio de la conformidad pasiva y activa. Es por de pronto un bienaventurado, que entró ya en la posesión del Reino de los cielos, un bienaventurado, que posee los corazones de los mortales; un bienaventurado, que al paso que llora por las ofensas que Dios recibe, sabe consolar a los tristes: un bienaventurado, que tiene hambre y sed de hacerse santo y de santificar a los demás; un bienaventurado, que ejercita la misericordia para todos los pecadores: un bienaventurado, cuyo corazón limpiísimo le hará ver a Dios; pero de tal modo, que ya es ahora aquel llamado su hijo verdadero. *Porque ellos serán llamados hijos de Dios*²¹.

¡Oh, quién nos concediera gracia tan grande, tan importante y tan consoladora! Con la práctica de conformidad activa y pasiva es también cada uno de nosotros un bienaventurado, porque, como nuestro Señor, padece persecuciones por la causa de Dios, porque él es tratado como la escoria del mundo y porque le conviene ya desde ahora: *Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos, que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros*²².

Y es también bienaventurado, porque la conformidad con la voluntad divina lo hará la sal de la tierra, condimentándola a lo divino; la sal de los pecadores, sacándolos de su vida infeliz; la sal de los tibios, haciéndolos fervorosos; la sal de los sacerdotes, haciéndolos santos, y la sal de los santos, haciéndolos más perfectos. Y lo será en fin, como la luz del mundo especial, hasta el punto de poderse presentar como espectáculo digno de imitación entre los hombres y aun también entre los ángeles; como que es esto caridad para con Dios por su sencillez, piedad y devoción; como que es todo caridad para con el prójimo por amarlo con el mismo amor de Dios y en suma porque él es por medio de la observancia de la conformidad, no sólo el que dice Señor, Señor; sino que es también aquel bienaventurado del Evangelio que entrará en la gloria por haber hecho la voluntad de Dios. *El que haga la voluntad de mi Padre, ese entrará en el reino de los cielos.*²³

27. Obligación de procurarla

Interpretando la Regla hemos creído que debíamos imponernos la obligación de procurar la

20 Cantem amoris canticum; sequar te dilectum meum in altum. Deficit in laude tua anima mea, jubilans ex amore (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi*, 1.3, c.5, 6).

21 Mt 5, 9

22 Mt 5, 12.

23 Mt 7, 21.

conformidad, diciéndonos: *Cada uno hará todo lo posible para hacérselo familiar.*²⁴ El procurar, pues, la conformidad y procurarla de modo que la poseamos familiarmente es una verdadera obligación que impone la Regla a todo religioso. ¡Qué lástima que no seamos tan generosos que no nos baste el amor! Sin embargo, así debiera ser: por esto lo expresamos desde ahora exponiendo la santa Regla: y a la manera que los muchachos que van a la escuela, cuando no se aplican con la dulzura, emplea el preceptor el correspondiente castigo y con ambas cosas sale el joven aprovechado; así de un modo semejante, pusimos primero el amor de Dios para que éste fuese el móvil principal; y para cuando este no bastare, ponemos también la obligación de la Regla.

Esta obligación no sólo es general para ambas familias del señor san José, sino que se extiende a cada religioso en particular, que de hecho aspira a la perfección, y es una obligación que para cumplirla debidamente hemos de hacer lo posible y lo imposible: y obligación que a la verdad no la cumpliría el que sólo lo procurase remisamente, del mismo modo que el que no trabajara para hacérsela familiar. Concluimos este capítulo suplicando que procuremos acordarnos de la sentencia de aquel santo que nos asegura que jamás seremos verdaderos amantes de Dios, sino en cuanto nos conformemos con su voluntad: *Aquel que no está dispuesto y preparado para hacer la voluntad de Dios, su amado, no es digno de ser llamado amante de Dios.*²⁵

24 RCM 2, 3.

25 Qui non est paratus omnia pati, et ad voluntatem stare dilecti, non est dignus amator appellari (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi* l.3, c.5, 6)

Capítulo 6. De la primera especie de obligaciones que nos impone la conformidad

28. Explicación de la Regla

En fuerza de la misma Regla que manda al religioso la conformidad con la voluntad de Dios, declaramos las obligaciones que ella nos impone, encerrando la primera de ellas en estos términos: *Hacer debidamente lo mandado y evitar lo prohibido, siempre que conozcamos que el precepto o la prohibición provienen de Dios, de la Iglesia, de nuestros Superiores o de las Reglas o Constituciones de nuestra Congregación.*¹ Importantes palabras que nos señalan lo que hemos de hacer en fuerza del primero de los deberes que nos impone la conformidad. ¡Qué diremos, pues, de ella considerándola con esta extensión! ¡Con qué expresiones la ponderaremos debidamente!

¿Diremos que es semejante a un inmenso árbol cuyas ramas se extendieran por todo el mundo, y cuyos frutos fuesen el alimento de todo género humano? ¿Diremos que es como aquel árbol que plantado en medio del paraíso conservara con su fruto la vida de nuestros primeros padres? ¿Diremos que es como el árbol de la vida que nos habló san Juan, y cuyos sabrosísimos frutos son los del Espíritu Santo? Todo esto podemos decir de la conformidad, porque cual místico árbol alimenta a todos los justos; a todos los conserva en la inocencia y como dádiva del Espíritu los santifica más y más. ¿Qué diremos pues, de un misionero que la poseyera? Y de una Josefina que ya la tuviera, ¿qué diríamos? ¿Y qué pensaríamos de ambas Familias del señor san José, si consideraran a la santa conformidad como su joya predilecta? ¿Diríamos que ambos Institutos se hicieron semejantes a aquellas provincias, en las cuales reina la agricultura y cuyos campos se componen como de otros tantos paraísos? Ciertamente puede decirse todo esto; porque a la manera que las indicadas tierras tienen con el cultivo la mayor defensa para que no les entre la miseria, y el mejor medio para nadar en la abundancia: así de un modo semejante tiene el religioso con la conformidad el mejor modo de verse libre de la miseria del pecado, y de llegar a la posesión de la riqueza de la gracia. ¿Diremos que cada uno de los Josefinos es semejante a la tierra virgen; pero en el momento en que la planta del hombre, aún no la había manchado y que inocente todavía recibió el precepto de que creciera y se multiplicase? No cabe duda que es así: porque a la manera que entonces todo era en ella muy bueno y daba por consiguiente la debida gloria a Dios; así sucede con el religioso que en fuerza de la conformidad se despoja de todo lo malo, y revestido de todo lo bueno, le da a Dios aquella gloria que le debe.

Pero dejemos estas comparaciones para decirlo de una vez, describiendo prácticamente esta conformidad con las siguientes palabras: *La voluntad de Dios es el alma de nuestro santo Instituto y es también una de las prácticas que hemos de tener grabadas en nuestros corazones, como que da a cada uno en particular un medio de perfección muy útil y excelente e infalible; y hace que nuestras acciones no sean ya humanas sino angélicas y aun divinas; porque se hacen en Dios y por Dios: ¿qué vida será la de semejantes religiosos si se funda bien en esta práctica?*² ¡Dichosos, felices y muy felices si la conformidad con la voluntad de Dios es nuestra práctica! Pidámosla a nuestros purísimos padres, José y María, y se la hemos de pedir con la mayor confianza ya que es una gracia que ciertamente nos quieren conceder.

¹ RCM 2, 3, 1o

² SVP, Conferencia a misioneros del 28 de marzo de 1659, sobre la mansedumbre; EX, XI, 472.

29. Nos obliga hacer lo que Dios nos manda

Con esto no impone la Regla al religioso una nueva obligación sino que le recuerda el deber que tiene de hacer lo que Dios nos mandare; y sobre todo le facilita los medios de cumplirlo bien. Muchos cristianos hay que observan aparentemente la ley de Dios; pero que en la hora de su muerte recibirán en vez de premio aquel tan terrible castigo del *ya recibiste tu recompensa*³.

Obran muchos cristianos lo que Dios manda; porque la casualidad los lleva a ello; porque es su genio hacer aquella acción; porque el humor los conduce a ejecutar; porque se sienten arrastrados de cierta vehemente inclinación; porque la conveniencia de lo que ellos esperan así lo pide: y porque una especie de persuasión puramente natural, se lo está reclamando. ¿Y qué sería de un religioso que así obrare? ¿Un religioso que dejando a Dios fuese sencillo y humilde por genio; manso y mortificado por humor; celoso y amante de la pobreza por capricho; casto y obediente por propia voluntad y que permaneciese en el Instituto Josefino por intereses bastardos? ¿Qué sería de un misionero que estuviese recogido en casa por hipocresía; fuese a misiones para que se hablase de él; diese ejercicios por respetos humanos: desempeñara las clases en los colegios por el deseo de saber, y en todo obrar porque a él así le place? ¿Qué sería de semejante misionero? ¿Y de una Josefina que obrase de este modo, qué sería? Para que de una vez aprendamos a pensar, decir, desear y obrar según la voluntad de Dios, diremos: Que la voluntad propia, y el propio interés, nos hace estar sin méritos para el cielo; porque ellos destruyen y vician nuestras devociones, nuestras penitencias, nuestras obras, y todo cuanto podemos hacer, decir o pensar, según lo significa Dios por el Profeta Isaías: *Es que el día en que ayunabais buscabais vuestro negocio*⁴.

Para que a ninguno de nuestros hijos les acontezca tan terrible desgracia, los trasladamos por la práctica de la conformidad a una atmósfera más pura, a fin de que todos obren por ser esta la voluntad de Dios.

Muy dichosos seríamos si pudiésemos gloriarnos de hacerlo así; porque entonces seríamos. pero ¿qué no seríamos? ¿Él nos manda que lo amemos con todo el corazón y demos a su santo nombre el honor que se merece, que le demos positivas pruebas de ello por medio de la satisfacción del día festivo; y aun que lo honremos a Él mismo en la persona de los superiores que son sus representantes? ¿Pues qué no seríamos haciendo todo esto porque Dios lo quiere? ¡Ah! el que lo hiciere llegaría a tener el mayor grado de amor a Dios; y la circunspección de un prudente anciano; y la humildad del centurión y del publicano, y la rectitud de Moisés en los juicios de su pueblo: él no sería delicado sino que obraría como varón fuertísimo; no fuera leve en su conducta sino que una celestial gravedad lo acompañaría; no vanidoso, sino ocupado en lo que habría de servirle eternamente y sobrio como el elefante, casto como la paloma, quieto como el eterno reposo, estable como la eternidad, y recogido en sus sentidos como el cáliz dentro de la flor. Él estaría sujeto a la obediencia, sumiso a la insinuación más insignificante, riguroso para consigo mismo, devotísimo para con Dios y obrando siempre con una fe tan viva, con una esperanza tan entera y con una caridad tan inflamada que no habría más que desear. ¡Oh, qué hermoso espectáculo! ¿Y lo es, el del religioso en fuerza de la conformidad con lo que Dios quiere? Concluiremos este número con la siguiente sentencia: *Para no malograr tiempo y trabajo es menester no obrar jamás por impulsos de la naturaleza o por interés, o por inclinación o por fantasía, o por capricho, sino habituarse a conformarse en todo con el divino agrado, porque el medio que hay más eficaz y por decirlo mejor el único medio que tenemos para hacernos santos*

3 Mt 6, 6

4 Is 58, 3.

*es habituarse a cumplir en un todo la voluntad de Dios.*⁵

30. Nos obliga a abstenernos de lo que Dios prohíbe

En fuerza de la conformidad le impone la santa Regla al religioso la obligación de no hacer cosa alguna de las que Dios ha prohibido: o lo que es lo mismo de no hacer cosa alguna contra su santísima voluntad. Dios ha dicho no matarás: crimen que nunca se ha encontrado en nuestras familias pero ¡ah! ¿Cuántas muertes espirituales? ¿Cuántas dadas a la fama del prójimo con el cuchillo de la murmuración? ¿Cuántas ejecutadas en la persona de nuestros mismos hermanos en la vocación? ¿Cuántas en la persona de los superiores? ¡Oh, qué falta tan grande! mejor fuera no haber nacido que dar la muerte al espíritu con lengua murmuradora. Recordemos unos consejos de un gran siervo de Dios que decía así: *"¡Lejos! de complacerse en decir mal o desacreditar a un superior por algún defecto que tuviese; porque entre parientes o verdaderos amigos no se hace esto, y aun suele decirse que debe amarse al amigo con defecto. Pero nosotros decimos que el defecto nunca debe amarse pero sí a la persona, y mucho más tratándose de un superior que está en lugar de Dios. Será pues, de muy poco juicio el que no sepa distinguir el vicio de la persona, y no sepa amar a ésta y aborrecer a aquél.*⁶ Y por decirlo en menos palabras añadiremos: *Que el vicio de la murmuración es un lobo rapaz que arruina y destruye el rebaño del Señor. Que uno de los mayores males que puede acaecer en una comunidad, es cuando hay en ella personas que murmuran, se quejan y tienen que hablar de todo.*⁷ ¡Cuán feo es este vicio y de tan tristes consecuencias!

Dios nos prohíbe no hacer cosa contra la pureza y aun hemos de procurarla tan angélica como sale de la Regla de los religiosos. Nos prohíbe, pero ¿quién no sabe lo que Dios nos prohíbe? Sin embargo, ¿cuántas faltas voluntarias?, ¿cuántas transgresiones llevadas a cabo con una culpable malicia?, ¿cuántas excusas no se alegan para aminorarlas? ¿y cuántas ilusiones no reinan en los espíritus? Para que no seamos tan así desgraciados y obremos según la voluntad de Dios, vamos a recordar un poco lo que él es, por medio de la visión que tuvo Isaías, en el año en que murió el Rey Osías.

He visto, nos dice, al Señor sentado sobre un excelso y elevadísimo trono, lo he visto rodeado de serafines que con dos de sus alas cubrían sus pies para indicarnos los pasos que tenemos de dar hacia la virtud, que con las otras dos cubrían su rostro para manifestarnos la reverencia divina que le debemos, que con las otras dos que volaban hacían la corte a este monarca de los soberanos y he visto que con sus lenguas cantaban el *Santo, santo, santo, el Señor Dios de los ejércitos, llena está toda la tierra de su gloria.*⁸

Y todo esto así fue dicho y oído y visto para que supiéramos nosotros de una vez, que debemos ocupar nuestra vida en hacer siempre y en todo la voluntad de Dios.

¿Será posible que olvidemos tan divina visión, hasta el punto de hacer lo que ella nos prohíbe? ¿Los serafines tan respetuosos, y nosotros le faltaríamos al respeto? ¿Los serafines cubriendo sus pies y nosotros los descubrimos para hacer lo que Dios no quiere? ¿Los serafines cubriendo su rostro, y nosotros tendríamos la desvergüenza de presentarlo para obrar contra Él? ¿Los serafines volando alrededor, y nosotros volaríamos hacia el camino de la iniquidad? ¿Los serafines entonando el cántico hacen la voluntad de Dios, y nosotros haríamos el pecado? ¡Ah! confesemos nuestra miseria por la conducta pasada, temblemos ante todos los hombres para el porvenir y

5 Luis Abelly.

6 Giordanini

7 Luis Abelly.

8 Is 6, 3.

reguémosle a Dios que al modo que un ángel purificó a Isaías: *Entonces voló hacia mí uno de los serafines con una brasa en la mano, que con las tenazas había tomado de sobre el altar, y tocó mi boca*⁹. Así nos purifique también a nosotros. ¡José y María, haced que nunca hagamos los misioneros ni las josefinas la menor cosa de las que nos están prohibidas por nuestro buen Dios!

31. Nos obliga a hacer lo que la Iglesia nos manda

¡Dulcísimo efecto de la santa conformidad es hacer lo que nos manda la Iglesia! ¡La Iglesia! ¡Oh! amemos a la Iglesia, porque después de Dios, ella es para nosotros todas las cosas: amémosla, porque nos engendró en la fe, nos dio a la luz en el santo Bautismo y nos conserva la vida en la caridad: amémosla, porque es nuestra madre por el Bautismo, nuestra fuerza por la Confirmación, nuestra inocencia por la Penitencia; nuestra felicidad, por la Eucaristía; toda nuestra gloria por el Orden sagrado; nuestro consuelo por la Extremaunción y nuestra existencia por el Matrimonio: amémosla, porque es la Iglesia de Dios vivo, y la columna de toda verdad y el fundamento de la verdadera ciencia, y el Sacramento manifiesto de la religión y la grandeza de la piedad, y la manifestación del Verbo hecho carne, y la justificación de los espíritus, y la aparición de los ángeles, y la predicación de los gentiles, y la creencia católica en la tierra y la eterna bienaventuranza allá en el cielo.

Sí, esto es la Iglesia. ¿Hay cosa más conforme que hacer lo que ella quiere? hemos de hacerlo siempre y en toda ocasión, pero como acto de conformidad a la voluntad divina: *siempre que conozcamos que el precepto o la prohibición provienen de la Iglesia*¹⁰.

Ella nos manda creer en un Dios que es Padre; en un Hijo engendrado, y en el Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo; en un Padre creador de todas las cosas; en un Hijo redentor de los hombres y en el Espíritu Santo que es su glorificador; en un Dios que por nuestro amor todo lo conserva y nos dio a su mismo Unigénito, en Jesucristo, que se hizo hombre y padeció por nosotros, y en el Espíritu Santo que nos ha enseñado toda verdad. ¿Y podríamos no hacer lo que esta Iglesia nos manda? ¿Podríamos no apellidarle una, santa, católica, apostólica? ¿Podríamos no confesar con ella la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne, y la vida perdurable? ¡Ah! creamos todo esto, ya no sólo por los motivos de credibilidad, sino por ser esta la voluntad de Dios. La Iglesia nos manda esperar en nuestro Padre que está en los cielos; santificar con todas nuestras fuerzas su santísimo nombre; pedirle que de tal modo venga a nosotros su Reino, que el pan nuestro de cada día y el pan de la gracia y de la Eucaristía, sea nuestro alimento; y en fin que se haga su voluntad acá en la tierra, como se hace allá en el cielo. Ella nos manda oír la santa misa; confesar y comulgar por lo menos una vez al año; entregarnos a la vigilia y al ayuno en ciertos días y ayudarla en su misión por medio de los diezmos y primicias. ¡Qué grande, qué excelente es la Iglesia! ¡Ah! es la esposa de Jesucristo, y por tanto, muy digna de que hagamos lo que ella nos manda y de que lo hagamos por medio de un perfecto acto de virtud de la conformidad con la voluntad de Dios.

32. Nos obliga a abstenernos de lo que la Iglesia nos prohíbe

La Iglesia como encargada del depósito de la fe, de la moral y de la disciplina, tiene poder para prohibir lo que cree conveniente delante de Dios, del mismo modo que una madre lo tiene para con sus hijos. Hemos pues de hacer lo que la Iglesia nos manda y jamás ejecutar lo que la Iglesia nos prohíbe: prohibición que hemos expresado así: *Evitar lo prohibido, siempre que conozcamos*

⁹ Is 6, 6-7.

¹⁰ RCM 2, 3, 1o

*que la prohibición proviene de la Iglesia*¹¹.

Muchos se han levantado contra la Iglesia y la han atacado con toda su saña: ¡Infelices! porque no pueden tener a Dios por Padre los que no tienen a la Iglesia por madre. Otros que la hacen de católicos, cuando la Iglesia pronuncia algún juicio, comienzan por dudar y frecuentemente acaban con juzgar al juicio mismo. ¡Ah! no lo hagamos así; tengamos más respeto a nuestra madre y acordémonos de esta sentencia: *El que es escudriñador de la Majestad divina será oprimido por su gloria. Bienaventurada, por tanto, la sencillez, que dejadas las cuestiones difíciles, sigue con firmeza y claridad los caminos de los mandamientos de Dios.*¹²

Tengamos pues a la Iglesia el mayor respeto después de Dios: no la juzguemos, no suceda que seamos oprimidos con el peso de la majestad de su gloria: dejemos las cuestiones a la Iglesia y conducidos por una santa sencillez cumplamos nuestros deberes. Para recordar siempre lo que deseamos que sean todos los misioneros y josefinas con relación a la santa Iglesia, aun en medio de los errores de nuestros días, que se publican de mil y mil modos y circunstancias, así lo decimos a nuestros hijos: *Puesto que las opiniones nuevas o particulares, por regla general, dañan no sólo a sus autores, sino también a los que las siguen, todos se guardarán muy bien de semejantes novedades y particularidades; antes bien procuraran, en cuanto se pueda, ser uniformes en la doctrina, lo mismo de palabra que por escrito, de tal modo que, según la doctrina del Apóstol, podamos todos saber y sentir lo mismo, y también decirlo.*¹³

Cuando se levantaren nuevas o particulares opiniones, que casi siempre dañan a sus autores y seguidores, todos y cada uno de nosotros se guardarán de seguir dicha novedad, sino que todos los misioneros en cuanto se pueda tendrán la misma doctrina, acordándose que según el Apóstol conviene que todos piensen, digan y obren lo mismo ya que así lo dispone la santa Iglesia católica.

Finalizaremos este capítulo con un rasgo de la conformidad de un gran varón de Dios, de quien el escritor de su vida decía así: Tenía san Vicente con toda perfección una de las más importantes y al mismo tiempo de las más difíciles virtudes, es decir, su grande y perfecta conformidad a todas las disposiciones de Dios. De ahí es que nada emprendía, ni daba algún consejo, sin consultar de antemano a Dios, para explorar así su voluntad: de ahí es que llegó a poseerla con tal perfección que la libertad y el cautiverio, la salud y la enfermedad, la vida y la muerte le era todo una misma cosa, mientras que Dios lo quisiera. Temía el pecado porque Dios no le quiere, y temía el mismo bien, cuando Dios lo rehúsa de las manos del que lo hace. Dios, decía muchas veces, desecha las buenas obras porque mezclamos en ellas nuestra propia voluntad. En medio de las cruces que le deparó su divina Majestad se mostraba en gran manera sumiso, y cuando se vio a sí mismo o vio a los suyos gemir en la opresión, en la miseria o en las cadenas, a pesar de todo, su tranquilidad era siempre la misma; y con esta sola palabra: *Dios lo quiere*, cortaba el hilo de inútiles reflexiones.

Dejémonos nosotros guiar por esa conducta tan admirable de la Providencia; procuremos en la tierra tener con Dios un mismo querer y no querer: conformémonos en todas las cosas con la voluntad del Señor, porque esta práctica es vivir sobre la tierra la misma vida que Jesucristo. Dios mío, haced que ame a mis hijos e hijas, y a sus obras en cuanto vos queréis que los ame; y además haced que jamás pida su salud, vida o conservación, sino bajo el salvo conducto de que esto sea vuestra santísima voluntad; esto mismo deseamos que sean todos nuestros hijos, en la práctica de la conformidad con la voluntad de Dios. Amén, amén, amén. Y si Dios quisiere que

11 RCM 2, 3, 1o

12 Qui scrutator est majestatis, opprimetur a gloria. Beata simplicitas, quæ difficiles quæstionum relinquit vias, et plana ac firma pergit semita mandatorum Dei. (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi* l.4, c.18, 1-2 ; Pr 25.27).

13 RCM 12, 7.

ambos Institutos Josefinos todos se hundieran con todos sus individuos y sus obras y sus magníficas esperanzas; "¿Qué hay que hacer?" No siendo por mi culpa: *Señor, no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieras tú*¹⁴.

14 Mt 26, 39.

Capítulo 7. De la primera especie de obligaciones que nos impone la conformidad

33. Nos obliga a hacer lo que nos mandan los superiores

Bien podemos comenzar este capítulo, dándole gracias a Dios por este nuevo beneficio; porque cada vez que obedecemos, está en nuestra mano el hacer la voluntad de Dios, y cumplir el documento que han practicado todos los santos y que Jesucristo nos lo enseñó, diciendo: *El que a vosotros oye, a mí me oye*¹.

La conformidad pues con la voluntad de Dios, nos exige el que hagamos cuanto nos mandan los superiores: *Hacer debidamente lo mandado siempre que conozcamos que el precepto o la prohibición provienen de nuestros Superiores*²

La proposición que hemos sentado es tan absoluta que no admite excepción. En otras comunidades se dice que debe obedecerse pero no en todo; y que siempre y cuando manden los superiores cosas contra la costumbre establecida o que sea sobre lo que el santo Fundador puso en la Regla dicen que no están obligados a obedecer, *y en esto se fundan algunos para permitir que ciertas faltas contra la Regla continúen, diciendo que la costumbre abolió la regla y que por tanto hay prescripción, y que ya no obliga; pero en nosotros no es así, por haber cerrado, mediante la conformidad con la voluntad de Dios, la puerta a semejantes relajaciones*.³

¿Pues qué en todo han de obedecer a los superiores? En todo; y nosotros no podemos exceptuar caso alguno, y por esto, explicando la santa Regla, decimos: *Todos también obedeceremos con prontitud, alegría y perseverancia al Superior general en todas las cosas en que no hubiese pecado. La misma obediencia prestaremos a los demás Superiores, así particulares como Visitadores, y aun a los oficiales subalternos*⁴ en sus respectivas oficinas, o cargos especiales que se les hubieran confiado. Por consiguiente, en fuerza de nuestro voto de obediencia, hemos de obedecer a los superiores en todas las cosas, a no ser que nos mandaren lo que es pecado.

Por otra razón podemos probar nuestro aserto. ¿Qué nos pueden mandar que nos parezca que no hayamos de obedecer? A nosotros no se nos ocurre cosa alguna, porque cualesquiera que sea no siendo pecado, está encerrada en la regla de la obediencia. También se encuentra otra en las Reglas que nos habla de nuestro primitivo espíritu; porque lo que nos manda o supone la sencillez es el individuo y ésta ha de ser según la Regla en grado subidísimo; o supone la humildad la que debe ser tan profunda en un misionero que debe llegar a su más alto grado; o supone la mansedumbre, la cual debe ejercitar según el modelo de nuestro Señor; o supone la mortificación y en un misionero ha de ser tan universal que debe extenderse a todos los pasos de la vida; o supone, en fin, la práctica del celo que un misionero debe según su Regla poseer hasta poder decir con nuestro Señor: *Pues me devora el celo de tu casa*⁵.

Y a la manera que no hay acción que no esté encerrada en algunas de las virtudes que forman nuestro espíritu; así no puede haber cosa que no pueda efectuar el que tiene la perfección de nuestra Regla. Y a quien todo esto no bastare le acordaremos la regla de la conformidad que nos obliga a hacer todo lo que los superiores nos mandaren, y nos asegura que obrando así. obraremos bien, porque haremos la voluntad de Dios; al paso que obraremos según nuestra voluntad, o genio, o capricho, o humor, cuantas veces no obedezcamos, aunque ocultemos la

1 Lc 10, 16.

2 RCM 2, 3, 1.

3 Cf. SVP, *Conferencia a misioneros del 26 de septiembre de 1659, sobre el rezo del oficio divino*; ES, XI, 612.

4 Cf. RCM 5, 2-3.

5 Sal 69, 10.

desobediencia con el velo de mil excusas. ¡Oh Salvador, tú que fuiste obediente hasta la muerte, haz que obedezca en todo y que lo haga con la idea de conformarme en todo con la voluntad de Dios!

Si tuviéramos necesidad de animarnos sobre este punto, podríamos referir una muy importante sentencia contenida en estas palabras: *Por un poco que en este mundo voluntariamente dejas de hacer tu voluntad; en el cielo siempre harás la tuya.*⁶ Así decía aquel gran santo que tan bien supo describirnos la vida del espíritu, que pluguiera a Dios que del mismo modo la supiéramos practicar. Así decía para animar nuestra flojedad, puesto que nos asegura que haciendo ahora por un poco de tiempo la voluntad de Dios, después por toda la eternidad seremos felices. Pero a nosotros nos parece que podemos fijar nuestro paso un poco más adelante y decir: que aun ahora hace ya su propia voluntad según la perfección de que nos habla la santa Regla; porque en fuerza de ella, el religioso no tiene más voluntad que la voluntad de Dios; ni otro querer, que el querer de Dios; ni otro deseo, que los deseos de Dios; y desde ahora comienza ya a tener el sumo bien, porque no puede darse mayor participación de él que la que tiene el que hace en un todo la voluntad de Dios: y lo tiene sin temor de perderlo, mientras que viva en el santo ejercicio de la divina conformidad. ¡Oh, qué felicidad! ¡Oh, qué dicha! descanso es este tan indescribible, que sólo en el paraíso puede gozarse más de lo que disfruta acá un alma, que se conforme en un todo, y para todo, y en todos los modos y circunstancias con el querer de Dios. ¡Oh, quién hiciera siempre todo lo que los superiores le ordenan! ¡Quién en la hora de la muerte pudiera decir que siempre así lo hizo! ¡Purísimos padres míos, José y María, concededme esta gracia; y concededla a todos los misioneros y josefinas!

34. Obliga abstenernos de lo que los superiores nos prohíben

Otro efecto de la conformidad con la voluntad de Dios, es no hacer una sola cosa de las que el superior no permite. *Evitar lo prohibido, siempre que conozcamos que la prohibición proviene de nuestros Superiores.*⁷ Por tanto, la misma Regla de los religiosos que nos manda hacer lo que ellos nos ordenaren, nos prohíbe ejecutar lo que nos prohibieren. El superior es el padre de todos los individuos y su caridad paternal le obliga a prohibir a sus súbditos muchas cosas; de un modo semejante al que un padre de familia lo hace con relación a sus hijos. Y si éste que está destinado a formar buenos cristianos tiene ya este deber ¿cuánto más lo tendrá el superior de los Josefinos y la superiora de las josefinas que debe convertir a los individuos en misioneros, en sacerdotes del Altísimo y en personas generosas que deben dedicarse al servicio de los pobres?

De las cosas que ordinariamente nos prohíben, unas pertenecen al cuerpo, otras al espíritu, éstas a la memoria, aquellas al juicio, unas a la voluntad, otras al corazón y casi siempre nos tocan en alguna pasión que más o menos nos arrastra. ¿Cuál debe ser nuestra conducta en este caso? Claro está, que debemos obrar según nos dijeren: con todo no faltan pasiones que hacen que un misionero tibio se porte de un modo muy distinto; y que en vez de abstenerse con toda sencillez comienza por examinar la cosa; juzga al juicio mismo del superior; considera como de poca monta, lo que se le ha dicho y tal vez dice públicamente que esto es una tontera, una pequeñez y un no nada. ¡Infelices los que así se portan porque nunca llegarán a la perfección ya que ella no consiste en hacer grandes cosas, sino en hacer bien aun las más pequeñas que hacemos, para comunicarles el mayor grado de perfección! ¡Infelices porque se acostumbran a faltar a la santa obediencia y muy luego quebrantarán los santos votos! ¡Infelices, en fin, porque esto es no

6 Pro modica hac voluntate quam modo sponte deseris, habebis semper voluntatem tuam in coelis (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi* l.3, c.49,3.

7 RCM 2, 3, 1º.

observar la regla de la conformidad que nos impone tan importante obligación!

Guardémonos de obrar así; guardémonos aun de dichos pensamientos; guardémonos de comunicarlos a los demás, y guardémonos igualmente de recibirlos; para que odiemos esta conducta, referiremos lo que sentían hombres tan santos, como sabios y piadosos sobre esto: *Por lo que pertenece a la licencia y facilidad de culpar el modo de decir o de obrar del superior, interpretando siniestramente su intención, manifestando a sus hermanos sus faltas, indiscretamente todo cuanto acerca de ellos les viene a la mente, sin hacer caso a los gravísimos males que de esto se siguen; deben saber, los que así tratan a los superiores, que hacen grandes pecados, que escandalizan a sus hermanos, que pervierten a los demás, que usan de la lengua de los enemigos de nuestra salvación, y hacen que unos se perviertan, que otros retarden sus prácticas de perfección, y que muchos abandonen quizás el camino de Dios y su vocación.*⁸

Consideremos estas sentidas sentencias pronunciadas por hombres santos, y nos harán tomar la resolución práctica no sólo de hacer lo que los superiores dispusieren, sí que también de abstenernos de lo que juzgaren oportuno, sin pedir otra explicación que la que está contenida en la regla de la conformidad.

¡Qué hermoso, qué celestial, qué divino sería el estado de un religioso que sólo obrare porque así lo quieren los superiores! y ¡qué perfección será la suya haciéndolo todo para reducir a la práctica a esta regla de la conformidad! ¡Ah! jamás podía persona alguna resistirlo; porque las resistencias están en nosotros mismos y no en los demás; nadie se quejará justamente de él, porque las quejas suponen injusticia y ésta no se halla en el alma que nos ocupa; nadie podrá impedir sus rápidos progresos hacia la virtud porque siempre será cierto que *tu perdición es por tu culpa*,⁹ nadie podrá estorbarle en sus planes porque vive en una región a la cual apenas llega ni la pasión ni los afectos desordenados; y a la manera que los que andan en ferrocarril nada tienen que temer de que los adelanten arrieros que sólo caminan al monótono paso de una insignificante cabalgadura; así nada tiene que temer de todo cuanto le rodea al venturoso religioso que corre hacia la perfección mediante la locomotora de la conformidad con la voluntad de Dios. Y para concluir diremos: que el que así obra o no obra, tendrá todos sus deseos satisfechos, todos sus afectos saciados; y todo su amor cumplido, porque es el feliz que sólo ama aquella voluntad que es la divina. Que ésta sea la admirable conducta de todos los misioneros y de todas las josefinas. Amén, amén, amén.

35. Nos obliga a hacer lo que las Constituciones nos mandan

No hemos expresado menos clara nuestra idea al poner a la vista de nuestros hijos e hijas, que en fuerza de la conformidad con la voluntad de Dios, hemos de hacer también cuanto las Constituciones nos mandaren; ya que expresamos esta nueva obligación, diciendo así: *Hacer debidamente lo mandado siempre que conozcamos que el precepto proviene de las Reglas o Constituciones.*¹⁰

Por tanto, hemos de hacer en fuerza de la Regla todo lo que ella contiene; y queremos que se eleve todo cuanto hagamos a un acto muy subido de conformidad. Nada más justo porque nuestras Reglas son de tal naturaleza, que siempre serán convenientes a los religiosos, y están de tal suerte apropiadas a sus necesidades, y elaborados de tal modo en el horno del divino amor que no es lícito, no digo no observarlas, mas ni crearlas poco convenientes y mucho menos el proponer su modificación; debiendo por ahora seguir con la práctica de lo que está establecido,

8 Congregación de la Misión, *Reglas para el superior local*.

9 Os 13, 9.

10 RCM 2, 3, 1o.

hasta que la experiencia manifieste lo contrario: *Los misioneros procuren en primer lugar, bajo el pretexto de un bien mayor, no proponer algo contra las Reglas.* Tanta es la reverencia que las hemos de profesar, y tanto hemos de procurar su observancia.

Muchos son los misioneros que guardan la Regla, pero, ¿puede decirse que todos la observan con el espíritu que se desprende de la conformidad con la voluntad de Dios? Cuantos hay que las guardan; sí pero semejantes a aquellos esclavos indómitos que nunca obedecen sino por el castigo; así no faltan quienes observan la Regla pero basados en el temor. ¡Infelices! Porque sufren todo el cansancio y casi nada del completo descanso: todos los trabajos de un esclavo y nada de la satisfacción de un verdadero hijo: siempre con dudas y temores, y nunca con las delicias del santo amor. Al contrario qué felicidad el ver a un hijo del señor san José, que sólo trabaja para hacer la voluntad de su Padre celestial; verlo que trabaja incansable en su propia perfección y ver que se cumple en él la bendición de Jesucristo, que derramaba a manos llenas a cuantos amaban, servían y adoraban a su eterno Padre. ¡Qué felicidad verlo que obra según el espíritu de Cristo! ver que se gloria de no tener otro alimento que hacer la voluntad de Dios; y ver que obra según el espíritu que el Apóstol encargaba tanto a los de Efeso, diciéndoles: *Todo según la decisión de su voluntad.*¹¹ El que así obra, obra de cierto conforme el espíritu que caracterizar debe a los verdaderos religiosos como es carácter dominante del mejor acero la frialdad y la dureza.

¿Con qué compararemos la vida del que hace en las cosas la santa voluntad de Dios? Ella es una vida angelical aun viviendo entre los hombres; vida de santo aun bajo la samarra de pecador; vida de Dios, no obstante la malicia que está como unida a la voluntad del hombre. Al contrario, cuando la voluntad de Dios no es el todo del religioso en la observancia de la Regla, entonces queda desgraciadamente afiliado en el número de aquellos necios de quienes decía un santo: *Muchos que viven bajo obediencia, lo hacen más por necesidad que por caridad; estos tales tienen culpa y murmuran con frecuencia; y no gozan de libertad mental, si no se someten verdaderamente a Dios.*¹²

Hagamos pues, lo que la Regla nos dice; y hagámoslo no por miedo, o por fuerza, ni por bien parecer, ni por propia utilidad, ni por complacer" a otros, ni para establecer bien nuestros negocios, sino tan sólo por caridad; únicamente por hacer la voluntad de Dios; así no seremos esclavos sino hijos verdaderos y adquiriremos poco a poco aquella libertad de entendimiento que es la futura y la presente recompensa.

36. Nos obliga a abstenernos de lo que la Regla nos prohíbe

La santa conformidad nos impone el deber de que jamás hagamos cosa alguna de las que nos prohíben las santas Reglas: *Evitar lo prohibido, siempre que conozcamos que la prohibición proviene de nuestra Congregación.*¹³

Muchas son las cosas que la Regla nos prohíbe, pero podemos abarcarlas todas con decir que principalmente nos prohíbe las máximas del mundo, las operaciones del espíritu propio y de la propia voluntad. Hemos pues de huir de todos estos modos de obrar; y a la manera que los endurecidos egipcios huían de los rayos del Omnipotente, diciendo: *Huyamos de Israel.*¹⁴

Así nosotros hemos de huir de toda acción que nos esté prohibida por la Regla, y a la manera que

11 Ef 1, 11.

12 Multi sunt sub obedientia magis ex necessitate, quam ex charitate, et illi poenam habent, et leviter murmurant, nec libertatem mentis acquirunt, nisi ex toto corde propter Deum se subjiciant (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi* l.1, c.9, 3).

13 RCM 2, 3, 1o

14 Ex 14, 25.

los egipcios perecieron todos por su obstinación así nosotros hemos de temer que si nos obstinamos en hacer lo que no debemos, perezcamos como ellos para siempre. Huyamos pues, de todo lo que la Regla nos prohíbe ya que esta es la voluntad de Dios; huyamos de ello con toda diligencia, porque el día de mañana ya tal vez no será nuestro. Por esto decimos: *Hasta vencer especialmente aquellas máximas que más repugnan a nuestro Instituto, como son: 1º La prudencia de la carne, 2º El deseo de agradar a los hombres, 3º Querer que todos se rindan siempre a nuestro juicio y voluntad; 4º Buscar en todas las cosas la propia satisfacción; 5º La insensibilidad para todo lo que atañe a la gloria de Dios y a la salvación del prójimo.*¹⁵

Si, todo esto nos prohíbe porque se opone directamente a las principales virtudes de nuestro santo Instituto; puesto que nada más contrario a la sencillez que la prudencia de la carne; porque con la primera uno sólo mira a Dios en sus acciones y palabras y deseos y pensamientos, al paso que con la segunda sólo se fija uno en la bestialidad de su carne. Nada más contrario a la humildad que el querer ser visto de los hombres; porque con la una se abate el religioso hasta lo más profundo de su nada, mientras que con lo otro se ansia el figurar a lo mundano. Nada más contrario a la mansedumbre que los modos ásperos y aun ridículos, y en gran manera culpables que casi siempre acompañan al que anhela porque todos se sujetan a su juicio y voluntad, y pluguiera Dios que no lo hubiéramos visto prácticamente. En suma nada más contrario a la mortificación que la satisfacción a las exigen al verdadero celo que el ser insensible al honor de Dios y a la salud del prójimo.

Como en la práctica hemos de abstenernos de todo esto, porque es malo en sí mismo, malo en el aprecio de los santos, malo según las Constituciones, malo en sus consecuencias y malo porque nos hace quebrantar la santa conformidad. Para que nos resolvamos con todo afecto a hacer siempre lo que manda la Regla y a no hacer jamás lo que ella prohíbe, vamos a apuntar los terribles efectos que experimenta el que obra de un modo contrario, es decir, contra la Regla. Por de pronto hemos de decir ¡ay! del que así obrare, porque obrar de este modo es añadir o quitar a la Regla; y a la manera que san Juan en su Apocalipsis echó maldiciones mil a los que atrevidos añadiesen o quitaran algo a sus revelaciones; así nosotros podríamos hacer lo mismo diciendo con el evangelista san Juan: *Si alguno añadiere a esto algo, haga Dios que caigan sobre él las plagas escritas en este libro; si alguno quitare algo de este libro profético, quítele también la parte del libro de la vida y de su santa ciudad y de todas aquellas cosas escritas en este libro.*¹⁶

Y no ha de extrañarse esto, porque todos los quebrantadores de la Regla o le añaden o le quitan algo; y obrando contra lo dispuesto por ellas se ven privados de la infinita infinidad de bendiciones, tanto para el tiempo; cuanto principalmente por toda la eternidad; y encerramos todo en la siguiente sentencia en favor de nuestros hijos: *Estando seguros de que, si las guardáis, ellas os guardarán, y finalmente os conducirán al fin apetecido, que es la celestial bienaventuranza*¹⁷.

Otros quebrantan la Regla quitándole lo que no hacen: ¡Ay de estos, también porque no es menos pecado el quitar a la Regla que el añadirle algo! A la manera que Cristo Señor nuestro practicó públicamente cuanto estaba escrito en la Ley y en los Profetas; así nunca han faltado ni faltarán misioneros que hagan todo lo de la Regla; y así como ¡ay! de los escribas y fariseos porque en su orgullo y malicia desfiguraban lo que los judíos habían de hacer ya quitando los preceptos de Dios, ya colocando en su rango falsas tradiciones, así de un modo semejante ¡ay! del misionero no observante; porque prácticamente desfigura la Regla, le quita lo que está mandado y le añade lo que está prohibido. ¡Ay de los escribas y fariseos! Su desgracia fue suma porque no contentos

15 RCM 2, 15.

16 Ap 22, 18-19.

17 RCM Introducción

con no ir al Cielo impedían con su malicia el que otros lo gozaren. ¡Ay también y desgraciados los quebrantadores de Regla, porque en las consecuencias de su conducta hacen lo mismo! Estado triste y del cual apenas puede salirse a no ser por un milagro. ¡Ah! Seamos fieles a Dios, porque la verdad es una; ésta la tenemos en la Regla y en el comentario que de ellas hacemos en nuestros escritos, conferencias y repeticiones; por tanto la inobservancia, por más que se la quiera justificar, siempre será añadir o quitar a la Regla; y será por tanto incurrir en la maldición divina cuando ella es materia grave.

37. Nos obliga a obrar según nuestras Reglas especiales de los oficios

Al decir a nuestros hijos e hijas que hemos de obrar según las reglas especiales de los oficios, está claro que no entendemos las Reglas comunes porque de éstas ya hemos hablado; sino de las Constituciones del Instituto que pertenecen a su gobierno y que conocemos bajo el rubro de reglas particulares de oficios. Es preciso en fuerza de la conformidad hacer todo lo que ellas nos dicen y no hacer cosa alguna de las que prohíben. Es preciso que el Instituto tenga a su debido tiempo sus consejos particulares, generales y los destinados al nombramiento de los superiores; es preciso que cada misionero o Josefina reconozca en los consejos una autoridad suprema establecida en el seno del Instituto con la misión de procurar la mayor observancia, y que obedezca sus decretos ya que ellos son la manifestación de la voluntad de Dios sobre nosotros. Y así como peca el que más, en cierto modo, el que no obedece al superior; y más bajo el mismo, respecto al que no obedece al Visitador o especial enviado, y puede decirse que aun peca más el que no obedeciera al superior general; claro está que grava su conciencia el que no obedece supuesto que la práctica de la obediencia tiene por su objeto renovar en nosotros el espíritu primitivo, a quitar toda relajación de nuestras casas y a conservarnos en aquel feliz estado que se desprende de la exacta observancia, y que es el más hermoso acto de conformidad con la voluntad de Dios por esto expusimos la Regla diciendo: *Hacer debidamente lo mandado y evitar lo prohibido, siempre que conozcamos que el precepto o la prohibición provienen de las Reglas o Constituciones.*¹⁸

18 RCM 2, 3, 1o.

Capítulo 8. De la segunda especie de obligaciones que nos impone la virtud de la conformidad

38. Explicación de la Regla

Al hablar de la conformidad activa, pudimos encerrar en ella de tal modo todos nuestros deberes, que podemos apellidar feliz al venturoso religioso que en la hora de su muerte puede gloriarse de haberla cumplido; porque con sólo esto es haber entrado en posesión de un documento fundamental, y poseer todas las señales de un verdadero predestinado. Mas lo que basta a un cristiano no es suficiente a un religioso, y lo que hace perfecto a un cristiano no es capaz de hacer un perfecto misionero. Porque a la manera que una es la pulidez y perfección que reciben las obras de barro, otra la de las obras de plomo y otra la del purísimo oro; así de un modo semejante una es la perfección propia de un cristiano otra es la característica de un alma consagrada a Dios y otra la que formar debe la distinción de un misionero y de una Josefina, que creemos un deber nuestro afirmar, que guardando la conformidad seremos modelos aun de los mismos santos que están en el mundo, ya que hemos de ser la luz del mundo: *Nos acordaremos de las palabras de nuestro Señor: Vosotros sois la luz del mundo, a fin de que nos parezcamos a la luz del sol, la cual ilumina y calienta, y aunque pase por lugares inmundos, no sufre detrimento alguno en su pureza.*¹ Bellísimo rasgo que nos distingue del común de los santos como el sol se distingue de las estrellas. ¡Oh, si ya tuviéramos perfección tan subida!

Para animarnos hacemos más y más santos, notemos otro de los admirables efectos de nuestra conformidad con la voluntad de Dios, y que la expresamos diciendo: *Cuando al obrar se nos ofrecen varias cosas indiferentes, dar la preferencia a las que repugnan a la naturaleza, más bien que a las que la contentan*².

Pasaje que comentamos en pro de nuestros hijos con decir: *Entre dos acciones no mandadas ni prohibidas debo ver si son agradables o desagradables, y hablando que una es según mi inclinación y que la otra no, debo elegir esta que disgusta a la naturaleza para no vivir según la carne. En dos visitas igualmente indiferentes o no necesarias, de las cuales la una es de mi gusto y la otra no, debo escoger ésta; porque estando obligado o mortificarme debo tomar lo que es contrario a la naturaleza; cuando el precepto o necesidad no nos hacen conocer la voluntad de Dios, debemos buscar en ello su beneplácito y no el nuestro; y si no interviene ninguna señal debemos elegir más bien las cosas que nos desagradan que las que nos gustan.*³

Trabajemos con empeño para hacer lo dicho, porque nos conduce a la mayor perfección, y es como si dijéramos: ya tengo a mis hijos e hijas perfectos en las cosas mandadas y todas las ejecutarán porque esta es la voluntad de Dios; perfectos en las cosas prohibidas, porque no harán ni una sola de ellas por ser esta la voluntad de Dios; pero como hay acciones que no son mandadas ni prohibidas que bien pueden llamarse indiferentes, conviene procurar la perfección de estas mismas cosas y de hecho las harán perfectas escogiendo en la práctica las que repugna la naturaleza.⁴ Esto es una perfección muy subida; porque es no obrar nunca según la carne y obrar siempre según el espíritu; nunca según la concupiscencia y siempre según la gracia; jamás

1 RCM 9, 2.

2 RCM 2, 3, 2o

3 SVP, *Conferencia a misioneros del 7 de marzo de 1659, sobre la conformidad con la voluntad de Dios*, ES, XI, 451.

4 Cf. SVP, *Conferencia a misioneros del 7 de marzo de 1659, sobre la conformidad con la voluntad de Dios*, ES, XI, 452.

conforme las operaciones del viejo Adán y continuamente según el nuevo Adán, Jesucristo; en una palabra esto es obrar según la perfección del documento de nuestro Señor, cuando nos dijo: *El espíritu está pronto*⁵.

La santidad de un religioso así conforme con la voluntad de Dios, es la santidad de nuestros primeros padres en el paraíso durante los días de su inocencia. ¿Y qué perfecto no aparece un misionero así considerado? Y no puede ser de otro modo porque obra en fuerza de una gracia poderosa, gracia que se le comunica por medio de aquella voluntad que se complace en hacer sólo la de Dios: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*⁶.

Un rasgo de esta santidad la hallaremos prácticamente en un santo sacerdote, considerándolo en la celebración de la santa misa. ¿Cómo subía en el altar? Con dos preparaciones tan dignas de admirarlas como de imitarlas. La primera es que subía siempre de un modo el más semejante a Jesucristo; porque a la manera que éste subió al Calvario con el madero de la Cruz, así el santo sacerdote a que nos referimos lo subía todos los días con la cruz pesadísima de sus grandes enfermedades, las cuales lo reducían en un estado de no poder hacer esta acción sin que sufriera muy graves penas; y eran tales que a veces era necesario que dos personas lo detuviesen; y ocasiones había que quedaba tan destituido de fuerzas que le parecía morir en el altar. La otra era interior y según él mismo declaró, consistía en que después de haber consagrado el cuerpo y la sangre de nuestro Señor, él se unía a esta hostia adorable renovando la alianza que había hecho con Dios al pronunciar sus santos votos pudiendo decir con el profeta san Pablo: *Aun cuando mi sangre fuera derramada como libación sobre el sacrificio*⁷.

En el memento de los difuntos era cuando protestaba a nuestro Señor que ya era muerto para las criaturas a fin de vivir sólo la vida de Jesús. En él se enardecía más y más en favor de su vocación y declaraba que su voluntad constante era obedecer a la voluntad de Dios. Este Jesús Sacramentado lo inflamaba tanto, que cuando por sus enfermedades ya no podía decir misa, procuraba oírla con un corazón el más abrasado.

Él hizo que durante muchos años, se le viese ayudar una misa después de haber dicho la suya; él hizo que en sus misiones trabajara con empeño para dejar bien establecida su admirable y utilísima devoción; él hizo que clamara contra la sequedad de los cristianos porque viendo que nuestro Señor es llevado a algún enfermo, lo dejan tan solo que apenas hay quien lo acompañe; él hizo que todas las ceremonias de la Iglesia se practicaran en su tiempo del mejor modo que era posible, y aun hizo dos ediciones de las santas rúbricas, para que todos los señores sacerdotes se conformaran, y todos cumplieran con facilidad el precepto del Apóstol que dice: *Lo demás lo dispondré cuando vaya*;⁸ en suma, él hizo que obraran en un todo según estas palabras: *Como mediador de la virtud ejercitará la piedad; y, recibido el sacerdocio, cuidará con esmero de los lugares sagrados y de las ceremonias*.

Tal se portaba en la santa misa el que sólo quería vivir la vida de Jesús: pensar como Jesús; determinarse según Jesús; digámoslo ya: que el referido sacerdote en sus operaciones aprendió a no tener otra voluntad que aquella que era conforme con la de Dios. José amantísimo, dame esta conformidad, y concédela también a todos mis hijos, principalmente en las cosas que se llaman indiferentes.

5 Mt 26, 41.

6 Mt 6, 10.

7 Flp 2, 17.

8 1Co 11, 34

39. Conformidad en la comida y bebida

El comer y beber aunque es una necesidad natural, y no podemos considerarla como un precepto, sino que más bien hemos de colocarlas entre las cosas indiferentes que por necesidad hacemos. Hemos pues de comer y beber pero no por el gusto que la naturaleza experimenta, sino porque la voluntad de Dios nos obligó a ello, ya por la misma necesidad que experimentamos, ya por el precepto positivo de nuestro Señor. *De cualquier árbol del jardín puedes comer.*⁹ Mas, ¡ah!, ¿cuántas faltas sobre este punto? Porque faltamos ciertamente cuantas veces nos dejamos arrastrar del apetito. ¡Oh, y qué perfecto es un misionero que reduce a la práctica estos actos de conformidad!

El misionero con la comida que le dan tiene siempre lo que quiere, porque la misma que ha recibido es según la voluntad de Dios; en él no hay despensero que no compre lo que debe o que deje perder la cosa, o que no dé lo bastante, sino que en todo ve la santísima voluntad de Dios. Él siempre lo tiene todo a su gusto porque todo lo que le dan tiene la bondad que Dios quiere, los guisos que quiere y con el punto que quiere; él siempre come no lo que el apetito le pide sino lo que la necesidad le reclama, y come porque ve en esto la voluntad de Dios; y a la manera que a un reloj siempre se le da la misma cuerda, así el espiritual josefino al reloj de su cuerpo le da también la misma cuerda de la comida y bebida, porque así lo ha establecido Dios. Feliz religioso que ejecuta en la práctica el documento del apóstol que dice: *Ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo, para gloria de Dios*¹⁰.

Mas no obra de este modo el que no se conforma en esta acción con la voluntad divina; sino que al contrario no pensando en Dios, piensa tan sólo en sí mismo: come y bebe según su naturaleza; y al modo que la luna da más o menos luz según está en la creciente o en la menguante, así da él a su cuerpo más o menos alimento según crece o mengua su carnal apetito. ¡Qué feliz sería semejante religioso! Él comería según su apetito imitando a los animales que tragan por instinto; si sienten hambre la sacia y se dejan llevar a la inclinación desordenada hacia los alimentos, y frecuentemente la exteriorizan con la precipitación y descomposturas que observa en la mesa. ¿Les gusta el plato que les dan? Pues como no conocen en la comida la conformidad con la voluntad de nuestro Señor comen, vuelven a comer, doblan la cantidad y aun se regodean en lo mismo, de un modo semejante a los brutos animales, que ponen una parte de su placer en revolcarse en el inmundo cieno. ¿Tienen sed? Pues no saben mortificarse, sino que por todas las vías posibles procuran apagarla. ¡Oh, qué estado! Esto sería ser un religioso carnal y que barrenando la regla no buscaría ante todo el Reino de Dios y su justicia, sino el reino de su propio cuerpo y de su satisfacción; y ama más lo temporal que lo espiritual, más la salud del cuerpo que la del alma, y más la vanidad del mundo que la gloria de Dios; y no es extraño porque su Dios es su vientre. Sería un religioso que viviría según la carne, quebrantaría la regla de la templanza que dice así: *Y para que la obediencia contribuya también en alguna manera a la salud del cuerpo, nadie comerá ni beberá fuera de las horas señaladas, sin permiso del Superior.*¹¹

El que en la comida y bebida no se conforma con la voluntad de Dios es el que obra como los animales y aun peor que ellos, porque estos obran según su instinto y él no sabe obrar según la razón. El santo Job propone esta cuestión hablando de los animales: *¿Habrá quien coma con gusto aquello que probado causa la muerte?*¹² Y asegura que no hay ningún animal tan abyecto y que obre de tal suerte contra su naturaleza, y con todo ¿lo que no se halla entre irracionales lo

9 Gn 2, 16.

10 1Co 10, 31.

11 RCM 5, 12.

12 Jb 6, 6.

hallaremos entre religiosos? Ciertamente que pertenecen a su clase los que comen no por hacer la voluntad de Dios sino por la pasión que los arrastra; los que esperan las horas de comer para saciar su apetito los que piensan en las viandas y las constituyen una gran parte de su placer; los que piden distinciones no necesarias o no convenientes al estado de comunidad que hemos abrazado; los que murmuran cuando un pequeño descuido del cocinero les quita la satisfacción de su paladar y todos aquellos. ¡Ah! roguémosle a Dios que nos libre de tanta miseria que nos conceda esta conformidad y por tanto que comamos y bebamos escogiendo no lo que más place a nuestro paladar sino lo que sea más conforme con la voluntad de Dios; y que expresamos ya con estas palabras: *Las cosas que son ni agradables ni desagradables hemos de hacerlas no inadvertidamente, sino ofrecerlas a Dios; y aun las acciones naturales como el comer; haciendo en estas cosas lo que más contribuye en mortificar el hombre viejo, haremos la voluntad de Dios, aunque la necesidad nos obligue a ello o la parte inferior lo apetezca.*¹³

40. Conformidad en el sueño

El dormir lo propio que el comer y beber es una de las acciones que por ser una necesidad temporal la hemos colocado en el número de las indiferentes. Es necesario que durmamos, pero hemos de dormir no como los inmundos animales, sino como unos ángeles que nunca pierden de vista a su Dios; no como los culpables perezosos, sino como los verdaderos cristianos que se alimentan del espíritu de Cristo. Supongamos a un imperfecto religioso que se va a la cama para dormir. ¿Con sólo esta acción no está perdiendo miserablemente la tercera parte de su vida? ¡Oh, Salvador, libranos de semejante desgracia! Porque este infeliz es aquel perezoso que no tiene más que un deseo y este es dormir, y a quien el Espíritu Santo reprende diciendo así: *¿Hasta cuándo perezoso, estarás acostado? ¿Cuándo te levantarás de tu sueño?*¹⁴

Estará en nuestro santo Instituto, pero con la grande imperfección de dormir lo más que pueda; y con tanto dormir, mucho más, con la mayor miseria lo asaltará bien pronto y le quitará la virtud, como asalta el ladrón a la casa descuidada y la despoja de cuanto contiene. ¿Qué mayor mal que un religioso que llamado para ser la luz del mundo y la sal de la tierra, es por el contrario tinieblas que la oscurecen y sal pisoteada que lo amarga todo? ¿Qué mayor miseria que perder una gran parte de aquel tiempo que debiera consagrarse a sólo Dios? ¿Qué miseria que no tener toda la salud que se desprende de la observancia de las Constituciones? san Vicente para librar de tanto mal a sus misioneros les decía: "quiero que durmamos porque es el cumplimiento de la más imperiosa necesidad natural; pero quiero que lo hagamos no para dormir, sino para hacer la voluntad de Dios": hermoso documento que nos predicó ya desde antes el apóstol san Pablo cuando a los fieles de Corinto les decía: *Por tanto, ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios*¹⁵.

El religioso que procura y llega a adquirir la práctica de esta conformidad merece ser contado en el número de aquellos cristianos de la primitiva Iglesia, cuyo fervor no reconocía otros límites que la imposibilidad. ¡Oh venturanza! Continúa en levantarte; sé diligentísimo en este acto que es el primero del día; quéjate de verte obligado a dormir, disminuye esta necesidad lo más que te sea dable; y despierta de tal suerte tu corazón que mientras tú duermas él como si fuera el de la esposa de los cantares vigile; porque así tendrás muchos bienes, y la abundancia de todo cuanto necesitas, y doblarás el tiempo preciosísimo y aun según la expresión del apóstol podrá redimir

13 SVP, *Conferencia a misioneros del 7 de marzo de 1659, sobre la conformidad con la voluntad de Dios*; ES, XI, 452.

14 Pr 6, 9.

15 1Co 10, 31.

el tiempo perdido. Nuestro Instituto se ha mostrado en este punto de un modo especial, en gran manera generoso y nos lo señala para que no demos al sueño más tiempo de lo necesario. Por esto decimos a nuestros hijos: *A las cuatro de la mañana se tocará la campana de la casa para levantarse, de suerte que desde que se acostaren hasta que se levantaran hayan estado en la cama siete horas.*

Y para comentar un poco punto de tanta importancia, diremos también con san Vicente de Paúl: *La regla o constitución de levantarse a las cuatro obliga igualmente a las personas de complexión débil que a las robustas, porque todos los médicos convienen que siete horas bastan para toda suerte de personas; porque tenemos el ejemplo de todos los institutos religiosos que tienen el reposo limitado a siete horas y ninguno hay que tenga más; y hay algunos que tienen menos, y hay otros que lo tienen interrumpido Esta regla o constitución obliga aún al que se siente indispuerto, al que tenga un fuerte dolor de cabeza, o que los dientes le duelan y aun al que le hubiere venido un acceso de calentura que no le haya dejado, dormir una parte de la noche; sí, hermano mío, aún en estos casos es menester levantarse, a no ser que estéis en la enfermería o que tengáis orden de quedaros en cama.*¹⁶

Después que san Vicente de Paúl hablaba de este modo a sus misioneros; y se mostraba todavía más riguroso con las Hermanas de la caridad, podemos aún discurrir así para que se palpe la verdad de lo dicho. Es cierto que siete horas para el sueño es más tiempo de lo que se necesita; es cierto que puede pasarse con sólo seis, es cierto que algunos no duermen más que cinco y media y se conservan robustos; con cinco y aun con cuatro puede pasar un alma que viva en el fervor; de muchos santos se lee que dormían sólo tres; de algunos no más que dos; y aun oímos decir de un santo que sólo dormía una hora y media; y sin embargo nosotros podemos dormir siete sin faltar a la Regla puesto que en su favor así decimos: *Además todos observarán exactamente el orden del día, según se acostumbra en la Congregación, lo mismo en casa que en las misiones, especialmente lo que se refiere a las horas de levantarse y acostarse.*¹⁷

¿Qué diremos de un misionero y de una Hermana Josefina que empleara para dormir más de las siete horas? Casi nos atrevemos a decir que el que tal hiciera es un verdadero pobrecito; porque en el mucho dormir, lo propio que en lo mucho hablar, no puede faltar pecado. Es tres veces infeliz; porque encuentra en su misma cama la doble enfermedad del cuerpo y la del espíritu, porque quebranta la regla o constitución y escandaliza a toda la comunidad y porque no puede gozar las delicias del espíritu.

Del hijo de san Vicente de Paúl, Presbítero D. Donato Almeras, se dice que siendo Maestro de novicios y después Superior General, trabajó mucho tiempo y aun toda su vida para formar para la Congregación, misioneros del todo conformes con la voluntad de Dios; principalmente en el comer, beber y dormir, porque por el mismo hecho de hacer estas acciones que nos reclaman las necesidades de la naturaleza, hay peligro de que uno las haga no por Dios sino por sí mismo. El autor de su vida dice así: "El presbítero Almeras trabajó con empeño para hacer en su tiempo perfectos misioneros y de hecho dio un gran número de ellos a la Congregación. Una vez durante dos años en las conferencias públicas que hacía, no tomó otro texto que estas palabras de nuestro Señor: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*¹⁸, con lo cual trató todas las virtudes cristianas propias de un misionero; pero con tanta gracia, energía y exactitud que sus oyentes consideraban sus exhortaciones como un maná celestial que podía comerse en el más celestial festín de la vida del espíritu. Con este mismo fin inculcaba a los seminaristas que no se

16 SVP, carta 16.

17 RCM 10, 18.

18 Mt 5, 48.

dejaran ilusionar por la apariencia de la virtud; sino que debían pasar a lo que ella tiene de más sólido que es la negación de sí mismo: negación rara, aun en el corazón de muchos que aspiran a la perfección. De nuestra parte también seamos santos, seamos esos hombres indiferentes en el comer, beber y dormir; esos hombres que se niegan a sí mismos y a todas sus cosas; y seremos los venturosos que nos conformaremos con la voluntad de Dios en la comida, en la bebida, en el dormir y en las demás cosas indiferentes. Quiera el señor san José nuestro gran Maestro de nuestra vida espiritual concederme esta gracia; y concederla también a nuestros hijos e hijas, y especialmente a cuantos esto leyeren para que logremos formar ambas familias del señor san José, con el espíritu que les es propio.

Capítulo 9. De la segunda especie de obligaciones que nos impone la virtud de la conformidad

41. Conformidad con el trabajo

La abundancia de materiales nos ha obligado a dividir el anterior capítulo y ahora por tanto no haremos más que continuar la misma materia de lo que podemos considerar como cosas indiferentes; y sea la primera el trabajo. El trabajo es la pena que impuso Dios al primer hombre en castigo de su pecado y en él a todos sus descendientes.

*Maldito sea el suelo por tu causa: con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado*¹. Precepto éste importantísimo y que el Instituto en general y cada miembro en particular debe acompañarlo con la práctica de esta sentencia: *Y porque la ociosidad es la madrastra de todas las virtudes, especialmente de la castidad, todos huirán de este vicio, de tal manera que siempre se hallen útilmente ocupados.*²

Debemos pues trabajar porque así lo quiere Dios y porque nuestro Instituto nos lo manda; por esto queremos recordar los siguientes documentos sobre el trabajo: *Dios ha impuesto al hombre un precepto expreso de ganar el pan con el sudor de su rostro; y hemos de trabajar con las manos, con los brazos y con todo el cuerpo, y con tanta actividad y fatiga que venga el sudor a caer de nuestra frente. Todos hemos de satisfacer a este precepto según la propia obligación: el justo viva del trabajo de sus manos, porque una de las principales obligaciones del hombre después de lo que debe a Dios es la de trabajar para vivir, y Dios bendice a los que trabajan de modo que no caigan en necesidad. El que trababa es de buen olor delante de Dios y de los hombres observa la divina ley y tiene lo necesario para vivir al paso que el ocioso es odiado de Dios, insoportable a los buenos y a sí mismo, y está sujeto a la miseria. Dios bendice a los que trabajan y fulmina su maldición contra los ociosos. Debe trabajarse con deseo de agradar a Dios quien se goza en vernos ocupados en hacer buenas obras.*³

De cuyos sentimientos nos consta no sólo la necesidad de trabajar, sí que también el modo con que hemos de trabajar. Hemos de huir de la ociosidad, y por tanto hemos de darnos al trabajo; y notemos que no basta esto, sino que en fuerza de la regla hemos de entregarnos a una ocupación útil. ¿Y cuántas faltas, Salvador mío, sobre esto porque cómo ha de ser útil una ocupación que no es según la Regla, una ocupación que los superiores prohíben, que al menos repugnan, o tal vez que sólo la permiten para obviar mayores males? ¿Y ¿ocupación que tal vez tiene su nacimiento, continuación y conclusión en la propia voluntad? ¿Y una ocupación que es hija del capricho, del humor, del genio y de la pasión? ¡Cómo! ¿Será útil lo que Dios no quiere, ni los superiores quieren, ni la recta razón quiere? ¡Cómo! ¿Útil y no sólo sirve para el Cielo, sino que será en la otra vida un objeto de muy grande castigo? Preciso es, pues, que juntemos al trabajo la práctica de la conformidad con la voluntad de Dios.

Entre los religiosos unos naturalmente son perezosos y por tanto huyen de la ocupación siempre y cuando buenamente pueden; pues estos en fuerza de la divina conformidad deben excitarse y santamente expoliados, emprender todo cuanto Dios quiere, y ejecutarlo porque Dios así lo quiere. Otros por el contrario, de temperamento sanguíneo y bilioso son incansables y todo lo

¹ Gn 3, 18-19.

² RCM 4, 5; RMJ 6, 5, 6o

³ SVP, Conferencia a Hermanas del 28 de noviembre de 1649, sobre el amor al trabajo; Coste IX, 489-490.

empresen y son capaces de trabajar hasta morir; pues también estos han de temer que no hagan por naturaleza, lo que sólo debe ser hijo de la gracia. Deben pues darse al trabajo; de su parte morir trabajando, al modo de muchos santos que deseaban morir debajo de un árbol después del cansancio de las misiones y ejercicios espirituales pero deben también ennoblecerle, haciéndolo todo únicamente para darle gusto a Dios, por medio de la conformidad con su voluntad santísima. ¡Si reflexionamos sobre nuestra conducta, no podremos menos que exclamar cuánta es nuestra miseria que tan faltamos por exceso como por defecto! ¿Pero y cuán divina es la santa conformidad ya que todo lo regula según el divino querer? Con todo no hemos de desmayar, acordémonos sí, de este importante documento: *Es importante llegar a conocerse; conviene que el hombre luche contra sí mismo; antes que se conozca, superarse y entregar todo el afecto a Dios.* Démonos al trabajo lo más que podamos, descansemos lo menos que nos sea dable; y trabajemos o descansemos para hacer en un todo la voluntad de Dios.

En conclusión de este número vamos a presentar a nuestro divino Salvador trabajando tal como podemos concluirlo de su vida: *Nuestro buen Jesús, trabajó treinta años en el taller de señor san José que era carpintero; trabajaba pues con sus manos y se ocupaba en los oficios más bajos y penosos. ¿Y nosotros ruines y miserables cristianos, nos entregaremos al descanso y estaremos mano sobre mano? Después de los treinta años vivió en una continua ocupación, asistía frecuentemente al templo para instruir al pueblo; iba de aldea en aldea predicando sin descansar casi nada; siempre estaba ocupado noche y día en obras buenas ya se iba a donde sabía que se hallaba algún alma para ganarla, ya donde se encontraban enfermos para curarlos primero en el cuerpo y después en el alma; concluyamos por tanto que hemos de trabajar, para ganar nuestro sustento a imitación del Hijo de Dios.*⁴

42. Conformidad en el descanso

Todo el tiempo destinado a la recreación y a ciertos paseos es para nosotros un tiempo destinado al descanso. ¡Oh Salvador mío! Y cuánta confusión, ¿para qué tanta recreación? Y con todo recreación que comentando la santa Regla la señalamos con estas palabras: *La recreación se permite para los sacerdotes y clérigos durante una hora después de la comida, casi por una hora después de la cena; pero entre nosotros no se permite ninguna otra recreación que las prescritas a no ser una sola vez en cada semana para los misioneros, los maestros y estudiantes; y nadie puede ausentarse de la recreación, a no ser por una causa legítima.*

¿Y por qué tanta recreación? ¿Hemos entrado en el Instituto acaso para recrearnos? ¿Para Qué tanto descanso? ¿Por ventura el tiempo de guerra hemos de emplearlo en estar ociosos? ¡Qué lástima descansar en un tiempo en que podríamos ganar mucho para el cielo! Con todo tenemos de Regla el hacer la recreación y nos haríamos igualmente culpables ante Dios, faltando en ella como si no asistiéramos a cualesquiera otra distribución.

Regla muy sabia porque no todos tienen tanta generosidad que puedan estar entretenidos siempre en obras del divino amor; pero al menos no tengamos más que lo señalado por la Regla; lo contrario sería un perder miserablemente el tiempo; tiempo del cual se nos ha de pedir cuenta estrechísima. No basta el contenernos con lo que la Regla nos señala; sino que hemos de hacer esta misma recreación porque así lo quiere Dios; hemos de hacerla no por el gusto que experimentamos sino porque así lo quiere Dios que por esto nos ha reunido; no hemos de admitir más descanso, no porque seamos amantes del trabajo, sino porque esta es la voluntad de Dios: hemos de admitirlo no por tomar un ligero desahogo o por salir quizás del fastidio del cuarto; sino por ser esta voluntad de Dios manifestada por la Regla.

4 SVP, Conferencia a Hermanas del 28 de noviembre de 1649, sobre el amor al trabajo; Coste IX, 493-495.

¡Convengo que en circunstancias dadas es difícil esta conducta! Porque hacer recreación, o tomar este descanso que la Regla nos concede es hacer una cosa buena es verdad, pero cosa que la carne pide y que el espíritu a veces reclama, lo que hace que lo que uno comenzó por Dios lo acabe tal vez por la pasión. ¿Oh, y cuántas recreaciones serán el objeto de una grande cuenta en el juicio? Y no por la recreación; sino por las pasiones que nos han dominado en ella y por las faltas que hemos cometido. ¿Cuántas palabras ociosas? ¿Cuántas imprudentísimas? ¿Cuántas que han lastimado la caridad fraterna? ¿Cuántas que ha barrenado la santa Regla? Roguémosle a Dios que las recreaciones que en lo sucesivo tuviéramos sean como vamos a indicar: *En nuestras recreaciones y conversaciones diarias juntaremos de tal manera la modestia con la alegría, que siempre, en cuanto sea posible, mezclaremos lo útil con lo agradable, y sirvamos a todos de edificación con nuestro ejemplo. Y para que más fácilmente consigamos esto, nuestras conversaciones serán de ordinario de asuntos pertenecientes a la piedad, o de la doctrina que se requiere en los Misioneros.*⁵

Tengamos el descanso que nos proporciona la recreación, pero sea cumpliendo con lo que la conformidad nos obliga; tomemos el descanso de la comida, porque esta es la voluntad de Dios; el de la bebida, porque Dios lo quiere; el del sueño porque Dios lo dispone; en una palabra todo descanso que tomemos, tomémosle en hora buena; y sea siempre conforme a esta máxima: *Eligiendo más bien lo que repugna a nuestra naturaleza.*⁶

43. Conformidad en las cosas necesarias que nos gustan

Nos parece que con la luz del cielo que por la misericordia divina a veces nos acompaña, podemos prever algunos casos en los que puede hallarse un religioso, teniendo que hacer cosas necesarias y placen a su genio y a su humor, y a su naturaleza y a su capricho. ¿Cuál debe ser el porte de un misionero en estas circunstancias? Nos parece que lo podemos señalar a nuestros hijos e hijas diciéndoles: *A no ser que las cosas que agradan a la naturaleza sean necesarias, porque entonces hay que darles la preferencia, aunque procurando mirarlas no en cuanto agradan a los sentidos, sino en cuanto que son más agradables a Dios.*⁷

Aquí recordamos esa terrible guerra del espíritu contra la carne y de la carne contra el espíritu: hemos de hacer las cosas porque la necesidad nos las exige, pero no hemos de hacerlas porque ellas nos gustan; hemos de comer porque es una necesidad de la que no podemos prescindir, pero no hemos de comer por la satisfacción que experimenta nuestro paladar; hemos de beber porque de lo contrario moriríamos abrasados por la sed, pero no hemos de beber por el gusto material que podría darnos esta acción; hemos de dormir porque el cuerpo de providencia ordinaria no puede pasar sin este descanso; pero no hemos de dormir como el carnal y perezoso; en suma el trabajo y el descanso hemos de espiritualizarlo de modo, que obremos según el espíritu y no según la concupiscencia de la carne.

Así practicaremos la santa conformidad de que nos habla la Regla: conformidad activa que Jesucristo nos impuso a todos y que Cristo Señor nuestro la practicó de un modo tan admirable que vamos a recordarle un poco como para animarnos. Nuestro amantísimo Redentor en el paso de los azotes es el más bello modelo de la conformidad activa y que es tan rara aun entre personas que tratan de virtud. Seis verdugos de fuerzas hercúleas, despiadados y semejantes a bestias salvajes por su brutalidad y fiereza, con la viveza de las pasiones más exaltadas, y por decirlo con más exactitud como otros tantos demonios encarnados, son los que se apoderan de la sagrada

5 RCM 8, 7.

6 RCM 2, 3, 2o

7 RCM 2, 3, 2o

persona del Salvador que cual mansísimo cordero ni aun despliega sus labios. Estos lo arrastran, lo desnudan, lo atan cruelísimamente y comienza la más lastimosa tragedia que jamás se ha visto. Dos de ellos furiosos por la sangre del santo de los santos comienzan a azotarlo desde la cabeza hasta los pies. ¡Qué espectáculo ver al Hijo de Dios hecho hombre y verlo verdaderamente azotado. ¡Qué espectáculo ver que sus gemidos, dolores y tormentos son una súplica la más afectuosa en favor de los verdugos! De tiempo en tiempo los gritos furiosos de aquel pueblo deicida renueva el valor de los ejecutores; porque oyen que debe morir y en el suplicio de la cruz. ¡Qué espectáculo oír el chasquido de las varas que descargan sentidísimos golpes sobre Jesús; oír los sollozos y gemidos de este Jesús azotado, las imprecaciones de los verdugos y los balidos de los corderos de pascua que sólo eran su figura. Hacía un cuarto de hora que lo azotaban cuando de sumo cansancio caen. Fueron reemplazados por otros dos, que golpean más recio. Ya la sangre salpica y a gran distancia; y Jesús gime, y tiembla y ruega por los mismos que lo azotan. De nuevo llegan otros dos sedientos de su sangre y con una especie de garfios ensayan la más horrible carnicería. Cada golpe se lleva algo de aquella su carne adorable. Su rabia no se satisface no obstante de que ya se le ven los huesos. Arrójense de nuevo sobre él como perros rabiosos el cuerpo del Salvador es ya una llaga. Su gemido apenas es todo sentido y Él perdona; y conserva la vida a los mismos que lo tratan cruelísimamente y les da nuevas fuerzas para que continúen su nefasta acción. ¡Qué espectáculo! Jesús se conforma con la voluntad de su Padre con el acto más subido de conformidad activa, porque con sus miradas compasivas da gracias a sus mismos verdugos de los oficios que le han hecho, le pide a su Padre nuevas fuerzas para que pueda padecer más, y de este modo emprender un nuevo género de más terribles padecimientos.

¡Ah!, y qué poco es lo que nosotros hacemos por Dios. ¡Cuán poco lo que deseamos padecer por su divina Majestad! ¡Y qué mal lo padecemos por falta de conformidad activa! Con todo es posible que un religioso la practique; es además necesario porque su Regla a esto le obliga. ¿Quién nos diera haber adelantado tanto en esta práctica de la conformidad como aquel santo que bebía un vaso de aceite, creyendo que lo era de agua, y mientras lo bebe, y después de haberlo bebido se queda impassible? ¿Quién nos diera el que procuráramos dormir lo menos que nos fuera dable y que lo ejecutáramos con la perfección de la esposa de los cantares? ¿Quién nos concediera el trabajar pero tanto que como Pablo nos pudiésemos gloriar en el Señor, que nadie ha trabajado más que nosotros? ¿Y quién nos hiciera la gracia de convertir nuestros descansos en actos purísimos de amor de Dios? ¡Salvador mío! Concédemela, para que practique debidamente la conformidad con la voluntad de Dios; mediante las súplicas de mi gran padre señor san José.

44. Conformidad en las cosas que no son, agradables ni desagradables

Oigamos un documento muy espiritual para que acabemos de conocer la muy elevada perfección a la cual nos llama Dios por medio de la Regla de un religioso: *Y cuando se presenten al mismo tiempo varias cosas que, siendo de sí indiferentes, no son ni agradables ni desagradables, entonces conviene ejecutar indiferentemente cualquiera de ellas, como ofrecidas por la divina Providencia.*⁸

Según esto aún las cosas indiferentes que no nos llaman la atención y que no son ni agradables ni desagradables, aún éstas hemos de determinarnos a hacerlas por Dios. Las que nos gustan es necesario hacerlas por Dios para que el amor propio no nos las arrebate, las que nos disgustan hemos de hacerlas por Dios, a fin de que nuestra grande debilidad no nos impida el concluir las; las que ocupen un término medio hemos de hacerlas por Dios, porque no salga del corazón del religioso ni aun una acción que no reconozca, por fundamento a la santa conformidad con la

8 RCM 2, 3, 2o

voluntad divina. ¿Qué más se necesita para ser santo y aun un grande santo? ¿No es esto hacerse uno a sí mismo aquella guerra continua de que nos hablaba el santo Job? *La vida del hombre sobre la tierra es una perpetua guerra.*⁹

¿No es esto hacerla con todo el valor de que uno es capaz? ¿No es perseguir hasta en sus últimos atrincheramientos al amor propio? ¡Ah! Demos gracias a Dios de que tengamos Regla que es capaz de conducirnos a una tan subidísima perfección; porque con ella podemos salir vencedores de la concupiscencia de la carne, de la concupiscencia de los ojos y en la soberbia de la vida; y pidámosle una tal fidelidad al ejercicio de la conformidad activa con la voluntad de Dios, que se cumpla en nosotros el documento de un gran santo que dice así: *Es muy saludable para mi alma el padecer y ser despreciado por Ti.*¹⁰

9 Jb 7, 1.

10 Nam pati et vexari pro te valde salubre est animae meae (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi*, l.1, c. 19, 2).

Capítulo 10. Perfección de la conformidad y excusas para no practicarla

45. Perfección de este estado

Un alma que hubiese llegado a practicar constante y perfectamente la conformidad con la voluntad divina tal como está en los religiosos que siguen valerosos la vida perfecta, podemos decir que estaría en el mayor grado de perfección, porque ni este, ni aun en el otro mundo se le concibe mayor que la que ejercita el que desprendido completamente de todo, sólo se ocupa en hacer la voluntad de Dios.

Porque si la perfección consiste en la caridad, evidentemente el mayor grado de perfección consistirá en el mayor grado de caridad, y sin duda alguna que ella existe en su mayor escala en la conformidad perfecta con la voluntad de Dios. ¿Cuán perfectamente santa no será una Josefina que así practicare la conformidad? Por otro lado esa conformidad es una cruz; es el camino de la cruz más dilatado, más estrecho, más espinoso y más lleno de precipicios: ¿Qué perfección pues no extrañará? Un gran santo secundando nuestro pensamiento dijo así: *Camina donde quieras, busca todo lo que quieras y no encontrarás arriba, un camino más alto, ni, abajo, uno más seguro, que no sea el camino de la Cruz*¹.

¿Qué consuelo, pues, para un religioso que dejó el mundo y que sólo aspira a perfeccionarse, el tener la Regla de la santa conformidad? Sí: es en la práctica el ejercicio más santo y el más perfecto, porque entraña una sencillez suma y una suma humildad; una mansedumbre suma y una suma mortificación; un celo sumo y una suma pobreza; una castidad suma y una suma obediencia; y suma la práctica de todas las virtudes, y siempre y sin que jamás pueda acontecer lo contrario.

El presbítero Placiard que fue muy santo nos dejó suficientes materiales para que describamos la perfección de un religioso, y lo propio que nosotros, la vino a fundar en esta conformidad perfectísima, al exponemos este pasaje de Jesucristo: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*.²

Después de habérselo presentado como una obligación rigurosa para todos los hombres pues que se funda en un precepto formal, nos enseñó también en qué consistía; y nosotros siguiéndole en su discurso podemos decir, que "la perfección" de un religioso consiste: no en prácticas exteriores de grandes cosas, de ayunos extraordinarios, de rigurosas austeridades, y de actos heroicos de caridad; sino que la perfección produce algunas veces estas obras brillantes, pero que no consiste en esto: no en un estado sobrehumano que encierra el don de oración y una contemplación sublime y conocimiento profundo de la divinidad; sino que estos favores son algunas veces recompensas de la perfección pero no son la perfección misma; no en consuelos habituales, ni en una piedad tierna y afectuosa; ni en el gusto interior para practicar el bien sin pena y sin repugnancia; sino que estas ventajas son fruto de la perfección; pero no son ella misma; no en la separación del mundo, ni en la vida religiosa, ni en los santos votos que uno pronuncia, ni en los consejos evangélicos; sino que todo esto son medios para llegar a la perfección, pero no son la perfección misma. ¿Pues en qué consiste la perfección? Consiste en el entero cumplimiento del amor de Dios y del prójimo: *La caridad es, por tanto, la ley en su plenitud*.³

1 Ambula ubi vis, quaere quodcumque volueris, et non invenies altiorem viam supra nec securiorem infra, nisi via sanctae crucis (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi*, l.2, c.12, 2).

2 Mt 5, 48

3 Rm 13, 10.

Por consiguiente en un religioso consiste en el perfecto cumplimiento de su Regla, porque a la manera que en el cumplimiento de la Ley de Dios está la perfección de un cristiano porque contiene todos sus deberes para con Dios y para con el prójimo; así de un modo semejante está toda nuestra perfección en la observancia de las Constituciones que nos ha dado la Santa Sede; porque ella entraña cuanto Dios nos pide ya con relación a él mismo, ya con respecto al prójimo. ¿Y el perfecto amor a Dios en qué consiste? Oigámoslo de un gran santo: *El perfecto amor a Dios no consiste en tener éxtasis sino en hacer su santa voluntad. Nuestra perfección no es otra cosa que tener nuestra voluntad unida con la de Dios, de modo que la suya y la nuestra sea un mismo querer. Será más perfecto aquel que tuviere más conforme su voluntad con la divina.*⁴ ¡Oh Salvador mío!, dame la práctica de la conformidad para que llegue a ser santo como mi Padre celestial es santo.

46. Es camino duro, pero es el más santo

Es una lástima el que hayamos de ocuparnos de las excusas que religiosos tibios pueden alegar. Nada hay que rechazar sobre la vida excelentísima del que se conforma con la voluntad de Dios; porque todo se encuentra en la santa Regla; al contrario tenemos poca pena de no saberlo presentar con toda la excelencia que le es propio, por esto le suplicamos a Dios muy encarecidamente que se digne comunicarlo a otros, ya que nuestra miseria nos hace indignísimos de recibirlo.

Este camino es muy duro; así se dice: ¿pero dónde está la dureza preguntaremos nosotros? ¡Cómo! ¿Será duro y es un camino que todo es amor? ¿Será duro? ¿Y se obra como obró Jesucristo durante su vida mortal? ¿A qué soldado ha parecido duro andar por el camino de su general? ¿Nosotros seremos tan bisoños en la virtud, que no sepamos andar con generosidad el camino de Jesucristo? Todos los días pasan los militares siguiendo a su jefe; lo siguen soportando todo el peso del día; todas las vigiliadas de la noche; toda la intemperie del tiempo, y en medio de los mayores peligros. ¿Nosotros queremos no cumplir el deber de practicar la virtud con decir que el camino de Jesucristo es un camino duro? Si de nuevo quisieran instarnos con tan pretendida dureza podría responderse con el pensamiento de aquel santo: *A muchos parece dura esta sentencia: "niégate a ti mismo, toma tu cruz y sígueme", pero mucho más duro será oír la sentencia aquella: "maldito, apártate de mí para el fuego eterno".*⁵ Esto sí que será duro y con aquella terribilidad durísima que ha de durar por todos los siglos.

Al contrario, la aparente dureza de ahora será de grande consuelo para la hora de la muerte; porque no puede haberle mayor que el morir habiendo seguido a Jesucristo; y si el buen cristiano muere bien y el justo tiene la muerte preciosa, ¿qué diremos del venturoso religioso que muere haciendo la voluntad de Dios? ¿Quién podrá explicar su gran confianza aun cuando esté delante de aquel Juez que encuentra manchas en la misma inocencia de los niños? Grande la apellidó un gran santo, pero poseyendo aquel grandor que supera a toda magnitud: *Entonces todos los siervos de la cruz que conformaron su vida con el crucificado, se acercaron con gran confianza a Cristo, supremo juez.*⁶

Aun suponiendo que fuese duro, es santo y esta cualidad es más que bastante para que lo andemos lo mejor que podamos: es santo, pero tan santo que el que se conforma con la voluntad

4 SVP, Repetición de oración del 17 de octubre de 1655; ES XI, 211-212.

5 *Durus multis videtur hic sermo: Abnega temet ipsum, tolle crucem tuam, et sequere Jesum. Sed multo durius esset audire illud extremum verbum: Discedite a me maledicti in ignem aeternum* (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi*, l.2, c.12,1).

6 *Tunc omnes servi crucis, qui se Crucifixo conformaverint in vita, ad Christum judicem accedent cum magna fiducia* (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi*, l.2, c.12,1).

divina, alegre a Jesús, a María y a José y a todos los ángeles y santos del cielo; porque no hay duda que se alegran en gran manera, cuando ven a una criatura sumisa a la voluntad de Dios, del mismo modo que se aterran los condenados y se entristecen los demonios; porque no hay duda que sienten grande aflicción cuando ven que un alma ignorante y débil se reviste de tanta ciencia que no pueden engañarla; alma de tanto valor que pone bajo sus pies todas las dificultades, y tanto fervor que sale victoriosa de todas las repugnancias de la naturaleza. En suma, este camino de la conformidad con la voluntad de Dios es tan santo que no sólo es el de la práctica de todas las virtudes; sino que es también la mejor preparación para morir bien, ya que lo único que escogió nuestro Señor en el huerto fue la conformidad para con su Padre: *No se haga mi voluntad sino la tuya.*⁷

47. Es duro pero es el camino de Jesucristo

Una de las cosas que quitan toda la dureza a este camino es considerar que no es un camino incierto sino certísimo, no un camino vil sino nobilísimo; no un camino humano sino celestial, y no el camino de una criatura sino el del mismo Creador. En efecto, es el camino de Jesucristo; porque leyendo y relejendo cuanto nos han dicho los Profetas de Jesús, todo se reduce a hablarnos de sus padecimientos que soportar debía para hacer la voluntad de su Padre. ¿El nuevo Testamento qué nos dice de nuestro Señor? Nos lo pone a la vista desde su nacimiento hasta su muerte, y en toda ocasión haciendo la voluntad de su Padre; de manera que desciende del cielo, para hacer la voluntad de su Padre; está nueve meses en las entrañas de la Virgen para hacer la voluntad de su Padre; pasa sus primeros años en la mayor oscuridad, para hacer la voluntad de su Padre, y esta misma voluntad fue el móvil de cuanto hizo trabajando para la redención del género humano, fatigándose, yendo tras la oveja perdida, enseñando a los ignorantes, corrigiendo a los culpables, consolando a los afligidos, defendiendo a los perseguidos y padeciendo hasta morir en el patíbulo de la cruz.

Y para que nadie dudase que ni aún esta acción hizo que fuese por otro motivo, él mismo nos aseguró diciéndonos: *Porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado.*⁸

¡Tan cierto es que este camino es santo y que es el camino que anduvo Jesucristo! ¿Y habrá religioso que lo llame camino duro? Veamos en un acto de la pasión del Salvador; ese camino de la doble conformidad. ¿Qué espectáculo el que presentara el Salvador extendido sobre el leño ignominioso de la cruz? Los verdugos lo insultan. Rey de los judíos, lo llaman; vamos a levantar tu trono le dicen; y él de su propio movimiento se extiende sobre la cruz para que lo midan en ella. Lo levantan y lo arrojan a un lado con la brutalidad acostumbrada para que puedan hacer los barrenos. Arreglando todo; toman a Jesús, renuevan los insultos, lo arrastran, le dan a beber vino mezclado con hiel y mirra, que gustó para sentir toda su amargura y que no bebió para sentir el mayor dolor posible.

Los verdugos lo desnudan, le quitan el manto, le sacan la túnica, le arrancan las vestiduras. ¡Qué espectáculo verlo desnudo en la presencia de todos con solo los paños de la honestidad! ¡Qué espectáculo! ¡Es el Hijo de Dios y tiembla! ¡Es el que todo lo sana y está cubierto de heridas! Es el que vistió a las flores y a él se le descubren los huesos. Lo extienden sobre la cruz, lo estiran, lo atan fuertemente, y tomando su mano. ¡Ah! Un gemido dulce y claro salido de la boca del Redentor nos dice que un largo y grueso y esquinado clavo ha atravesado aquella mano divina y la sangre que salpicó los brazos de los verdugos era en cada una de sus gotas un acto de perdón.

⁷ Lc 22, 42.

⁸ Jn 6, 38.

Pasan a clavar la mano izquierda y como no llegaba el barreno que habían hecho, atan su muñeca y tiran fuertísimamente, hasta que mediante la dislocación pudieron clavarla. Como los pies no llegaban tampoco a la pieza que debía sustentar el peso de todo el cuerpo, por medio de cuerdas lo tiraron tan despiadadamente que no le quedó un solo hueso que no estuviere descoyuntado: entonces pusieron un pie sobre otro pie, y con un clavo aseguraron a ambos en el madero de la cruz.

¡Qué espectáculo! Vino el momento de la enarbolación en el que Jesús sufrió un dolor que se componía de todos los dolores: dolor exterior porque de sus manos y de sus pies y de todos los lugares de su cuerpo brotaba un río de inconocibles tormentos; de dolor interior; porque sus enemigos celebraron con gritos infernales su victoria; dolor por la gran cantidad de sangre que había ya perdido; dolor por ver a los suyos padeciendo en su espíritu lo que él sufría en su cuerpo; dolor por contemplar a su madre que amortecida de infinitos tormentos lo miraba bien de cerca: dolor por ver al discípulo amado y a la Magdalena padeciendo los rigores de un cruel martirio, y dolor.

Mas, ¿qué hizo Jesús en tanto padecimiento? Gemía y aceptaba: padecía pero con tan buena voluntad que estuvo siempre en continua oración, dando cumplimiento a los diversos pasajes de la Escritura. Se conformaba pasivamente recibiendo como venido de su Padre todo cuanto los hombres le hicieron padecer, y se conformaba pasivamente deseando los mismos dolores, deseándolos multiplicados, y aun deseando morir por la violencia de un dolor sumo: hasta este punto es el camino de Jesús, el camino de la santa conformidad.

¿Y aun diremos que es duro el corto camino de nuestra conformidad con la voluntad de Dios? ¿Aún será duro después que lo ha seguido Jesucristo y lo ha ennoblecido con la esperanza de la eterna gloria? ¿Será duro después que una regla como religiosos que somos nos lo consagra? Será duro después que ha precedido la invitación de nuestro Señor: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a si mismo, tome su cruz y sígame.*⁹

¿Cómo podrá ser camino duro? Jesucristo va adelante con la cruz de todo nuestro género humano. ¿Y nosotros nos desdeñaremos de llevar la nuestra? Él muere en la cruz. ¿Y nosotros no queremos aplicar en ella la mano? ¿Cómo ha de ser duro el camino de la cruz si es el camino de nuestro Señor? Y como que según san Pablo nos asegura toda felicidad en éste y en el otro mundo: *Si hemos muerto con él, también reviviremos con él; si nos mantenemos firmes, también reinaremos con él*¹⁰.

¡Oh Salvador! Haznos la gracia que te sigamos por el camino de la cruz, y por medio de tantos actos de conformidad cuantos sean los pasos; ya que nuestras acciones no tienen otro medio que el que les comunica la santa conformidad con el querer divino.

48. Es duro pero necesario

Aun podemos quitar por otro modo la dureza de este camino, y es su necesidad, porque no se trata de una cosa de la que podamos prescindir, sino que nos encontramos siempre en la necesidad de conformarnos con la voluntad divina; activamente para que merezcamos supuesto que el único modo de lograr grande gloria en cielo es la vía de la conformidad; y pasivamente porque así como todos nacemos en el pecado, así todos nos hallamos rodeados de motivos de conformidad.

Supongamos un religioso que intentara no andar ese camino necesario; que dispusiera las cosas según su querer; que las ordenara según sus propios gustos; con todo después de haberlo

⁹ Mc 8, 34.

¹⁰ 2Tm 2, 11-12.

arreglado según su voluntad nada habría adelantado, y se le levantarían cien motivos de conformidad de parte de la carne siempre rebelde, de parte del alma siempre ilusa, de parte del entendimiento siempre ignorante, de parte de la voluntad siempre variable, de parte de los domésticos que no aciertan, de parte de los externos que no quieren, y de parte de la Providencia que obra según la eternidad de sus decretos. Luego es una necesidad; y si es una necesidad basada en la palabra de Dios ya ha perdido toda su dureza, supuesto que nos asegura que no seremos tentados más allá de lo que pueden nuestras fuerzas. Esta necesidad de conformarnos ni contiene una sola excepción, porque en todo estado, lugar y ocasión, allí se encuentra y no hay en la tierra donde no se halle; y así como el santo Profeta Rey para probarnos que Dios está en todas partes nos lo presenta en el cielo, en la tierra y en los infiernos; así de un modo semejante podríamos hacer nosotros, para afirmar de una vez que en todas partes existen esos motivos de conformidad divina. Pero lo hará un gran santo, el cual secundando nuestro pensamiento dice así: *La Cruz siempre está preparada y en cualquier lugar nos espera.*¹¹

Luego si en todas partes hay cruz, en todas partes hay motivos de conformidad: luego no es una cosa dura ya que es el camino de todos. ¡Oh santa conformidad! Yo te amo de corazón; yo te adoro divinamente; yo te ofrezco cuanto poseo y lo que puedo poseer; y me consagro así como afirmo que eres mi todo. ¡Oh! ¿Y quién fuera tan feliz que te amara cuanto mereces? Tú eres el divino bálsamo que me proporcionas la salud; eres mi vida, vida feliz y eterna; eres mi protección contra mis enemigos; eres la robustez de mi entendimiento, eres el gozo de mi espíritu; eres la impresión de una alegría divina; y eres la virtud suma y la suma perfección. ¿Cómo ha de ser duro lo que es lo más necesario y cuyos efectos son los más santos, y están en todas partes?

49. Es duro pero suavizado por la gracia

A la manera que una madre es el todo para su pequeño hijuelo; así de un modo semejante, es la gracia divina en todas las cosas, para los que se conforman con la voluntad de Dios. En efecto, la gracia nos engendró a una vida especial, nos dio a luz a su tiempo, nos enriqueció con dones sobrenaturales, nos lavó de las manchas de nuestras miserias, nos hizo de nuevo sus queridos hijos y aun nos presentó ante Dios, para que éste tomara posesión de nuestro espíritu. Todo esto hace la gracia. ¿Y el camino esmaltado con tantas odoríferas flores sería duro? No; nada tiene la dureza, al contrario, ella todo nos lo suaviza y nos lo torna en gran manera delicado; no, nada tiene de dureza, porque ella nos recuerda toda la vida de Jesucristo que fue una cruz y un martirio infinito, y nos anima a conformarnos y nos excita a seguir este camino con nuestro Señor.

Además la experiencia nos dice, que erramos si queremos encontrar en este mundo lo que no sea tribulación, porque nos hallamos rodeados de grandes y necesarias miserias: nos hace saber que como religiosos tenemos una vocación sublime, y que sólo nuestro estado no sólo no quita la cruz, sino que es más pesada según fuere la vocación más santa. Un gran santo así expresaba nuestro pensamiento: *Cuanto más alto se encuentra uno en el espíritu, tanto más pesadas encontrará las cruces.*¹²

¿Cómo ha de ser duro el camino que se encuentra lleno de gracia? Gracia que se toma en consuelo indecible para el que lo ande, que lo acompaña siempre en toda ocasión; que se le comunica según el grado de aflicción que lo apena; que hace que uno reciba los trabajos; que los desee y los quiera con verdadera voluntad y que los quiera y los ama con tal pasión que tiene ya por muy grande trabajo al estar sin trabajo: hasta este punto endulza la gracia la amargura del

11 *Crux igitur semper parata est, et ubique te expectat* (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi*, l.2, c.12,5).

12 *Et quanto altius quis in spiritu profecerit, tanto graviore cruces saepe inveniet* (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi*, l.2, c.12,7).

camino de la conformidad.

¿Es esto del hombre? ¿O es obra de la carne? ¿O lo es quizás de este amor propio que huye de todo padecer? Ciertamente que no: luego lo es de la gracia y de esta gracia de Cristo que obra poderosamente sobre nosotros. No: jamás será según la naturaleza la operación de un religioso que se abraza con la conformidad, que carga su cruz todos los días; que alegre la lleva en pos de Cristo, que la ama con más pasión que los mundanos al mundo, que castiga su cuerpo para tenerlo a raya a fin de que no reduzca al espíritu a la servidumbre, que huye aun los modestos honores de nuestra pequeña Congregación; que se abraza con los padecimientos del cuerpo, que se gloria en las contumelias, que se desprecia a sí mismo y ansia por verse despreciado, y que nada desea de cuanto el mundo brindarle puede.

Todo esto es obra de la gracia, y es la práctica de la conformidad. ¿Y un camino así regado con tantas y tales fragantísimas flores lo apellidaremos duro? No: no es según la naturaleza que un religioso desee el padecer, pudiendo no desearlo; que flamee deseos encendidísimos de sufrimientos pudiendo no desearlos, que rehuya a todo consuelo pudiendo amarlo y que vuelto a su Salvador, le diga con toda verdad: *Señor, quiero padecer, ser despreciado y morir por tí; entre el padecer o morir, prefiero padecer por ti.*

¡Feliz misionero! ¡Feliz Josefina! Tu felicidad es celestial, tu dicha es angélica, tu gozo querúbico y tu amor divino. *Cuando hayas llegado a esto, porque la tribulación es para ti dulce y agradable por Cristo, entonces para ti es el mejor camino, porque has encontrado el paraíso aquí en la tierra.*¹³

13 Quando ad hoc veneris, quod tribulatio tibi dulcis est, et sapit pro Christo; tunc bene tecum esse existima: quia invenisti paradisum in terra. (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi*, l.2, c.12,11)

Capítulo 11. De la tercera especie de obligaciones que nos impone la conformidad

50. Explicaciones de la Regla

Mucho es lo que ya hemos indicado que nos conviene obrar en fuerza del ejercicio de la santa conformidad con la voluntad de Dios; pero es aun mucho más lo que tendríamos que decir si fuéramos capaces de comprender y explicar acertadamente la vida de un religioso que de continuo se hace santo. Ya sabemos que nos hemos de conformar con lo que Dios nos manda, ya que nada hay más conforme a la razón; porque todos estamos puestos en el mundo para honrarlo y servirlo y amarlo y reinar después con él por toda una eternidad. ¿Y no nos conformaríamos ahora en el tiempo, con aquel que nos ha jurado hacernos felices para siempre?

Nada más conforme a la propia utilidad, porque Él es nuestro Padre y Padre nuestro que está en el cielo: nada más conforme al amor, porque habiéndonos dado a su mismo Hijo, el amor nos pide que le demos nuestra propia voluntad, ya que ella es nuestra hija primogénita.

Hemos de conformarnos con lo que la Iglesia quiere, acatando todas sus disposiciones, ya que ella es la Esposa legítima del Cordero inmaculado; esposa única, santa, católica y apostólica, y que haciéndonos hijos suyos nos ha hecho también hijos de Dios.

Hemos de conformarnos en todo lo que los superiores dispongan, sin aguardar el mandato, sino que debe bastarnos su pequeña intimación; ya que voluntariamente hicimos votos de obedecer, y ya que así se lo merece la extraordinaria solicitud con que ellos nos cuidan.

Hemos de conformarnos con todo lo que disponen nuestras Reglas y Constituciones, ya que una vocación expresa nos ha escogido para este fin. ¡Ah! ¡Dichoso el religioso que así se conforma con el querer divino! Porque ha practicado el primer grado de nuestra conformidad. Quiere el espíritu de las reglas que las cosas indiferentes sean también el objeto de nuestra conformidad; y en fuerza de este segundo grado debemos obrar siempre según el divino amor, y nunca según la propia concupiscencia; siempre según los pensamientos inmaculados, y nunca según los que salen de nuestra miseria y corrupción; y siempre como obró Jesucristo ya que Él es el modelo de todos los misioneros, pudiendo afirmar que forma en la práctica un tercer grado de conformidad que encerramos en estas palabras: *Recibir con igualdad de ánimo, y como venidas de la mano paternal de Dios, todas las cosas que nos suceden de improviso, como aflicciones o consuelos, ya corporales, ya espirituales,*¹ con cuyas palabras deseamos introducir a nuestros hijos en la conformidad más universal.

¡Qué perfección sería la nuestra! Supone que lo próspero y lo adverso; que el trabajo y el descanso, que la aflicción y el consuelo; que la abundancia y la miseria, y que la salud y la enfermedad y la muerte misma, todo se recibe con la misma igualdad de ánimo y todo con aquel afecto que es propio de un hijo para con el mejor de los padres. ¡Y qué! ¿No se lo merece Dios? Cuando sintamos alguna repugnancia para obrar con esta perfección, acordémonos que es el entretenimiento más nobilísimo que puede ocupar a un religioso, porque hacer la sobredicha cosa es hacer la voluntad de Dios, y de aquel cuya naturaleza es la misma bondad sin la menor mezcla de malicia; y cuya grandeza es la misma majestad, sin que tenga la pequeñez de la dependencia; y de aquel cuya vida es la misma existencia y la que comunica toda fecundidad, y de aquel cuyo entendimiento es la misma sabiduría, sin que pueda ni atribuírsele el más insignificante error; y de aquel cuya voluntad es la santidad por esencia, sin que jamás le convenga el menor defecto; y de aquel cuyo entendimiento es toda luz y el que ahuyenta a todas las tinieblas. Pues la voluntad

¹ RCM 2, 3, 3o.

de Dios, hacemos en cada acto de conformidad. ¿Hay cosa más justa, ni más laudable, ni más conforme ni más meritoria, ni más gustosísima?

Es Dios el que está conmigo cuando me conformo con su voluntad; y por tanto es la fortaleza de mi debilidad; y el placer sin dolor, y la abundancia sin pobreza, y la gloria sin confusión, y la felicidad sin miseria. ¿Y sin embargo no querríamos hacer esta divina voluntad? ¡Cómo! Todos los días se sujetan los mundanos a los miserables y a los pecadores y a los criminales y a los impíos y a los herejes y a los réprobos y aun a los mismos demonios. ¿Y nosotros no nos sujetaríamos a Dios por medio de la práctica de la conformidad con su voluntad santísima? Tan importante es la práctica de la conformidad que nos ocupa.

¡Salvador mío! Qué pena, qué desgracia, qué infelicidad la de no pocos religiosos que no tienen esta conformidad! ¡Qué desgracia no poseer lo que la regla supone! ¿Tenemos el primer grado de conformidad? ¿Tenemos el segundo? ¿Tenemos el tercero? ¿Pues qué religiosos somos si no tenemos la práctica de esta regla? Será un grande medio para alcanzar su práctica el considerar bien lo que la Regla nos exige: porque a la manera que el grano de pimienta para conocer todo lo que tiene de mortificante es preciso mascararlo; así de un modo semejante es indispensable el que masquemos este punto de la conformidad para que veamos hasta qué punto vivimos santamente, conformes con la santísima voluntad de Dios.

51. Conformidad en la casa y en los bienes

El santo Job nos estableció prácticamente que Dios sólo era el que disponía de todas las cosas, el que movía las causas, el que tocaba los corazones; y aun el que daba facultad de obrar a los espíritus malignos; por esto en aquella tan terrible y universal pérdida de los bienes y aun de su salud exclamó: *El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó, bendito sea el nombre del Señor*². Pues nuestro tercer grado de conformidad nos pide una conducta la más semejante a la del santo Job.

El Instituto del señor san José tiene sus casas y cada casa tiene sus bienes, y como repentinamente podemos perder estos o aquellas, resultan que se encuentran bajo esta conformidad. ¿Cuál es nuestra conducta cuando el Instituto Josefino adquiere una nueva casa? ¿Y cuando una mano enemiga nos la arrebatara cuál sería? Si la casa matriz nos fuere quitada por una persona que nos odia, por una injusticia la más manifiesta y por un temblor que la destruyera o por un incendio que la aniquilara, ¿cómo nos portaríamos? Y si estando muy mal alojados la mano providencial nos proporcionara un excelente edificio y muy propio para nuestro Instituto ¿nos portaríamos del mismo modo? ¿Quedaríamos en ambos casos igualmente contentos? ¿Nada sentiríamos contra los autores de nuestra desgracia? ¿Les profesaríamos el mismo afecto que a nuestros más insignes bienhechores? Con todo, a esto estamos obligados en fuerza de la regla de la conformidad, ya que lo próspero y lo adverso, lo que afecta al cuerpo o al alma, hemos de recibirlo como venido de la mano paternal de Dios: *Recibir con igualdad de ánimo, y como venidas de la mano paternal de Dios, todas las cosas que nos suceden de improviso, como aflicciones o consuelos, ya corporales, ya espirituales*.³

Mas, ¡ah!, ¿y qué conducta tan distinta la que ordinariamente observamos? ¡Cuán interesados aparecemos aun desde el centro mismo del desinterés que hemos profesado! Un alma enteramente conforme se portaría en todo esto, como si no le tocara: y así como nos quedamos insensibles con las pérdidas de los extraños que se verificaron muchos siglos atrás; así con esta misma insensibilidad se quedará un religioso en la pérdida de todas las cosas y aun de todos los bienes de su Instituto si él tuviere este tercer grado de conformidad; y aseguramos que nadie oiría

2 Jb 1, 21.

3 RCM 2, 3, 3o

otras palabras de sus labios que las del santo Job: *El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó; bendito sea el nombre del Señor*⁴. ¿Y por qué esto? Porque un alma así conforme con el querer divino no quiere más que lo que Dios quiere; vive extraño a todo cuanto le rodea; todo ha pasado ya por ella, y sólo ve en todo la voluntad divina que todo lo arregla y ordena.

Ejemplifiquemos todo lo dicho con la conducta de san Vicente de Paúl mediante un trozo de la vida que de él escribió el presbítero y sabio Collet. Que san Vicente poseía el desprendimiento más completo de los bienes de la tierra, era el público testimonio que todos daban de él. Todavía era niño y dio a un pobre todo el pequeño tesoro que tenía no obstante de ser el fruto de grandes economías; no teniendo nada renunció tres curatos para hacer gratis las misiones en las aldeas, un año de continuas instancias no fueron bastantes para determinarle a admitir la casa del Priorato de san Lázaro, con todos los bienes que le eran anexos, habiendo sido necesario un mandato de su confesor para obligarle a recibirlo; y teniéndolo ya suyo, lo había cedido luego a los monjes de san Víctor que se lo exigían si no le «hubiesen asegurado que no podía hacerlo en conciencia; uno de los sacerdotes quería legar a la comunidad una renta anual y el santo hizo que la dejara a su familia; hallándose reducido a una extrema necesidad no quiso recibir quinientos escudos, diciendo que los pobres del hospital lo necesitaban más que él; habiendo recibido del procurador del Rey muchos bienes, quiso rescindir la donación para que fuesen repartidos a sus deudos; no quiso recibir diez mil doblones para edificar una Iglesia, diciendo que primero eran los pobres de Jesucristo y siendo él, el que más trabajó en favor de la Francia, de la religión y de los pobres, y siendo individuo del consejo de conciencia, con todo jamás se trató en él de sus intereses.⁵

Esta serie de hechos de san Vicente de Paúl demuestran que poseía el mayor grado de conformidad y que estaba completamente indiferente ya con las casas de la Congregación ya con relación a sus bienes. ¿Y cuántos motivos no tendremos para humillarnos? Seamos al menos, en lo sucesivo, generosos para con Dios, y repitamos como aquel santo: *Señor, si te fuere del agrado, hágase esto así*.⁶ Con esta jaculatoria, aprenderemos la práctica del tercer grado de conformidad.

52. Conformidad en el aposento y en los muebles

La conformidad que nos ocupa se extiende al aposento y a los muebles que podemos tener en él; y tanto más es esto necesario, cuanto que los superiores pueden dar a sus súbditos el aposento que les plazca, entrar dentro de ellos en toda ocasión, para ver si aspiran el suavísimo aroma de la santa pobreza. Preguntémonos si estamos conformes con el aposento que tenemos; si lo estaríamos igualmente con tener el último y el más incómodo de los de la casa; si lo estaríamos igualmente teniéndolo tan estrecho que apenas cupiera en él la cama, la mesa y la silla, si lo tuviéramos tan oscuro que con dificultad recibiese la luz indispensable para leer y escribir, si fuese tan caluroso en verano como frío e insoportable en invierno, y si en todo tiempo fuese tan húmedo, con tanto ruido y tan hediondo que se hiciera casi insufrible.

Si así fuere tenemos motivos de darle gracias a Dios porque poseemos en la práctica este tercer grado de conformidad; pero si por el contrario nunca estamos contentos, si queremos el aposento que más nos acomoda; si no estamos dispuestos al cambio del que tenemos no obstante las indicaciones de los superiores, si la queja brota de nuestros labios. ¡Ah! Todo esto indicará que no tenemos la conformidad; lloremos sí, nuestra desdicha y tomemos la determinación de decirle

4 Jb 1 21.

5 COLLET Pedro

6 Domine, si tibi placitum fuerit, fiat hoc ita (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi*, l.3, c.15, 1).

a Dios con frecuencia: *Señor, si fuere tu honor, hágase esto en tu nombre.*⁷

Los muebles del aposento no son nuestros; preguntémosnos con todo así ¿y si no nos conformamos con lo más necesario? ¿Si tenemos cosas curiosas? ¿Si hay alguna que sea superflua? Y si los superiores lo visitaran y en fuerza de su Regla nos quitaran lo que nos acomoda y aun parte de lo necesario: ¿Cómo nos portaríamos? ¿Lo sufriríamos con toda calma? ¿Nos lamentaríamos quizás? ¡Oh y cuán miserables somos! Y cuán poca es nuestra virtud, porque ello es cierto que para todo esto no se necesita más que un acto de conformidad. Porque si los superiores lo han hecho, no hay duda que ésta es la voluntad de Dios, y cuya práctica nos obliga a: *Recibir con igualdad de ánimo, y como venidas de la mano paternal de Dios, todas las cosas que nos suceden de improviso, como aflicciones o consuelos, ya corporales, ya espirituales.*⁸

Y en cuanto a nosotros sería igualmente la voluntad de Dios si lo hiciera un oficial de la casa o cualesquiera y aunque lo hiciera sin licencia y aun que lo efectuara un externo; no porque nuestro Señor quiera la falta, sino que la permite en cuanto a nosotros nos conviene. Y así como fue voluntad de Dios que el profeta Elías estuviese alojado en la casa de una pobre viuda y que viviese en un cuarto muy pobremente amueblado, y probó ser esta su voluntad con el milagro de la resurrección del hijo de la viuda;⁹ así de un modo semejante es voluntad de Dios el que estemos en la casa y aun en el cuarto que tenemos; y aunque nos halláramos faltos de algunas cosas y experimentásemos los rigores de la pobreza.

Sin embargo, ¿cuántas quejas por razón del aposento y de los muebles? Para acallarlas de una vez, recordemos el aposento de nuestro Señor en la noche de su pasión. En efecto, fue encerrado en la prisión hasta que viniera el día; ¿y qué prisión? ¡Ah! Era tan estrecha que apenas podía menearse. ¿Y aun nos quejaremos de nuestros aposentos? Casi desnudo y cubierto sólo de aquel manto de irrisión con el que lo habían cubierto los soldados. ¿Y nosotros nos quejaremos de la falta de muebles? Fue nuevamente atado en un pilar que había en la cárcel sin que se le permitiera ni siquiera arrimarse. ¿Y nosotros nos quejaremos de lo incómodo del cuarto? ¿Y qué hace el Salvador? Ruega a su Padre para que acepte su sacrificio y todos los malos tratamientos; y se ofrece como en sacrificio expiatorio por los mismos verdugos y por todo el género humano. ¿Y nosotros por no tener el aposento y los muebles que deseamos nos quejaremos? ¡Ah! Lo que padeció el Salvador en este aposentillo durante la noche, fue tanto que sólo se sabrá el día del juicio. ¿Y nosotros seremos tan delicados que huyamos de toda incomodidad? Él es el santo de los santos y sufre sin articular palabra los padecimientos de todos los hombres. ¿Y nosotros por nuestro Padre, por nuestro Redentor y por nuestro Dios no queremos sufrir las pequeñas incomodidades del aposento? ¡Ah! ¡Y cuán poca virtud tendría el que obrara así!

Jesucristo padece, y tanto que las palabras no pueden expresar, ni la imaginación reducir a fantasmas, ni el entendimiento discurrir cuanto padeció; y en vez de quejas sólo piensa en darle gracias a su Padre por los mismos padecimientos. ¡Qué espectáculo tan edificantísimo! La luz introduce el primero de sus rayos por la hendidura de la cárcel como para pedirle licencia de alumbrar aquel día; y Jesús entona el himno de su sacrificio y da gracias a su Padre porque ha entrado ya en la posesión de su día. Día feliz prometido a Adán y a su descendencia, predicado por los profetas, aguardado por los patriarcas y figurado de mil modos; y día por el cual el mismo Jesús había deseado y con un grande deseo.

¿Y qué hace en ese aposentillo, lugar de todos los padecimientos? Hace el mayor acto de conformidad que entraña la mayor perfección. ¡Oh! si lo imitáramos conformémosnos pues en este

7 Domine, si sit honor tuus, fiat in nomine tuo hoc (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi*, l.3, c.15, 1).

8 RCM 2, 3, 3o

9 Cf. 1R 17, 17

punto: sea el aposento que nos dieren, sean los muebles que nos tocaren, sea lo que fuere, lo cierto es que está muy lejos de asemejarse con lo de nuestro Señor. ¡Ah! conformémonos pues hasta quedar contentos, alegres, y hasta que le demos gracias a Dios de lo que para un alma imperfecta es ocasión de queja. Y cuando seamos terriblemente tentados cerremos la boca y pongamos a nuestra imaginación que el aposento de Cristo fue una prisión y los muebles las cadenas que lo ataban; y las comodidades un continuo padecer. ¡Salvador mío! Haz que primero muera antes que haga un acto que se oponga a su santísima y divinísima voluntad.

53. Conformidad en el comer, beber y dormir

La conformidad ha de extenderse en el comer, beber y dormir viendo en el uso que hagamos de ello la voluntad de Dios. Como se ve no intentamos aquí exponer el espíritu de la Regla que explicamos diciendo: *Nadie se quejará de la comida, del vestido o de la cama, ni hablará tampoco de estas cosas, a no ser que le incumba por razón de su oficio.*¹⁰

Sino de conformamos prácticamente en estas mismas cosas. Por la gracia de Dios y en fuerza de la vida común en que nos establece la Regla y que reina entre nosotros con toda verdad y con grande edificación nadie come lo que quiere o lo que no quiere; ni bebe lo que le gusta o como le gusta, ni duerme en la cama que le place o la tiene como le place, sino que la cama, la bebida y la comida del primer superior es como la del último novicio; del mismo modo que el más joven y el más ignorante es tratado como el sabio y más anciano.

Aquí sólo tratamos de la conformidad en estas cosas: si nos conformamos con la voluntad divina en lo que nos dan sea frío y caliente; sea en mayor o menor cantidad, sea dulce o amargo, sea bien condimentado, o completamente insoportable por falta de sazón. ¿Cómo nos portaríamos en estos casos? ¿Y de hecho cómo nos portamos cuando algo no está bien? ¿O estando bien no está según nuestro gusto? Vemos la voluntad de Dios, o vemos tan solo la tacañería del Superior, la impericia del comprador, el descuido del cocinero, el poco cuidado del uno, la tontera del otro. ¡Oh! Si así fuere, en verdad en verdad que somos muy imperfectos, porque no tenemos esa conformidad que ha de servirnos continuamente. Hemos de beber. ¿Y en la bebida practicamos la voluntad de Dios? ¿Bebemos con la misma indiferencia el agua, que el vino o la cerveza? ¿Lo beberíamos caliente durante los ardores del estío o completamente frío cuando el invierno obra con todo el poder de las escarchas? Y como se ve no nos hacemos cargo aquí del: *Cada uno procurará practicar la templanza, y, en cuanto sea posible, se alimentará sólo con alimentos comunes,*¹¹ sino tan solo de la conformidad con la voluntad de Dios en el uso de la comida y de la bebida.

Hemos de dormir, no preguntamos si es vuestra cama la de los santos que en los últimos años de su vida ya no usaban ni siquiera sábanas, sino que se contentaban con dormir en el suelo: sino que hablamos de la conformidad que debemos tener en ella, contentándonos por habérsela dado Dios por medio de los superiores. Concluiremos este punto diciendo que la conformidad exige el mismo porte en todas las cosas, la misma solicitud en la pana que la despana; en la sed que en el estado normal; teniendo la abundancia o careciendo de lo necesario; pudiendo satisfacernos según nuestro gusto o teniendo lo que más nos repugna; porque nuestros actos deben ser dirigidos no por la pasión sino por la fe, no por la concupiscencia sino por la razón; y no por la voluntad propia, sino por Dios que así lo quiere; repitamos con frecuencia: *Señor, tú quieres lo que sea mejor; hágase, pues, esto o aquello como tú quieras.*¹²

10 RCM 8, 13.

11 RMJ 6, 5, 5º.

12 Domine, tu scis qualiter melius est: fac hoc vel illud sicut vuleris (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi*, 1.3,

54. Conformidad en el vestido y en el todo lo que nos da el santo Instituto

Bien podemos decir que el Instituto Josefino es para cada uno de sus hijos una madre, la más tierna y solícita, del mismo modo que los superiores son los mejores padres; y como a tales nos dan todo cuanto necesitamos. No hemos de hablar de la pobreza que nos obliga a experimentar los efectos de la carencia aún de lo más necesario, ni de la obediencia en fuerza de la cual jamás tenemos razón para quejarnos, ni de la justicia que nos demuestra que nada se nos debe ya que somos miserables pecadores; sino tan sólo en cuanto tienen relación con la conformidad. ¿Estamos conformes con cualquier vestido? Con tener este o aquel sombrero; una u otra sotana y una pieza nueva o que haya sido el desecho de todos; ¿esta que nos caiga pintada o aquella que nos haga parecer unos sacos? ¿Nos conformamos con la divina voluntad o la queja mancha luego nuestros labios? ¿Y qué culpables si nuestra delicadeza fuese tal que casi nada pudiese contentarnos?

Hemos de tener por cierto para siempre que en todo esto, lo mismo que en lo demás es sólo la voluntad de Dios la que todo lo rige. Y por tanto, no es el superior, el que dispone que os den esta cosa sino Dios; no es el hermano el que os trae esta ropa sino Dios; no es el sastre el que no acertó en la pieza, sino Dios que lo dispuso. ¡Ah! Si así lo consideramos, luego con un grande santo podríamos decir prácticamente: *Heme aquí como tu siervo, preparado para todo, ya que no deseo vivir para mí, sino para ti, ojalá esto sea de la manera más digna y perfecta.*¹³ Para que seamos pues como este afortunado conformémonos con la voluntad de Dios en todas las cosas y con toda la extensión y perfección que nos reclama la Regla.

c.15, 1).

¹³ En ego servus tuus paratus ad omnia, quoniam non desidero mihi vivere, sed tibi: utinam digne et perfecte! (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi*, l.3, c.15, 1).

Capítulo 12. Conformidad en los actos de devoción y en el ejercicio del ministerio

55. Explicación de la Regla

Aquel Dios que por sólo su bondad y misericordia nos ensalzó con una vocación tan sin segunda, se dignó señalarnos los ministerios que nos debían ocupar; ministerios celestiales que ciertamente nos divinizan.

El *rezo* nos constituye ferventísimos querubines, y como aquellos que viera en espíritu el profeta Isaías nos hace glorificar a Dios entonando el santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos.

La santa misa nos reviste de toda la excelencia y dignidad de que es capaz una criatura; y en fuerza de ella si Cristo Señor nuestro es el Redentor del linaje humano, nosotros somos los corredentores.

La facultad de confesar nos coloca sobre los más encumbrados serafines, y haciéndonos superiores a todo, únicamente nos deja inferiores a sólo Dios.

La predicación es por antonomasia el ministerio de Dios y de sus enviados; y nosotros como los profetas, como Jesucristo y como los apóstoles, somos llamados a ejercerlo como a sus verdaderos sucesores.

Las misiones que hacemos las más semejantes a las que daba nuestro Señor forman nuestro distintivo; de un modo semejante a la santa contemplación que lo es de los cartujos.

Los ejercicios espirituales dados a toda especie de personas son de tal modo propios nuestros, que desde el principio todo el Instituto se dedica a darlos en todas partes y a toda clase de personas.

Los colegios son para nosotros el todo después de las *misiones*; porque en ellos además de enseñar la instrucción primaria y secundaria, formamos a los levitas que deben servir en el altar del Señor.

Las parroquias son medios poderosos para introducirnos en nuevos lugares y no hay obstáculo en admitirlas o conservarlas siempre que en ellas podamos vivir en comunidad y tengamos además otras ocupaciones propias de nuestro ministerio.

Los hospitales y casas de beneficencia nos recuerdan toda la extensión de la caridad de nuestro Señor Jesucristo, nos facilitan hacer a su debido tiempo nuevas fundaciones, nos conservan desapercibidos durante las pesquisas de la revolución, y nos proporcionan la dirección de las josefinas. Tales son nuestros actos principales de piedad, y nuestros ministerios, todo lo que hemos de amarlo en gran manera, aunque sin pegarnos a cosa alguna sino desempeñarlos con aquella conformidad que lleva consigo la voluntad de Dios.

Esta conducta es tanto más necesaria cuanto que los superiores pueden quitarnos hoy lo que nos ocupa, y hacer que funcionemos mañana en cualquier otro y es tanto más necesario cuanto que en la práctica nos quedamos destituidos de todo mérito desde el momento que obráramos sin el requisito de la conformidad. Esta verdad la formulamos en estos términos: *Nuestras obras sólo son meritorias en cuanto cumplimos con ellas la voluntad de Dios; sin esta cualidad aún el oficio divino, la oración, el predicar y los continuos e incesantes trabajos de un misionero, son cosas inanimadas; y al modo que las monedas que no tienen el sello no son admitidas por faltarles el requisito de la ley, así no servirán nuestras obras ante Dios, sino en cuanto hayan sido hechas según su voluntad. Nos conviene pues hacerla en todas las cosas, y procurar familiarizarnos en esta santa práctica cuanto nos sea dable, para que todas sean agradables a Dios. Debemos darnos a Dios en este momento para darle gusto y obrar en adelante de modo que todo lo*

*hagamos por él.*¹

Un gran santo para despojarse del propio juicio y hacer la voluntad de los demás daba este documento: *Procura, hijo, hacer la voluntad de otro, antes que la tuya.*²

¿Qué cosa nos habría dicho tratando de no hacer la voluntad de la criatura sino la del Creador? ¡Ah!, quiera nuestro Señor Jesucristo concedernos tan hermosa práctica principalmente en el ejercicio de nuestros ministerios; y quiera el señor san José que siempre obremos con la perfección suya en sus pensamientos, palabras y obras, mediante la práctica de este grado de conformidad con la voluntad de Dios.

56. Conformidad en el rezo y en la misa

El oficio divino y el sacrificio de nuestros altares son unos ministerios importantísimos; y son tal vez para un misionero y una Josefina, los que ocupan el primer lugar; porque de ellos como de una mina riquísima saca todo el tesoro de la *gracia*; la perfección propia de su estado, la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos; y a esta doble oración, de los sacerdotes, se debe el que Dios no acaba con tantos criminales como pululan en la Iglesia de Dios.

Hemos de desempeñarlos porque así lo quiere Dios; y por tanto no hemos de ir al rezo por gusto, así como no hemos de dejar de asistir por disgusto; sino para hacer en el rezo la voluntad de Dios; no hemos de rezar con la devoción que reclama porque nos sentimos devotos; así como no hemos de precipitar por tener un corazón distraído; sino que hemos de asistir al rezo como ángeles en carne por ser ésta la voluntad de Dios; no hemos de rezar poco a poco con las pausas convenientes y con la gravedad propia de un ministro de Dios por cierta flojera que convenir puede a nuestro temperamento, así como no debe precipitarse por tenerlo sanguíneo, por la facilidad en la pronunciación o porque ulteriores ocupaciones nos aguardan; sino que hemos de emplear en él todo el tiempo señalado por ser esta la voluntad de Dios. ¡señor san José, nuestro amantísimo padre, concédenos la gracia de rezar según el espíritu de la santa Iglesia!

La santa misa, ¡ah!, es el sacrificio en el cual celebres, y la hemos de decir bien, porque Dios así lo quiere; por tanto decirla en la hora que nos ha sido señalado porque Dios así lo quiere; cantarla o no cantarla porque Dios así lo quiere; emplear en ella el tiempo que las costumbres de los sacerdotes santos han fijado, porque Dios así lo quiere.

¡Qué santidad la de un misionero que en el rezo y en la misa se conformara con la voluntad de Dios! ¡Qué edificante en la práctica, porque de su boca sólo saldrían palabras de vida eterna! ¡Qué progreso en la virtud el que andaría como recordando que su lengua ha sido felizmente enrojecida con la sangre del hombre Dios! ¡Cuán lejos de las causas propias de un misionero tibio! ¡Un no puedo rezar. no puedo decir la misa a tal hora. y demás excusas no santas! Jamás se asomarían en sus labios. ¿Y un me molesta o me incomoda lo dirían? Ni aún esto, porque se quedarían para él esas mismas molestias; ya que obrar con esta perfección es una consecuencia de la divina conformidad.

A semejantes misioneros tenemos presente al decir: *Si se encontraran algunos en el Instituto que fuesen fieles en la conformidad con la voluntad de Dios, y si estos fuesen muchos, y si todos fuesen de este dichoso número, ¡oh señor san José!, ¡qué bendición!, ¡oh Dios mío! ¿Cuán agradables os serían los josefinos? Vos lo sabéis y nosotros lo sabemos también porque nuestras obras no tienen ningún valor si no van animadas con la intención de agradar a Dios por medio*

1 SVP, Conferencia a misioneros del 7 de marzo de 1659, sobre la conformidad con la voluntad de Dios; EX, XI, 447.

2 Stude, fili, alterius potius facere voluntatem quam tuam (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi*, l.3, c.23, 1).

*de la conformidad. Debemos darle gracias a la divina bondad por la gracia que ha hecho al Instituto de emprender este ejercicio siempre santo y siempre santificante.*³ A vista de semejantes sentimientos nosotros levantaremos nuestra débil voz para decir: ¡Oh Josefino!, *siempre desea y ora para que la voluntad de Dios se haga cabalmente en ti.*⁴

57. Conformidad en la confesión y predicación

El confesar y predicar es tan interesante a un misionero que uno no lo concibe sino ejerciendo ambas funciones; y hemos de hacerlo porque la santa Regla lo dispone; y porque nuestros señores, los ilustrísimos, señores obispos, al admitirnos en sus Diócesis nos aplican a ello. Es por consiguiente, un doble deber, pero hemos de desempeñarlo cumpliendo en él la santa conformidad. Por tanto confesar luego de ordenado o no confesar; confesar inmediatamente hombres y mujeres o confesar hombres solamente; confesar a ricos o confesar a los pobres; confesar a cuantos se nos presenten, o tan sólo según la indicación de la obediencia; confesar a los niños, a ancianos o a enfermos, todo es una misma cosa para un alma que tiene el ejercicio de la santa conformidad; porque ciertamente lo que disponen los superiores, esto es lo que Dios quiere, y no lo que uno les arranca con sus exigencia?

La predicación es el primer móvil exterior para la conversión de las almas pero un misionero ha de estar completamente indiferente para ejercitarlo. No queremos decir que flojo pase el tiempo en una culpable pereza al contrario lo suponemos del todo ocupados en procurarse las funciones ya procuradas (o) en aprenderlas, ya sabidas, en reparálas y aun hacerlas de nuevo si para ello hubiere disposición. Mas en fuerza de la conformidad ha de tener su deseo sujeto a la voluntad divina, cual si se le manifestara Dios mismo; no ofreciéndose, no pidiendo, ni con indirectas; sino en obedecer convenientemente las determinaciones que acerca de su persona tomaren los superiores. Por tanto debe disponerse para predicar; debe estar dispuesto para predicar en cualquier ocasión en que lo aplicara la obediencia, y aun para desempeñarlo repentinamente si así se lo dijeren.

En esta misma conformidad le exige el no desear tener mucho séquito ni para el confesionario ni para el púlpito, sino que le ha de bastar el confesar con la debida caridad y prudencia, y predicar con la sencillez y acierto que nos pertenece. Ha de llegar a no querer tener más talentos que los que Dios quiere darle, y ni aun más gracias que las que Dios le quisiere conferir, para que en la práctica pueda decir: *Todo lo que tenemos en el alma o en el cuerpo: ya lo poseamos exterior o interiormente, natural o sobrenaturalmente, es beneficio tuyo: y te encomiendo este beneficio piadoso y bueno del que procede toda clase de bienes.*⁵

Con todo, esta conformidad no quita la oración de pedirle a Dios que nos haga la gracia de adquirir la ciencia eclesiástica diciéndole: *Dame, Señor, agudeza para entender, capacidad de retener, sutileza para interpretar, gracia abundante para hablar; todo para que puedas tú introducirme en el estudio, dirigirme en el adelanto y llevarme a la plenitud. Por Cristo nuestro Señor,*⁶ pero si que supone en todo la subidísima conformidad con la voluntad de Dios.

3 SVP, Conferencia a misioneros del 7 de marzo de 1659, sobre la conformidad con la voluntad de Dios; ES, XI, 448.

4 Opta semper et ora, ut voluntas Dei integre in te fiat (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi*, l.3, c.23, 1).

5 Omnia quae in anima habemus et in corpore, et quaecumque exterius vel interius naturaliter vel supernaturaliter possidemus tua sunt beneficia, et beneficium, pium ac bonum commendant, a qua bona cuncta accepimus (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi*, l.3, c.22, 1)

6 Da mihi intelligendi acumen, retinendi capacitatem, addiscendi modum et facilitatem, interpretandi subtilitatem, loquendi gratiam copiosam. Ingressum instruas, progressum dirigas, egressum compleas. Tu, qui es verus Deus et homo, qui vivis et regnas in saecula saeculorum. Amen. (Santo Tomás de Aquino, Oración antes de estudiar).

Añadiremos a este número, un acto de un misionero que en la predicación se conformaba con la voluntad de Dios; y será del Presbítero Señor D. Renato Almeras. En cierto pueblo hubo bastantes dificultades por parte del señor Cura para que se hiciera la misión en su parroquia. Convinieron finalmente y que se comenzaría en la misa cantada predicando después del Evangelio y en las Vísperas después del magnificat. No faltó el Padre Almeras a la palabra que había dado y comenzó el sermón después del Evangelio: mas al llegar al Ave María el señor Cura continuó la misa; mas el padre Almeras siguió después su sermón, como si tal cosa no hubiese sucedido, y estuvo tan lejos de mostrarse resentido que hizo un gran elogio de las virtudes de dicho párroco, con cuyo buen ejemplo ganó tanto la atención que en la tarde tuvo mucho más gente. Lo propio le sucedió en la tarde volviendo el cura a seguir con sus vísperas sin haberle permitido pasar del Ave María, pero el señor Almeras sin hacer caso de esta segunda afrenta, después de las completas acabó su sermón, con cuya paciente conducta ganó del todo al mismo señor Cura. ¿Un misionero inmortificado qué no habría hecho? ¿Cuántas tonteras no habría dicho? ¿Y cuántos lamentos no habría lanzado? Imitemos pues al señor Almeras que acostumbrado en no ver en todos los sucesos más que la voluntad de Dios, con una paz admirable y con una alegría celestial ganó el ánimo de las ovejas y el del pastor y aun hizo que éste fuese más querido y respetado.

En muchas otras misiones se ofrecieron también muy grandes dificultades, contradicciones y aun persecuciones, pero como no veía otra cosa en ellas, que la voluntad de su Dios que cumplía en él, todo lo vencía y consideraba aun los sucesos adversos como señales de su eterna predestinación a las inmensas delicias de la gloria.

58. Conformidad en las misiones, ejercicios y colegios

Según la santa Regla hemos de estar dispuestos para ir a misión, enseñar en los colegios y dar los ejercicios espirituales: *Por lo demás todos y cada uno entenderán que nuestros ministerios para con los eclesiásticos externos, sobre todo para los ordenados y seminaristas, deben realizarse en casa; así como para dirigir a otros en el retiro espiritual, no deben ser descuidados bajo el pretexto de misiones; pues "conviene hacer esto y no omitir aquello", y por lo tanto, cada uno se dedicará con gusto para realizar de manera cabal y recta aquellas funciones.*⁷

Como obrar así supone en todo la mayor conformidad en la práctica con la voluntad de Dios; nos hace decir a nuestros hijos que esta virtud es el alma de todo el Instituto Josefino; y una de las prácticas que más grabadas hemos de tener en el corazón, como que da a cada uno en particular un medio muy fácil, excelente e infalible de hacerse santo; y que hace que nuestras acciones no sean humanas sino angélicas y divinas, pues se hacen en Dios y por Dios. ¡Qué vida la de los misioneros! ¡Qué Instituto tan útil sería el nuestro si se fundara bien en esta práctica! De estas cosas hemos de concluir que aquel misionero que estuviere mejor preparado para todo y en toda ocasión, y no manifestara ninguna inclinación, este sería el que más se conformara prácticamente con la voluntad de Dios; porque aunque la Regla nos prohíbe el que manifestemos, pero sí nos pide la más completa, exacta y puntual disposición para todo.

Hemos pues de estar indiferentes para cualquiera de los ministerios; y en misión lo mismo hemos de estar dispuestos para explicar la Ley de Dios, que para enseñar a confesarse; para instruir a los niños para la primera comunión, como para hacer los sermones; supuesto que en fuerza de la conformidad todo debe sernos igual; y si se quiere que manifestemos alguna inclinación, sea la de ocupar el último lugar en caso de que esta sea nuestra convicción; lo contrario es mejor callarnos. En los colegios, no sólo hemos de estar indiferentes para esta ocupación o para aquella; sí que

también con relación a la clase, siendo para nosotros lo mismo enseñar dogma o moral o sagrada Escritura, que dar la clase de ceremonias, de canto llano o el dar ninguna o dar las clases de instrucción primaria o secundaria lo mismo hacerlo por la mañana que por la tarde, con tales discípulos que con tales otros, en una palabra hemos de estar para todo completamente indiferentes.

En los ejercicios hemos de estar igualmente indiferentes y preparados para darlos a niños o a grandes, a mujeres o a religiosos, a seculares o a eclesiásticos y prontos para darlos siempre que la obediencia nos destinare.

Esa conformidad ha de extenderse a los talentos que Dios nos comunicare a la mayor o menor disposición con que Dios nos dotare, porque tanto el que recibe más, como el que recibe menos, uno y otro lo tienen todo de Dios; y así como el que ha recibido menos no tiene motivos de queja, así el que ha recibido más no lo tiene de qué gloriarse, y unos y otros lo tienen en gran manera de conformarse con la divina voluntad. Y a la manera que una bolsa nada tiene de mérito propio por verse hecha de algodón, o formada de hilo, o tejida de seda o entretejida de oro; y en verse llena de cobre, de plata, de oro o de alhajas; así de un modo semejante nada tiene el misionero de qué gloriarse por verse ensalzado con tan sublime vocación, así como tampoco lo tiene por haberle confiado Dios el cobre del servicio de los hospitales, la plata de la administración parroquial, el oro de los colegios, las alhajas de las santas misiones. Así como tanto es bolsa por ser formada de una materia como de otra, así tanto seremos misioneros desempeñando el talento de una función como el de otra; la conformidad es lo único que nos debe acompañar en todas las cosas; y hemos de procurarla con tal extensión que abarque todas las ocasiones que nos haga prontos para todo, sin que deseemos una cosa más que otra; porque el que ama a Dios en nada recibe tanto gozo como en conformarse con la divina voluntad: Por consiguiente. *Señor, nada debe alegrar más al que te ama, que sentir hacer tu voluntad y el beneplácito de tus designios eternos.*⁸

Observemos cómo se preparó un joven para ser un misionero útil para las misiones: Para lograrlo se ocupó en trabajar todas sus funciones, bajo la conducta de los misioneros más ancianos, y de mayor mérito y santidad: y lleno por otra parte de una gracia singular pudo desempeñar este oficio perfectamente bien. Él mantenía a los obreros que trabajaban con él en la observancia más exacta del reglamento; y lo hacía no tanto con sus palabras como con su ejemplo. Él para edificar bien al pueblo a imitación de san Pablo se hacía todo para todos, para ganarlos a todos por Jesucristo: él a pesar de su grande instrucción y de la educación escogida que había recibido, predicaba según el espíritu de los apóstoles, es decir, de un modo sencillo, claro y según la inteligencia de los que le escuchaban; y al mismo tiempo de una manera sólida, exacta y propia para persuadir a sus oyentes lo que él Quería; él tenía una gracia especial de herir los corazones, de excitarlos al dolor en el tribunal de la penitencia, de reconciliar a los enemigos, de transar los pleitos y de hacer que todos asistiesen a los ejercicios de la misión; porque todas sus palabras y acciones iban animadas no sólo de un grande celo, sí que también acompañadas de una rara prudencia y de una dulzura y paciencia inalterables. ¡Que el señor san José nos conceda a todos una gracia semejante!

59. En las parroquias, hospitales y casas de beneficencia

Estos últimos ministerios de ordinario serán los menos frecuentes en el Instituto; aunque podremos tenerlos, siempre que puedan llegar a ser el origen de grandes bienes. En ellas podemos ganar mucho para el cielo; ya preparando el camino por lo que después podrá venir, ya ejerciendo

⁸ Nihil ergo amatorem tuum, et cognitorem beneficiorum tuorum ita lætificare debet, sicut voluntas tua in eo, et beneplacitum æternæ dispositionis tuæ (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi*, l.3, c.22, 5).

el ministerio pastoral con el celo que él requiere, ya auxiliando a los pobres enfermos y abriéndoles las puertas del Reino de los cielos. En ellos se puede ganar tanto como en lo demás, porque la conformidad es la que comunica todo el mérito a nuestras acciones, y no el ser esto o aquel ministerio; porque nada tiene de lo que alimenta el amor propio, de otros ministerios, de los grandes resultados que acompañan a nuestras misiones y ejercicios espirituales.

Los otros ⁹pueden desearse si la gloria de Dios así lo pidiera, pero de ningún modo excitados por el amor propio. En suma lo mejor que nos ocurre es el conformarnos siempre y en un todo con la voluntad de Dios, y en caso de desear algo, desear lo más vil, el último lugar en nuestros empleos, según el documento de aquel santo que decía: *Señor Dios, tengo por un gran beneficio no tener muchas cosas de donde me pueda venir de fuera o de los hombres la alabanza y gloria; de tal manera que de allí, considerada la pobreza y vileza de la persona, pueda alguno encontrar no sólo la gravedad o tristeza o defeción, sino más bien la consolación y la alegría plena; porque tú. Dios nuestro, a los pobres y humildes despreciados del mundo, los has elegido como familiares y domésticos tuyos.*

⁹ Unde, Domine Deus, pro magno etiam reputo beneficio, non multa habere unde exterius et secundum homines laus et gloria appareat: ita ut quis considerata paupertate et vilitate personæ suæ, non modo gravitatem, aut tristitiam, vel dejectionem inde concipiat, sed potius consolationem, et hilaritatem magnam; quia tu, Deus, pauperes et humiles atque huic mundo despectos tibi elegisti in familiares et domesticos. (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi*, l.3, c.22, 4).

Capítulo 13.

Conformidad en la salud enfermedad, imposibilidad de curarse y en la muerte

60. Conformidad en la salud

San Pablo publicó un decreto en el cual nos prohibió conformarnos en las ideas del mundo: *Y no os acomodéis al mundo presente*¹. Y aunque en todo tiempo es en gran manera interesante, su puntual y exacto cumplimiento pero en ninguna ocasión lo es tanto que cuando se trata de la salud o enfermedad, de la imposibilidad de curarse y en la hora de la muerte; porque sus ideas son Nosotros como predestinados hemos de conformarnos con la doctrina del hombre Dios: *Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo*,² y considerar cada una de las cosas según la fe.

Por consiguiente la salud, lo propio que la vida no es un don que dependa de nosotros; ni que se compre a precio de oro, ni por medio de empeños humanos; la salud, Dios es quien la da y quien la toma, y ha de ser el objeto de una práctica muy continua de conformidad. El desear la salud es una cosa natural, pero nosotros los religiosos hemos de ennoblecer este sentimiento con la santa conformidad; ya que por otra parte nadie hay que pueda resistirla: *Y no hay quien pueda resistir a tu voluntad*.³

¿Pero cuántos hay que en estos deseos no se acuerdan prácticamente de Dios? ¿Cuántos son los que ven la salud en sólo el cumplimiento de sus deseos? ¿Cuántos los que cuando la tienen la ofrezcan a Dios como el más agradable holocausto? Con todo si queremos ser grandes en el Reino de los cielos nuestra conducta ha de ser como la hija de la más perfecta conformidad; de ahí es que cuando tengamos salud no hemos de amarla por lo que ella es, ni por el afecto natural que sentimos en su posesión ni por el gusto que experimentamos al consideramos sanos, ni porque teniendo grandes deberes que cumplir se nos hace ella como necesaria; ni porque con la salud podremos servir a nuestro Instituto, ejercer nuestro ministerio, servir a los pobres y salvar a infinidad de almas, porque todos estos motivos aunque no reprobados no satisfacen a nuestros deberes; sino que el perfecto religioso teniendo la salud puede desearla en cuanto es voluntad de Dios; y si no la tiene puede pedirla en cuanto es voluntad de Dios.

Si este fuese el motivo, ¿qué conducta tan distinta la que guardarían muchos? Ya no tendrían miedo de enfermarse porque en la carencia de salud verían la voluntad de Dios; ya no dejarían un ápice de la Regla por temor de enfermedad; porque descansaría todo esto en la divina conformidad; ya no buscarían satisfacciones de la concupiscencia de la carne y de los apetitos, porque aunque lícitos para los del mundo, no lo son para un religioso; no andarían tras el descanso porque éste no torna las fuerzas sino en cuanto Dios lo quiere; y no se permitirían ni una sola cosa contra los santos votos que profesamos: ¡tan necesaria es esta conformidad con el divino querer!

Si con frecuencia hacemos muchas faltas, es por carecer de esta conformidad. ¡Ah! ¿Y cuán miserables somos? Es porque nuestra carne desea, y nuestro amor propio desea, y nuestros apetitos desean, y nuestro corazón desea y nuestra voluntad desea y frecuentemente dejando a Dios damos satisfacción a estos mismos deseos. Mas, ¡qué felices, si abandonado todo cuanto huelva a carne y sangre deseamos la salud, tan solo en cuanto Dios lo quiere! Se diría que somos bienaventurados; porque bienaventurado es aquel que sólo quiere la voluntad de Dios; bienaventurada el alma, porque el Señor la habría hablado a lo divino; bienaventurada oreja

1 Rm 12, 2.

2 Rm 8, 29.

3 Est 4, 17.

porque habría oído aquella voz que es el único consuelo; bienaventurado porque en vez del susurro mundano, sólo oiría el divino murmullo del Salvador; bienaventurada porque no oyendo la voz de afuera, estaría siempre interiormente con Jesús; bienaventurados ojos porque cerrados para todo lo temporal, sólo aspiran a la vista de lo eterno; en suma sería bienaventurado, porque desnuda de toda sensualidad estaría completamente conforme con la voluntad de Dios; bienaventurados en fin porque son aquellos venturosos que según el Espíritu Santo *cumplen de corazón la voluntad de Dios*.⁴

61. Conformidad en la enfermedad

La enfermedad es una de las mayores bendiciones con que Dios nos puede visitar; porque en ella si somos hierro perderemos todo el orín que nos enmohecía; si fuéramos plata nos convertiremos en aquella que estaba siete veces purificada; y si ya fuésemos oro seríamos como aquel purísimo oro que sacaban los antiguos de la Arabia feliz. ¡Oh! ¡Y cuánto bendice Dios a un alma cuando la visita con la enfermedad! Unas veces suele enviarla en castigo de ciertas faltas; porque si la muerte es efecto del pecado así también lo es la enfermedad: *Una vez consumado el pecado, engendra la muerte*.⁵

Otras las envía Dios para que nos conozcamos hasta qué punto somos miserables y sepamos compadecernos de nuestros hermanos enfermos; para que no nos dejemos arrastrar de los humos de la soberbia y del orgullo y para grande ejercicio de mortificación y demás virtudes; pero sea cual fuere el motivo de la enfermedad siempre es cierto que es la voluntad de Dios el que estemos enfermos. Por consiguiente lo que nos enferma no es el país en el cual estamos; no es el aire que nos tocó; no es el trabajo al que nos dimos; no es la vida sedentaria que llevamos; no es el vaso de agua que nos dañó; ni la comida que no estuvo bien sazónada; ni otra cosa semejante; Dios es el autor principal; Dios el que lo ha permitido; Dios el que enlazó las circunstancias y Dios el que ha dispuesto o permitido que las cosas nos dañaran.

¿Cuán necesaria pues, no será para todos esta santa conformidad? ¡Ah! No digamos que la enfermedad nos molesta, porque no es la enfermedad la causa de la molestia, sino nuestra poca virtud. En nuestro santo Instituto Josefino los enfermos han de ser tenidos siempre como una bendición de Dios, y aquella casa ha de considerarse más bendecida que tuviere mayor número de ellos. ¿Por qué? ¿Qué es un enfermo? Si lo hubiéramos de describir según el pensamiento de los santos diríamos: que es el cumplimiento práctico de nuestra Regla, es un religioso en el ejercicio de las propias virtudes, es un santo que predica con su ejemplo, que confiesa con las raras virtudes que nos deja, que da misiones con los extraordinarios sufrimientos que tiene y que está continuamente en los espirituales ejercicios de la santa conformidad con la voluntad de Dios. Al contrario, cuando a un enfermo le falta la conformidad, Dios mío, ¡qué miseria! en vez de virtudes no trae más que quejas: y quejas contra el médico que no acierta, quejas contra las medicinas que no operan, quejas contra las enfermeras que se descuidan; quejas contra el aire que daña, quejas contra las moscas que molestan; pero quejas que todas se quitan con la práctica de la conformidad: y quejas que se convierten con ella en actos de heroicas virtudes. Es un enfermo una bendición especial de Dios de un modo todo particular, cuando llega a ser un enfermo edificante, porque tiene su confianza en nuestro Dios que con palabras amantísimas le dice: Yo soy *tu salud*.⁶

¡Oh! ¿Quién nos diera estando enfermos que poseyéramos tanto la práctica de esta conformidad

4 Ef 6, 6.

5 St 1, 15.

6 Sal 35, 3.

que nos conformáramos en la enfermedad? Convengo que cierto malestar o repugnancia, se opone a que queramos la enfermedad, pero la causa está en nuestra poca conformidad con la voluntad de Dios.

Para animarnos en semejantes circunstancias, recordemos a Cristo Señor nuestro en aquel estado en que quedó después de los azotes, y cuyo cuerpo todo era una sola llaga. ¿Qué enfermedad puede compararse con la del Salvador? ¡*Aquí tenéis al hombre!*⁷

Jesús cubierto con el andrajo que llamaron púrpura, con la corona de espinas en la cabeza, con el cetro de caña en una de sus manos; y atado y conducido al tribunal de Pilatos. ; He aquí al hombre! está desconocido por la sangre que ha llenado sus ojos, su boca excita a compasión, su barba ha sido el juguete de mil ultrajes. ¡He aquí al hombre! porque su cuerpo es toda una sola herida; y tiembla como las ramas agitadas por el viento; y sufre con los padecimientos de todos los siglos; causa tanta lástima que sólo su presencia movió a compasión al más inicuo juez. ¡He ahí al hombre! Vista aflictiva es la aparición del Hijo de Dios reducido al tormento de todos los tormentos. ¡He ahí al hombre! Que en los padecimientos de toda esa enfermedad sólo despliega sus labios para decir: *Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya*⁸. ¿Y nosotros nos quejaremos de estar enfermos? ¡Ah, y cuan poca es nuestra virtud si no hubiere en la enfermedad la conformidad con el querer divino!

Observemos cómo el Salvador se conforma pasivamente, aceptando de muy buena voluntad y como venidos de su Padre todos los dolores. ¿Y hay cosa más puesta en razón que el que nosotros nos conformemos en las indisposiciones del cuerpo? Pero él pasó más adelante, y se conformó activamente; acto subidísimo y que abarca todas las virtudes porque en su consecuencia conserva la vida a todos sus enemigos que querían quitarle la suya; y conserva aquellos corazones que brotaban llamas de furor contra él; y aquellos ojos que centellaban la más rabiosa cólera; y aquellos entendimientos que sólo veían en su persona al infame; y aquella voluntad que decretar debía su muerte; y aquellas bocas que con gritos desaforados y diabólicos habían de clamar: ¡*Que muera!* ¡*Que muera!* ¡*Crucificalo!* ¡*Que muera en una cruz!*⁹ Él, en fin, conserva la vida de todos los que lo acusaban falsamente, de los príncipes, de los sacerdotes que lo odiaban de muerte, de Pilatos que después de haber proclamado su inocencia había de sentenciarlo; de los verdugos que debían ejecutar directamente el deicidio; y los azotes y la columna, el martillo y los clavos, la cruz y la lanza, todo es conservado por este mismo acto de conformidad activa con la voluntad de su Padre. ¡Oh y cuan pigmeos somos en la virtud al lado de nuestro Señor! Y con todo su virtud ha de ser la nuestra; aprendamos al menos a conformarnos en nuestras enfermedades; pasivamente recibéndolas amorosos tal como Dios nos las envía; y activamente amando con el mismo entrañable amor las causas que la hayan producido, continuado o agravado; y pongamos en un todo nuestra confianza en sólo Dios ya que se ha dignado asegurarnos: *Yo soy tu salud*¹⁰.

62. Conformidad en la imposibilidad de curarse

Para que salgamos victoriosos de la enfermedad en el estado crónico, vamos a recordar primero cuánto nos conviene el conformarnos con el divino querer aun en el estado de ser imposible la curación de la enfermedad. Nos conviene pero tanto, que si nos declaráramos abiertamente por la santa conformidad, tendremos la creencia práctica en un Dios omnipotente y que nos hará esperar de él y por él todas las cosas; en un Dios tres veces santo, que nos hará abstener aun de

7 Jn 19, 5.

8 Lc 22, 42.

9 Lc 23, 21

10 Sal 35, 3.

ligerísimas faltas, y en un Dios purísimo que nos hará conservar el corazón con la limpieza de los hijos de Dios. Nos conviene la práctica de la conformidad pero tanto que con ella glorificaremos prácticamente a toda la Trinidad adorable; al poder del Padre que nos ha creado y nos conserva, a la sabiduría del Hijo que nos redimió e ilumina las tinieblas de nuestro entendimiento, y a la bondad del Espíritu Santo que nos santificó y aun nos glorificará.

Dichosos los religiosos que viven de asiento en los dulcísimos ejercicios de la santa Conformidad; porque con ella glorifican a Dios en todas sus cosas, con el entendimiento creyendo esas operaciones de su divino querer; con la voluntad haciendo lo que no agrada a los sentidos y lo glorifica aún con todas las fuerzas, esperando llegar con el auxilio divino, al mayor acto de la divina conformidad. A vista de estos motivos. ¿Quién no procurará conformarse aun estando del todo imposibilitado de recibir la curación humanamente hablando?

Una cosa es estar atacado de una enfermedad, y otra la continuación de la misma, hasta que pasando a ser crónica nos deja en la imposibilidad de curar; pues en uno y otro caso hemos de conformarnos, porque siempre median las mismas razones. Frecuentemente acontece en un religioso que ocupar podría uno de los principales puestos de una casa, de una provincia y aun de todo el Instituto Josefino; que sus luces lo habían hecho célebre y que según todas las apariencias habría podido él solo dar más gloria a Dios, que muchos otros juntos; y con todo esto es el religioso a quien Dios sepulta vivo en una cama. A nosotros no nos toca examinar las causas, nos basta saber que esta imposibilidad de curarse de cualquier manera que le haya venido, es siempre la voluntad de Dios; y sepamos también que con harta frecuencia es una especie de reto que le arrojó Dios a Satanás, como sucedió con el pacientísimo Job. Porque de un modo semejante le dice Dios: ¿Has visto a aquel misionero? ¿Lo has visto cuan aplicado a las funciones propias de su ministerio? y ¿lo has visto cómo él con su trabajo apostólico me da una gloria singular? Y Satanás le contesta: con razón te lo dará todo, y te ha dado el haber dejado a sus padres, sus bienes, a su juicio, a su voluntad; pero es porque le conservas la salud; quítasela, y verás cómo la impaciencia ocupa el lugar del hombre sufrido, la relajación el de la exactitud y la tibieza el del fervor. Y Dios entonces para su honra le dice: *Ahí le tienes en tus manos; pero respeta su vida*, y como en el santo Job así se verifica en él: *Satán hirió a Job con una llaga maligna desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza*¹¹.

Además todos tenemos el deber de darle a Dios la gloria que de nosotros espera en toda ocasión. ¿A qué viene querer sanar si la salud no ha de servir para la gloria de Dios? ¿Para qué querer tener fuerzas si la gloria de Dios está en que nos halleemos destituidos de ellas? ¡Ah! En este caso hemos de recordar que nuestra única ocupación es darle la gloria que él espera de nuestros males, y dichosos y felices si como del santo Job se dijera también de nosotros: *En todo esto no pecó Job, ni profirió la menor insensatez contra Dios*¹².

Esta conformidad que hemos de poseerla para nosotros mismos ha de extenderse a todos los demás, y aun a las personas más queridas, y aun a aquellos cuya necesidad nos parece más apremiante. Y no se diga que la causa de la enfermedad no es Dios, porque siempre vamos a dar en lo mismo; porque si la causa secundaria es un ataque que nos dio, una cosa que comimos, una bebida que se nos suministró, un aire que nos cogió, un susto que recibimos, alguna cosa que nos faltó, o un pecado cometido, o el orgullo que debe ser domado, o una indiscreción o una casualidad: siempre tendremos que confesar que la causa primaria es Dios: *Yo digo: Mis planes se realizarán y todos mis deseos llevaré a cabo*¹³. *Muchos proyectos en el corazón del hombre;*

11 Jb 2, 6-7.

12 Jb 1, 22; 2, 10.

13 Is 46, 10.

*pero sólo el plan de Dios se realiza.*¹⁴

Por consiguiente nuestro estado de enfermedad incurable es el destinado para la gloria de Dios: divina gloria que nos pide, y ¡ay de nosotros si se la negamos! Porque él ha jurado no darla a nadie, y podría negarnos sus gracias espacialísimas.

63. Conformidad en la muerte

Hemos de conformarnos en la muerte; y esto apenas necesita de otra prueba que de animar en nosotros la fe. Porque, ¿acaso puede sucedernos algo mejor que la muerte? ¡Oh amantísima muerte, que me introduces a la verdadera vida! un religioso no muere, sino que se duerme en los brazos del Señor; no muere, sino que tan sólo rompe las ligaduras de su cuerpo; no muere, sino que se duerme en los brazos del Señor; sino que comienza a vivir con la vida de Dios; no muere, porque el señor san José le proporciona la eterna vida. Por tanto, bien podemos afirmar que no hay cosa más justa que esa conformidad.

No muere, sino que va a descansar con Dios en la patria de los escogidos; y si esto lo creemos nosotros, ¿por qué no le hemos de procurar este bien? Muchas veces sentimos la muerte de las personas que más amamos, no por Dios, sino porque nuestro amor propio se siente lastimado y porque tenemos una fe casi apagada. Y no digamos que lo sentimos por Dios, porque él ha puesto su gloria no en tu vida, sino en la muerte que te envía; no digamos que lo sentimos por los pobres, porque Dios que sabe hacer de las piedras hijos de Abraham, sabrá poner otro en su lugar; conformémonos pues con la voluntad de Dios en la muerte, ya sea de nosotros mismos, ya de las personas que más queremos. ¡Oh patria celestial! ¡Oh tierra de los vivientes! ¡Oh lugar de todo descanso! ¡Ah! Trabajemos con todo ahínco, para que en todo cuanto nos suceda no contestemos más que como el santo Job: *El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó, bendito sea el nombre del Señor.*¹⁵

También mucho nos importa que si tenemos salud no digamos que es la constitución de nuestro cuerpo, sino Dios que nos la ha dado; no el clima, ni el lugar, ni la comida, ni la bebida, ni la discreción,. Sino veamos a Dios que nos ha dado la salud: si nos enfermamos sea para nosotros Dios el que permite que hayamos caído en temores; si la enfermedad pasa a ser crónica, sea Dios el que nos ha colocado en tan buen estado y no las faltas del enfermo, del cocinero, del médico, de la medicina; en suma, en la vida y en la muerte veamos a sólo Dios.

Jesucristo condenado a muerte va a servirnos de estímulo para que practiquemos la conformidad con la mayor perfección que nos sea dable. ¡Qué padecimientos los suyos! ¡Son los de cien y cien enfermedades mortales, y además las de verse condenado a muerte! ¡Qué padecimientos! Sufre todo cuanto puede sufrir la humana naturaleza. ¡Qué padecimientos! Ve a los soldados que lo prenden, y que lo cercan, y a muchos verdugos con las cuerdas y los clavos, y las escaleras y demás cosas necesarias para la crucifixión. ¡Qué padecimientos! Y nuestro Señor se hinca, se abraza con la cruz, la besa con el mayor afecto, le da gracias a su Padre por ver llegado el momento y ofrece sin cesar en aquella ara el sacrificio de su vida. Arrodillado carga su espalda derecha todo el peso de la cruz; se levanta, emprende su marcha con los pies desnudos y ensangrentados; está encorvado por el sumo peso de todos los pecados del mundo; pálido como la muerte, temblando por no haber comido, ni bebido, ni dormido desde su prisión, y haber sudado sangre y perdido una gran parte de ella con los tormentos; y con una fiebre de sed que le abrasa: y con unos dolores infinitos admite todas las enfermedades, los padecimientos, todas las penas, todas las aflicciones y la muerte misma: así se conformó activa y pasivamente nuestro Señor,

¹⁴ Pr 19, 21

¹⁵ Jb 1, 21.

conformidad que hemos de procurar con todo el afecto de nuestra alma si queremos ser perfectos misioneros.

Capítulo 14. Conformidad en los trabajos ordinarios y extraordinarios

64. Explicación de la Regla

Para que nuestros hijos e hijas comprendan mejor la Regla de la conformidad con la voluntad de Dios, diremos que hemos de extenderla en las cosas inopinadas que afectan al cuerpo, ya le sean agradables ya repugnantes; y en su consecuencia hemos de practicarla en todo lo que reside en nuestra carne o que tiene relación con ella y en todos los bienes de la naturaleza, y aun en los bienes de la gracia; pero hemos de saber que también nos la impone tratándose de los intereses del espíritu: *Recibir con igualdad de ánimo, y como venidas de la mano paternal de Dios, todas las cosas que nos suceden de improviso, como aflicciones o consuelos, ya corporales, ya espirituales.*¹

En estas cosas es mucho más necesaria la conformidad: ora porque nos afectan más universalmente, ora porque sentimos la eficacia con mayor intensidad, ora porque el valor de cada uno de sus actos vale más que todo el mundo, ora porque el alma casi nunca se ve libre de alguna de ellas y ora por lo difícil que es en sí mismo su práctica.

Y no es de extrañar, porque se trata de conformarnos aun en la mayor tristeza, del mismo modo que en la más intensa alegría; que nos conformemos en las faltas que acompañan nuestra propia miseria y debilidad, y en las del prójimo; así como en los continuos progresos de la perfección; que no la perdamos de vista en la guerra interior que ha de durar siempre, y la conservemos en la paz del espíritu y en el gozo espiritual de los hijos de Dios; que estemos conformes en los terribles escrúpulos que maravillosamente pueden atormentarnos de un modo terrible, y en la claridad de entendimiento que nos comunica un cielo anticipado en fin que en toda pena interior y en toda aflicción nos conformemos siempre teórica y prácticamente con la santísima voluntad de Dios. ¡Oh señor san José! haz que en todos los trabajos del espíritu digamos siempre: *No se haga mi voluntad sino la tuya*².

Y por otra parte. ¿Hay cosa que más nos arrebate el entendimiento, y se apodere de la voluntad y obligue más poderosamente a nuestro corazón que el hacer en un todo la voluntad de Dios? ¡Ah! No lo hay: porque es decir yo hago no la voluntad mía, sino la de Dios y voluntad de aquel que nadie puede decir perfectamente lo que es. ¿Y un religioso no se conformaría con esta voluntad? ¡Voluntad de Dios! De Aquel que es todo, y Él es todo; y por él existe todo; y todo existe en Él mismo como en su principio y fin. ¿Y un religioso no haría esta divina voluntad? ¿Cómo seremos tan desagradecidos que nos conformemos con la voluntad de las criaturas, y dejemos de hacerlo con la de Dios? ¿Cómo las criaturas se apoderan de nuestro corazón y no tendrá esa influencia el Creador de todas ellas? Las bellezas del mundo nos aprisionan todos los afectos. ¿Y la belleza suma que todo lo arrebatara no influirá en ellos? El entendimiento de un sabio nos hace tal autoridad que con harta frecuencia su parecer es nuestra regla. ¿Y ese entendimiento que es la sabiduría del Padre y que no puede errar lo miraremos con la indiferencia del que no sabe? El poder de la justicia nos hace obrar muchas veces. ¿Y ese poder omnipotente que todo lo puede no operará en nosotros el que nos conformemos con su voluntad? Salvador mío, basta de ingratitud, voy a conformarme en todas las cosas porque haciendo tu voluntad te alabo, te adoro y te glorifico; y porque tú eres mi principio, mi centro, mi fin, mi eternidad feliz y mi todo. Amén, amén, amén.

¹ RCM 2, 3, 3o.

² Lc 22, 42.

65. Conformidad en la tristeza y alegría

La tristeza es la infeliz herencia que nos dejó el pecado, de la manera que la celestial alegría es la que nos legó Jesucristo con su gracia. Nuestros primeros padres, mientras vivieron en el estado feliz de la inocencia nadaban gozosos entre las aguas de a más pura alegría; pero desde el momento que el pecado la mancharon se les ve vagar errantes, tristes y cabizbajos por las admirables sendas del paraíso. El santo Rey David estaba en la posesión de cuanto puede desearse en este mundo; era instruido a lo divino y a lo humano, comprendía las cosas de Dios y nos dejó escritos muchos misterios; era santo y su corazón parecía estar fabricado de un modo el más semejante al corazón de Dios; era rico y podía disponer de caudales inmensos; era Rey y sus vasallos lo respetaban y lo querían como a su padre; era amado de todos y todos lo consideraban como el ungido del Señor y publicaban sus virtudes lo mismo que sus victorias; y no obstante en sus lamentos se le oye decir: *¿Por qué, alma mía, desfalleces, y te agitas por mí?*³ La tristeza pues viene como a ser un estado propio del hombre pecador. ¿Qué mucho pues que un religioso esté triste?

La tristeza nos asalta también, ya sirviéndose de los externos; ya de parte de sus mismos hermanos; ora por medio de los ministerios a los cuales es aplicado, ora por las pruebas a las que Dios lo sujeta, y ora porque, sin saber cómo, se siente sobrecogido de un horrible temor que horripilándolo lo sumerge en la tristeza. Pues el religioso debe conformarse con la voluntad de Dios en la tristeza, no obstante de ser una cosa adversa que afecta al ánimo y debe conformarse en ella hasta el grado de que la recibe, como venida de las manos paternas de nuestro buen Dios.

Para cuando la tristeza intente apoderarse de nosotros y salgamos victoriosos con un acto de conformidad, discurramos un poco sobre la tristeza del hombre Dios. *Mi alma está triste hasta el punto de morir.*⁴

Jesús está triste, se postra, ora, ruega y una lucha de casi una hora está sufriendo, y lucha defendiéndose de la tristeza. La tristeza le brota de cada una de las visiones que le mostraron todos los dolores de la pasión que había de padecer satisfaciendo •por los pecados de todos los hombres, y la hermosura del hombre que era imagen de Dios, la vio completamente desfigurada; vio que el origen de todos los pecados estaba en el primero de nuestros primeros padres, que de él salió la concupiscencia y sus terribles efectos; y que la justicia divina sólo quedaría satisfecha con su pasión, con los sufrimientos en el cuerpo y en el alma; pero tales dolores y tormentos, con tales aflicciones y agonía que lo sumergieron en el mar de tristeza que le hizo decir: *Mi alma está triste hasta la muerte.*

Vio Jesucristo que el género humano había de padecer tanto cuanto había merecido por sus infinitos pecados, y que él solo como el único exento de toda culpa lo iba a sufrir, y no hay modo de explicar hasta qué punto se entristeció por el horror sumamente terrible y por la angustia sumamente aflictiva. que entonces sintió a los padecimientos, los ángeles quieren consolarlo; se entristecen con el triste; ruegan en favor suyo, asisten a todos los combates entre la justicia y la misericordia, y ven del todo admirados que Jesús todo lo vence pensando en aquella divina voluntad que así lo quiere: por esto se conforma con ella, y sus labios pronuncian aquel *Pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú*⁵.

Satanás embiste al Salvador, le presenta toda la enormidad de un solo pecado. ¿Y cuál será el grandor de todos los sacrilegios, de todos los pecados y crímenes y faltas enormísimas de todos

3 Sal 42, 12.

4 Mc 14, 34.

5 Mc 14, 36.

los hombres de todos los tiempos? Reflexión que lo entristece, que lo sumerge en una segunda agonía, que le hace sudar sangre; y reflexión de la que alcanza la más completa victoria con su acto de conformidad, *pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú*⁶.

Estaba triste y con una tristeza que le produjo el tedio y el temor, y aun era capaz de producirles la misma muerte, por esto exclama: *Triste está mi alma hasta la muerte; comenzó a sentir pavor y angustia*.⁷

El demonio le representó del modo más vivo y con toda la extensión posible todos los pecados; a unos apóstoles que escandalizados buscarían en la misma noche de su pasión el modo de esconderse, a discípulos que lo abandonarían completamente, a amigos que no habían de defenderlo, a la primitiva iglesia que por mucho tiempo estaría encerrada en las catacumbas; a herejes que habían de dividir su sagrada túnica, y un poco más tarde habían de quitarle una gran parte de fieles; le presentó a muchas turbas de cristianos renovando el crimen de infidelidad que cometieron nuestros primeros padres en el paraíso; a la corrupción y malicia de una gran multitud que viviría como gentiles; a la soberbia maliciosa de tantos doctores llenos de orgullo, a los sacrilegios de tantos sacerdotes no santos, a las funestas consecuencias de la abominación de la desolación sentada otra vez en el lugar santo; y sobre todo que en nuestro siglo había de adorarse públicamente a Satanás.

Este le representa los escándalos de todos los tiempos hasta el fin del mundo, el error con todas las formas de que se había de revestir; el fanatismo furioso que había de destruir dilatadas provincias de su Iglesia, la opinión maliciosa de los relajados, todos los que habían de apostatar, los heresiarcas que habían de levantarse contra la Iglesia, su sagrada esposa, los reformadores con la apariencia de bien, y los corruptores y los corrompidos que al paso que estos habían de crucificarlo de nuevo, aquellos habían de negar su muerte: y unos y otros habían de romper la túnica de la unidad de la Iglesia; y vio que en nuestro siglo de las luces todos los gobiernos habían de apostatar, hasta el grado de no haber uno solo que adore públicamente al verdadero Dios: Jesús lo vio, lo sufrió, lloró por todos, y por todos quiso morir, y en medio de la inmensidad de su tristeza, sólo respondió con el *pero no se haga mi voluntad sino la tuya*⁸.

Quiera su divina Majestad concedemos esta conformidad; porque en los principios de nuestro santo Instituto es no menos necesaria para un religioso en la alegría, y tanto más cuanto que a nosotros nos parece que un misionero nunca tiene razón bastante para estar triste, porque la vida brota del cumplimiento de su Regla, ha de ser siempre alegría aunque encerrada del todo en el centro de su corazón. Pues en esta alegría han de conformarse, han de encerrarla en su corazón; y allí custodiarla para servirse de ella en favor de los fieles, de un modo semejante a Jesucristo que con su semblante atraía a cuantos tenían la felicidad de mirarlo con buena intención, y nunca aparecer tristes y adustos.

Jesucristo lloró muchas veces sobre la ceguedad de los hombres; y no se lee en el Evangelio que una sola vez hubiera reído, circunstancia que nos recuerda que hemos de estar divinamente alegres, y libres de toda alegría carnal, cuyo origen es la concupiscencia, y cuyos funestos resultados son frecuentemente el pecado. ¡Ah! Quiera Dios que estemos poseídos siempre de aquella alegría celestial de que nos habló Isaías: *Habrà alegría eterna sobre sus cabezas. ¡Regocijo y alegría les acompañarán!*⁹ Conformémonos pues con la voluntad de Dios y del centro de la mayor tristeza, brotará siempre la más pura alegría.

6 Mc 14, 36.

7 Mc 14, 34.

8 Lc 22, 42.

9 Is 35, 10.

66. En las imperfecciones y adelantos de la virtud

Nuestra conformidad ha de extenderse a las imperfecciones que tenemos y a los adelantos que hagamos en la vía espiritual; pero cuando decimos que nos hemos de conformar con las imperfecciones, no queremos decir que Dios las quiera, ¿porque cómo ha de querer Dios lo que es imperfecto? Ni tampoco que nosotros las hayamos de querer, porque con los votos le prometimos a nuestro Señor el progresar todos los días en el espíritu; sino que una vez hecha la falta, hemos de conformarnos, hemos de amar las consecuencias de la falta, dándonos a la humillación y como el profeta Rey decir desde lo íntimo de nuestro corazón: *un bien para mí ser humillado para que aprenda tus preceptos*¹⁰, modo divinamente celestial que nos trueca el veneno la mayor triaca.

Hemos de conformarnos en los adelantos que icemos: ¡Ah! Qué bueno es ver a un religioso que modo que el cuerpo humano crece, se robustece y quiere la debida perfección; así de un modo sementé un verdadero hijo del señor san José crece y la virtud, se robustece en su práctica, hasta que llega a la santidad conveniente. Pero hemos de informarnos viendo en estos adelantos no el cuidado que nosotros tenemos; no al afecto que sentiros hacia la santidad; no a los buenos ejemplos que por doquiera se nos presentan; ni a la dirección el maestro que nos conduce hacia la perfección; sino sólo a la voluntad de Dios, y en esto hemos de informamos tanto que como Pablo podamos decir: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta*¹¹, divina sentencia que entraña un acto de conformidad, perfecto, y que nos facilita el decir como el profeta: *Un bien para mí la ley de tu boca, más que millones de oro y plata*.¹²

67. Guerra y paz

Hemos de conformamos en la guerra, mas, ¡ah! ¿qué guerra? Guerra del cuerpo contra el alma, de la concupiscencia contra el espíritu, de los sentidos exteriores contra los interiores, de los afectos contra el corazón, y de las inclinaciones malas contra otras inclinaciones. Mas, ¿qué guerra? Guerra de la naturaleza contra la gracia, de la voluntad del hombre contra la voluntad de Dios; guerra continua, pero tanto que no permite dejar las armas ni un momento; guerra tan sangrienta que no para, ni se acaba, sino hasta alcanzar vida eterna; y guerra explicada maravillosamente por el santo Job cuando decía: *La vida del hombre sobre la tierra es una guerra continua*.¹³

Pues durante el tiempo de esta guerra hemos de pelear; pero a la manera que nuestro señor Cuando se vio en el huerto asaltado de la tristeza, perseguido del tedio y herido del temor, todo lo venció con el *No sea como yo quiero, sino como quieras tú*.¹⁴ Así de un modo semejante hemos de pelear en esa guerra con las armas poderosas de la santa conformidad.

El Espíritu Santo que nos habló de un tiempo de guerra, nos enseñó también el tiempo de paz; y ella ha de ser el objeto de nuestra conformidad, lo propio que el tiempo de guerra. Hay una paz falsa y es cuando las pasiones están como adormecidas; una paz peligrosa y es cuando el maligno espíritu la concede para atacar después con mayor denuedo; y hay una paz verdadera que supera a todo sentido. Pues la santa conformidad es el gran medio para convertir la paz peligrosa en la segura, pues ella hace que uno no confíe en sí mismo sino en Dios; no en sus victorias pasadas sino en Dios; no en promesas humanas sino en Dios, no en el "me parece", sino en Dios, y no en la propia voluntad sino en aquella voluntad divina que todo lo hace: tengamos esa conformidad y

10 Sal 119, 71.

11 Flp 4, 13.

12 Sal 119, 72.

13 Jb 7, 1.

14 Mc 14, 36.

la guerra será paz; y la paz la verdadera. ¡Oh Señor! Dame la santa conformidad por medio de nuestro gran padre y protector, el gloriosísimo y santísimo José.

68. En los escrúpulos y claridad de entendimiento

El escrúpulo es una pena interior y una de las más poderosas para perfeccionar a un alma. Dios puede permitir que a cada instante caigamos en escrúpulos y nadie tiene el privilegio por sí mismo de la excepción. El escrúpulo unas veces tiene el origen en sí mismo y puede residir su causa en la imaginación, en la fantasía, en la memoria y en el entendimiento; o bien puede ser la causa el demonio que intenta por este medio afligirnos; y Dios mismo a veces lo envía a ciertas almas muy escogidas suyas; y en este caso es una de las penas más terribles porque su conciencia se toma como una madeja tan enredada que no hay otro medio que cortar ese nudo por medio de la santa conformidad.

En efecto ella sola es capaz de restablecer la tranquilidad en un alma escrupulosa; porque ella trae consigo la obediencia, la humildad, y como que se le obliga a Dios a que se compadezca de tanta miseria y aunque hemos de confesar que la conformidad es muy útil a semejantes personas, acordémonos sin embargo que estamos obligados también a su ejercicio como religiosos.

Mas, ¡oh Dios!, cuántas miserias. El escrupuloso no cree que lo es, lo niega, acusa a los demás de poco caritativos y aun de irracionales, y él solo se cree el único que obra bien. La claridad es una abundancia de luz divina que alumbra, a la manera que el escrúpulo lo constituye la carencia de esa luz. Es aquella una luz divina que nos comunica el Espíritu Santo, que nos hace reflejar con sencillez y humildad sobre nuestras acciones; luz que es origen de todos los bienes de gracia y de gloria; y luz que en su posesión hemos de conformarnos con la divina voluntad. No digamos que son los estudios que hicimos, ni los libros que consultamos, ni los maestros que nos dirigen, ni mucho menos nuestro natural; solo Dios es la causa por habernos concedido en su misericordia la luz referida; y esta confesión es el primer acto de conformidad. ¡Oh, de qué virtudes no es capaz un alma semejante! Ella es toda de Dios; sólo obra para Dios; todo lo atribuye a Dios, todo lo espera de Dios, comunica a sus obras una perfección admirable, por amor a su buen Dios; y es el origen del más cabal desprendimiento y aun de hacer siempre y en todo lo mejor.

69. Penas interiores

Con el título de penas interiores entendemos todo lo que es capaz de afligir y angustiar nuestro espíritu: ora sea real o aparente, ora afecte al cuerpo o al alma. ora a la imaginación, a las inclinaciones, o a los afectos del corazón; pues en todo esto hemos de ver igualmente la voluntad de Dios. Tales eran las penas del santo Job cuando a la pérdida completa de todos sus bienes se le juntó una mujer que lo trataba de loco, unos amigos que con su admiración y con sus palabras lo consideraban como un réprobo, y unos demonios que excitaban terriblemente todas sus pasiones; él lo venció todo con el *El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó bendito sea su santo nombre*¹⁵, y mereció que nos fuese dado como un ejemplar de paciencia. Así debe ser en un religioso para poder decir de él que se conforma en un todo con la voluntad de Dios; y con una conformidad que puede ser heroicamente perfecta como cimentada en las penas exteriores y en las interiores, en las aflicciones del ánimo y en los tormentos del cuerpo, en la claridad de entendimiento y en los muy terribles escrúpulos; en la paz y en la guerra, en los progresos del espíritu y en las mismas imperfecciones y en la celestial alegría y en la diabólica tristeza; y conformidad que nos permite el proclamar como nuestro el documento del Salvador: *No se haga mi voluntad sino la*

15 Jb 1, 21.

*tuya*¹⁶.

¹⁶ Lc 22, 42.

Capítulo 15. Conformidad sobre nuestro santo Instituto.

70. Sobre nuestro santo Instituto en general

La conformidad de que vamos a hablar es la más difícil para un verdadero misionero, porque se trata de su conformidad sobre el santo Instituto en general, y a la manera que los santos nada sentían tanto como ver a la Iglesia perseguida, así de un modo semejante acontece a un perfecto misionero, el cual siente aflicciones de muerte durante los días de prueba para el Instituto Josefino. Con todo hemos de conformarnos, porque son cosas que casi siempre vienen inopinadamente, que afectan al cuerpo o al espíritu, y que son ya prósperas ya adversas: y es preciso ver en todas ellas no a las causas segundas sino sólo a Dios, y todos hemos de conformarnos principalmente el que ahora escribe estas líneas; porque atendidas las infinitas miserias que nos rodean, no sólo ignoro si Dios quiere de mí el aumento del santo Instituto, pero aun ignoro si quiere que su fundación se formalice como le sucedió al profeta David.

Este santo hallábase lleno de celo para la honra y gloria de Dios, y considerando que él habitaba un gran palacio y que el arca del Señor entre pieles, se encendió en grandes deseos de edificarle un templo. Mas no le fue dado el fabricarlo, porque no quiso el Señor que aquellas manos que habían derramado tanta sangre se lo consagrara; sin embargo le fue permitido la reunión del bronce, de la plata y del oro que había de servir para dicha fábrica. Así de un modo semejante quiere tal vez Dios servirse de mí con relación a ambas familias josefinas; que quiere mis deseos de que mi pobre y humilde Instituto se funde bien y se dilate mejor; pero mis faltas pasadas; mi tibieza actual, la poquedad de mí virtud, ese nunca acabar de darme a Dios, son por ventura poderosos e insuperables impedimentos para que las vea extendidas en nuestros tiempos y con la confirmación apostólica.

Contentémonos, pues, hijos míos con los deseos, juntemos nuestra voluntad con la de Dios; hagamos de nuestra parte lo que podamos; mas no a lo mundano, sino estableciendo la observancia con la mayor exactitud que nos sea dable; no siguiendo los caminos de la carne y sangre, sino obrando según las máximas de Jesucristo; arriemos nuestro santo Instituto, mas no hagamos consistir nuestro amor en llevar la sotana del misionero, sino en vivir como el señor san José en la práctica de la conformidad y como a aquel misionero de quien unos pensamientos del señor Placiard, le hacían decir:

¡Cuan ventajosa es tu suerte, oh misionero, que cumples tus diversas ocupaciones con exactitud!" Ocupado únicamente en hacer la voluntad de Dios, nada le cuesta trabajo; los empleos más oscuros nada tienen para ti de despreciables, porque todos los ve ennoblecidos con la voluntad de Dios; todo lo aceptas con resignación, sin murmurar y aun con placer; porque te dices a ti mismo: Dios es quien quiere que yo lo haga, no murmuraré pues contra él, porque él sabe mejor que yo, lo que me conviene; no examinaré lo que yo pudiera tal vez hacer, ni aun lo que pensarán de mí mis conocidos, porque he dejado ya el mundo, he olvidado ya sus máximas, y sólo pensaré en mi estado actual, y en lo que debo hacer para agradar a Dios.¹

Obrar de esta manera es una grande dicha; es la mayor felicidad, es una paz completísima. Así prácticamente es como hemos de amar a nuestro santo Instituto, lo contrario no es más que amor propio, y hacerse reo de aquel *¡Vanidad de vanidades!²*

¿Qué fruto sacaremos de desear interiormente los progresos del Instituto, si la práctica no está

1 PLACIARD

2 Ecclo 1, 2.

conforme al deseo? ¿Qué fruto de gemir extraordinariamente en las pérdidas del Instituto si nuestra conducta las ocasiona? Sepámoslo de una vez que el mejor modo de interesarse en favor del Instituto, es estar pegados a las máximas siguientes, que son: *desinterés, humildad y caridad*;³ y por tanto, debidamente entregados a la instrucción primaria y secundaria, procurando educar a la juventud según las reglas admirables de la santa Iglesia:

Dejar a los obispos el poder de enviar a los misioneros en los lugares que quisieren de su diócesis, que dichos misioneros reverencien a los curas de los lugares en donde hicieren misión, que les estén sujetos durante el tiempo de ella; que siempre que pudieren vivan a expensas suyas; que no prediquen ni catequicen, ni confiesen sino enviados por los señores obispos; que trabajen con todo su celo en la formación de los ordenandos y a los que vinieren a hacer ejercicios en nuestras casas, y que el superior de nuestro santo Instituto tenga el gobierno entero de ella.

*Estas máximas deben sernos como fundamentales, nada absolutamente debe mudarse de este plan; porque nada se le puede mudar o quitar que no sea de grandísimo perjuicio; múdense las palabras, pero la sustancia ha de quedar toda entera.*⁴

Vivamos según estas máximas y no veamos en cuanto acontezca más que la conducta de Dios ya que todo lo permite para nuestro mayor bien y así progresará ciertamente nuestro santo Instituto, aun en medio de las más grandes pérdidas y humillaciones según el mundo.

71. Sobre el tener vocaciones

Nuestra conformidad ha de extenderse a las mismas vocaciones de modo que no queramos más que las que Dios nos quiere dar. ¿Por qué hemos de querer más vocaciones? ¿Acaso su multiplicidad es lo que constituye la observancia? Al contrario hablando por lo común, a medida que las comunidades han ido creciendo en individuos, a esta misma proporción ha ido disminuyendo la observancia. ¿A qué vienen pues nuestros deseos de querer tener vocaciones? Si esto fuera bueno en sí, de verdad que nuestro Señor Jesucristo lo habría practicado llamando a su escuela multitud de discípulos y apóstoles; y con todo no obró así, sino que en el espacio de tres años no escogió más que a doce que los constituyó sus apóstoles, quedándose los setenta y dos discípulos sin la vocación para el apostolado. ¿Y por qué no escogió a más? Porque ésta era la voluntad de su Padre.

Conformémonos pues también nosotros en las vocaciones que nos vinieren, pero con una conformidad viva que nos haga obrar como Cristo Señor nuestro. Por tanto reguemos para que el señor san José nos dé vocaciones; admitamos a las que se nos presenten creyendo que Dios nos las envía; aunque aquellas que se nos ofrezcan enviadas por Dios, pongámosles sus dificultades, pero de tal modo que no rehusemos a ninguna que Dios nos mande aunque tengamos dificultades que vencer a fin de que todos a la hora de nuestra muerte, podamos decir que nuestra conducta ha sido tan cuidadosa, tan sencilla, tan edificante y tan santa, que no tenemos ni más ni menos indignos que los que nuestro buen Dios, por medio del señor san José ha llamado entre nosotros con la gracia de la vocación.

Procuremos nosotros la práctica del *Hijo, abandónate y me encontrarás*.⁵ Dejémonos a nosotros mismos y quedaremos sin elección propia y sin la propiedad del juicio, y cuando hayamos llegado a este punto, tendremos en el Instituto tantas más vocaciones cuanto hubiéramos tenido más de conformidad. Pero se dirá: que deben desearse vocaciones porque nuestro santo Instituto es nuestra madre, ella nos ha hecho todo lo que somos, y dará mayor gloria a Dios, dilatará el

3 JOLLY

4 SVP, Carta 58.

5 Fili, relinque te, et invenies me (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi*, l.3, c.37, 1).

Reino de Jesucristo y abatirá el orgullo de Satanás y servirá por el fin para el cual Dios la criara; y que será esto tanto más cuanto fuere más extendida y numerosa; pero a todo esto hemos de añadir, que hemos de desear vocaciones sobre todo otro deseo, acordándonos que el mismo Jesucristo nos dijo: *Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies*⁶.

¿Pero los deseamos según los deseos de Dios? Procuremos que así sea; y que por tanto que en tan justos deseos nos abracemos completamente con la santa conformidad ya que éste es el único camino que presenta toda seguridad a fin de que teórica y prácticamente digamos: *Siempre y en toda hora; tanto en lo pequeño como en lo grande nada excluyo; pero en todas las cosas quiero encontrarme desprendido y desnudo de ella*.⁷

Tan cierto es que nos hemos de conformar con la voluntad de Dios sobre el tener vocaciones y no tenerlas; de lo contrario jamás seremos completamente de Dios y nos podría decir con toda exactitud: *¿Cómo puedes ser mío y yo tuyo si no te despojas por dentro y por fuera de tu voluntad?*⁸

Quiera su divina Majestad, concedernos tan grande bien, habiéndonos él mismo en el centro de nuestro corazón, para que por este camino haya entre nosotros ni más ni menos que los que Dios quisiere. Amén, amén, amén.

72. Conformidad en la pérdida de las vocaciones

No podemos dudar que nuestra conformidad con la voluntad divina ha de extenderse hasta en la pérdida de las vocaciones; porque ésta fue la conformidad de Jesucristo. En efecto muchos fueron los discípulos los que tenía Juan y a quienes encargó que lo fuesen de Jesús; muchos los que él mismo conquistó; y no obstante eran muy pocos los que tenía en la hora de su muerte, porque habían desertado de sus banderas. ¿Y qué hacía el Señor en este caso? Se conformaba con la voluntad de su Padre celestial, y se contentaba con asegurarle que por culpa suya no se había perdido ni siquiera uno de cuantos le había confiado. Sentía en su alma la desgracia, les hablaba con duplicado afecto para ganarlos, rogaba por ellos, los instruía con toda caridad, y cuando ya no había remedio se conformaba con la voluntad de su Padre. Tal por consiguiente debe ser nuestra conducta para con aquellos infelices que dejan de ser misioneros, o dejan de ser Hermanas Josefinas, empero si podemos sentir su desgracia e impedirla antes de que se consuma con los mayores actos de virtud; más cuando no haya remedio: *El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó; bendito sea el nombre del Señor*⁹.

Hemos de conformarnos completamente con la voluntad de Dios. Pero es que era un gran sujeto; era capaz de gobernar un día nuestro santo Instituto, y gobernarlo con mucha loa; sus talentos nos habrían hecho ocupar en la Iglesia de Dios un lugar muy distinguido; con sus riquezas habría sacado de la miseria a algunas de nuestras casas; con su influencia nos habría proporcionado grandes fundaciones, y por éstas y otras cosas nos está haciendo mucha falta. Error, error, porque nada de esto es verdad: es imposible que lo sea; y si concediéramos que lo es en sí mismo, hemos de confesar también que no lo es con relación a Dios; y aun concediendo, que lo había sido hasta ahora; pero no lo será de hoy en adelante porque Dios no lo quiere por su medio; y si lo quisiere en parte o en todo, él sabrá abrir otras fuentes, que nos proporcionarán todo lo dicho y mucho más si fuere necesario. Concluyamos que nadie hay necesario en una comunidad; y que su

6 Mt 9, 38.

7 Semper et in omni hora, sicut in parvo sic et in magno. Nihil excipio, sed in omnibus te nudatum inveniri volo (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi*, l.3, c.37, 1).

8 Alioquin quomodo poteris esse meus, et ego tuus, nisi fueris ab omni propria voluntate intus et foris spoliatus? (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi*, l.3, c.37, 1).

9 Jb 1, 21.

permanencia en ella es no conveniente desde el momento que no tiene vocación por haberla perdido por su ingratitud para con Dios; y que nuestro Señor sabrá darnos el ciento por uno si obramos con la debida justicia, por medio de la práctica de la santa conformidad.

Hay personas que en estos casos sólo se conforman muy mal, porque le sienten extraordinariamente con algunos, pero cuando el individuo no es según su modo de pensar, hasta casi se alegran. Esta conducta obrando con toda verdad no es la práctica del querer divino, sino del amor propio; no es obrar según la conformidad sino según la voluntad propia. Nosotros no hemos de obrar humanamente, sino a lo divino; y lo lograremos viendo que en estos casos es un alma la que se pierde. No decimos que no hayamos de sentir la pérdida de un individuo en el cual nuestro santo Instituto había puesto una parte de sus esperanzas porque nuestro Señor lo sintió; sintió la pérdida de los discípulos que lo abandonaban; lloró sobre Jerusalén, ¿y cuáles serían sus lloros sobre el desgraciado Judas? Por tanto no nos está prohibido sentirlo por motivos divinos como Jesús; pero sí el sentir su pérdida por motivos humanos; podemos sentir la pérdida de las vocaciones; pero sentir las guiados siempre por el fin altísimo de la conformidad con la voluntad de Dios. Con un gran santo quisiéramos nosotros siempre recordar prácticamente: *Abandónate con verdadera resignación; da todo por el todo; nada busques, nada pidas; permanece pura y confiadamente en mí, y me tendrás y me gozarás con una interna y profunda paz,*¹⁰ hermoso privilegio de las almas que se conforman con la voluntad de Dios. ¡Ojalá que con esta gracia nos enriqueciera desde este día nuestro gran padre el señor san José! Amén, amén, amén.

73. Conformidad en la ruina de una casa y aun del Instituto

Finalmente hemos de estar conformes con la voluntad de Dios hasta conformarnos en la ruina de una casa y aun del Instituto de ambas familias josefinas, si así lo dispusiere su santísima voluntad. ¿Por otra parte qué es lo que puede arruinar a nuestro santo Instituto? ¿Y qué es lo que puede conservarlo? No las riquezas, porque éstas sólo sirven para lo que puede comprarse a precio de oro; no los hombres porque estos sólo pueden conservar a veces lo que ellos hicieren; no Satanás porque éste no tiene fuerzas sino para destruir las obras suyas; pero sí debemos afirmar que la inobservancia de la Regla podrá perder toda una casa, toda una Provincia, y aun todo el Instituto. Porque a la manera que una comunidad crece en bendiciones a medida de su exactitud en la guarda de las Reglas; así ella se pierde y se arruina conforme al grado de relajación. ¿A qué viene pues inquietarse sobre el porvenir de nuestro santo Instituto? Seamos perfectos observantes de la Regla y con esto lo aseguraremos. ¡Mas, y cuánta es nuestra miseria! ¡Y cuán diferente obramos en la práctica! De ordinario sólo señalamos las causas segundas; y así las pérdidas de tales bienes, de tal casa, de tal individuo, y casi nuestra total ruina lo atribuimos a la ineptitud, vigor o demasiada suavidad del Gobierno, a la revolución que todo lo destruyó; al tal poderoso que nos hizo una injusticia; a la venganza de tal persona, y sin embargo, en rigor no es esto, sino que la fe nos enseña que la inobservancia es lo único que nos ha podido perder. Obremos de nuestra parte bien y quedémonos completamente conformes con la voluntad de Dios. No decimos que no hayamos de sentir el peligro de esas desgracias pero si decimos que la pérdida de una casa, de toda una Provincia y aun de ambas familias josefinas; a pesar de todo el sentimiento hemos de quedarnos conformes después de haber tenido un rato de oración; tal es la virtud a que había llegado san Ignacio de Loyola que hasta este punto poseía la santa conformidad. Démonos pues a Dios por medio de esta práctica, y con ella poseeremos la mayor virtud; porque es la grande obra de un varón perfecto, es tener siempre su vista fija en el cielo, es saber prescindir de todo cuanto nos rodea, es no ser ya humano en medio de la concupiscencia, y

10 Relinque te, resigna te, et frueris magna interna pace (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi*, l.3, c.37, 2).

es gozar una prerrogativa celestial; divinos efectos que los gozarán ciertamente cuantos se conformaren con la voluntad de Dios.

Capítulo 16. De los medios para que nos conformemos con la voluntad de Dios

74. La imitación de Jesucristo

La misma Regla que ha insinuado al religioso poderosísimos motivos para que conformara su voluntad con la divina; la misma Regla que le enseñó en qué consiste y cuáles eran las obligaciones que le impedía, ésta misma le da el grande y eficazísimo medio de alcanzar su práctica y no es otro que la imitación de Jesús; por esto comentándolo decimos: *Hacer todas estas cosas por el único motivo de cumplir el divino beneplácito, y para imitar, en cuanto esté de nuestra parte, a Jesucristo, el cual cumplió siempre todas las cosas por tan nobilísimo fin, según lo dijo El mismo. “Hago siempre las cosas que agradan a mi Padre”.*¹

¿Poderoso motivo porque, quién no ha de querer hacer lo que hizo el hombre Dios? y medio sumamente eficaz porque, ¿quién viendo a Jesucristo que se conforma no querrá seguir sus divinos pasos?

Pensemos que con su práctica imitamos a Jesucristo, y por consiguiente, que practicamos lo más justo y lo más útil y lo más agradable a Dios; y practicamos lo más sencillo de la sencillez, lo más humilde de la humildad, lo más dulce de la mansedumbre, lo más trabajoso de la mortificación, lo más ardiente del celo, lo mejor de la pobreza, lo más inmaculado de la castidad, lo más subido de la obediencia y lo más puro de la ardentísima caridad; porque todo esto hizo Jesucristo para conformarse con la voluntad de Dios.

Y efecto es de la conformidad misma todo cuanto hizo; y al descender del cielo a la tierra y estar nueve meses en el seno de su Madre; y la estabilidad de la fe que nos dejó, y el ejemplo en todas sus palabras; y la justicia en todos sus hechos y la misericordia de todas sus obras; y lo estrictamente santo de sus costumbres, y el no dañar a los que lo injuriaban; y el rogar por sus enemigos y hacemos todo lo que nos hizo; y el amar a su mismo Padre, todo es efecto de esta misma conformidad. ¡Qué medio! ¡A no dudarlo ha de obrar tan eficazmente sobre el corazón!

Lo ampliaremos un poco más diciendo: *Para esto vino Jesucristo al mundo para hacer la voluntad de su Padre, hasta el punto de asegurarnos que lo que alimenta, deleita y fortifica es esta misma voluntad; que la práctica de Jesucristo durante su vida mortal fue un deseo dulce e incomparable de que todas las criaturas hiciesen la voluntad de su Padre; que sólo irán al cielo los que hayan hecho la voluntad de Dios, y que jamás desconocerá a una persona que se haya ejercitado en tan santo ejercicio.*² Recordemos a nuestro Señor Jesucristo haciendo la voluntad de su Padre en los casos más difíciles de la vida, para que saquemos de su conducta la mayor imitación.

75. Conformidad de nuestro Señor en la tristeza

El Hijo de Dios sumido en la mayor tristeza y completamente conforme con la voluntad de su Padre, es medio eficazísimo para que nos conformemos aún en los casos del mayor apuro. Después de la institución de la Eucaristía sale del cenáculo y se dirige al huerto de los olivos; la noche era oscura aunque el pálido resplandor de la luna comenzaba a asomarse cuando el Señor fijó su primera huella en el huerto santo. Vendrá un día, diría a sus discípulos para alentarlos, que estaré en este lugar no como un hombre que carga las iniquidades de todos los siglos, sino como

¹ RCM 2, 3, 4^o; Jn 8, 29.

² SVP, *Conferencia a misioneros del 7 de marzo de 1659, sobre la conformidad con la voluntad de Dios*; ES, XI, 448-450.

el juez de todos ellos; ahora yo soy el afligido; pero entonces temblará el género humano en mi presencia, y los hombres dirán a los montes que los sepulten. Así se explicará el maestro para alentar a sus acobardados discípulos; pero en vano porque ellos creyeron que aquello era un delirio ocasionado por su grande tristeza. ¡Qué tristeza la del Salvador, viendo que no era entendido ni aún en el momento solemne de la separación! Por esto trató de curarlos al paso que les hiciera ver su enfermedad. Vosotros todos os escandalizaréis de mí en esta noche; porque está escrito que herido el pastor serán descarriadas sus ovejas; mas yo os digo que cuando haya resucitado me encontraréis en Galilea. Viendo los apóstoles que su Maestro se ponía más triste, sintieron un poco aquel entusiasmo y recogimiento que habían recibido en la Eucaristía; y lo rodean, le muestran su amor, se lo protestan mil veces, y Pedro que era en todo el primero le añade: *Aunque todos os abandonaren, yo jamás os abandonaré.*³ ¿Y qué tristeza la del Salvador ver a sus apóstoles tan fervientes, y ver en su presencia que todos lo abandonarían? ¿Y qué tristeza anunciar a Pedro que antes que el gallo cantara dos veces, en aquella misma noche ya él lo habría negado tres?

Los apóstoles trabajaron con empeño para consolarlo; pero viendo que sus tentativas eran vanas, comenzaron a dudar y esa duda fue el principio de la tentación. Jesús había dejado ya a ocho de sus apóstoles y se había internado en el huerto de los olivos con Pedro, Juan y Santiago; y como su tristeza se multiplicaba, el discípulo amado así le decía: *¿Cómo estás triste tú que has sido siempre todo nuestro consuelo? ¿Triste está mi alma hasta el punto de morir?*⁴

Le contestaría el Salvador como si hubiese dicho: estoy triste porque por todos lados sólo veo motivos de tristeza; porque la angustia y la tentación me cercan, figuras las más horribles me rodean, todos los padecimientos me embisten y todos los pecados que se han cometido y se cometerán pesan ya sobre mí. ¡Ah! Quedaos un poco aquí mientras que yo me voy a orar, y orad también vosotros para que no entréis en la tentación. Su tristeza y angustia se multiplicó, y semejante a un hombre que busca un asilo en medio del desierto, así lo buscaba nuestro Señor, hasta que entrando en una gruta allí oró. ¡Feliz gruta! Porque en ella comenzó el Salvador a dar la satisfacción más completa mediante la tristeza suma que padeció su humanidad santísima. Allí estaba como aniquilado por la inefable tristeza que lo sumergió en un mar de aflicción; allí se le aparecieron todos los pecados del mundo; allí bajo formas mil y cual más terribles vio todos los crímenes, y allí fue donde su tristeza recibió nuevos aumentos por parte de Satanás. Porque si se atrevió tentarlos en el desierto, ¿qué no haría en esta noche viendo que ya la tristeza se había apoderado de él? ¡Cómo!, le diría, ¿tomarás sobre ti todos los pecados, y sufrirás tú solo toda la pena, y darás satisfacción por todo? ¡Cómo!, ¿podrás tú que ahora ya temes, ya tiembles y estás sobrecogido de la mayor tristeza? ¡Cómo!, ¿podrás tú satisfacer, tú que fuiste la causa de la muerte de los inocentes, tú que formaste los padecimientos de tus padres relegándolos a un país extraño; tú que pudiendo, no libraste de la muerte a Juan; tú que abandonaste a muchos enfermos y dejaste de hacer una gran parte del bien que podías? ¿Tú podrás satisfacer por todos los hombres? En una palabra, el demonio como el más hábil y formidable enemigo atacó con la mayor furia a nuestro Señor de todos los modos, y lo sumió en una pena y agonía y aflicción y angustia tal, que le obligó a decir: *Mi alma está triste hasta el punto de morir; Padre, todo es posible para ti; aparta de mí este cáliz; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú.*⁵

3 Mc 14, 29.

4 Mc 14, 34.

5 Mc 14, 34, 36.

76. Conformidad en la pena de imaginación

Hay penas de imaginación que hacen padecer horriblemente pues el medio más eficaz para conformarnos en este estado, y dejamos de ellas con actos de conformidad es considerar que nuestro Redentor estando en el huerto de las olivas las padeció de parte de Satanás y de parte de los hombres y de todos se defendió con la santa conformidad. El demonio se le aparecía bajo todas las formas capaces de intimidarlo; ya como un hombre cuyo grandor, monstruosidad y negrura eran indecibles, ya tomando formas de animales, formando el más terrible conjunto de lo más fuerte del león, de lo más cruel del tigre, de lo más horrendo del dragón, de lo más horrible del lobo, y se lo presentara como a otras tantas figuras de los pecados de los que se iba a cargar; y a tanta abominación y discordia, a tanta contradicción y cualidad y a tanto desprecio e ingratitud, sólo respondió con la santa conformidad: *No se haga mi voluntad sino la tuya.*⁶

A la manera que la pasión era el grande golpe que había de acabar con el imperio a Satanás; así Satanás en persona, rodeado de toda su infinidad de prosélitos embistió al Redentor. ¿Y qué guerra no le haría con el número indecible de legiones de todos los tiempos y de todas las razas que se habían alistado a sus banderas? El alma del Salvador sería un solo padecimiento porque de cien y cien lugares distintos sufría todos los ataques; y como si del calor de la batalla todas las balas enemigas cayeran en un solo punto; así caía todo sobre Jesús y con tales padecimientos que le ocasionaron el sudor de sangre. ¿Y con qué armas se defendió? No con otras que con la de la conformidad: *No sea como yo quiero, sino como quieras tú.*⁷

En aquel momento vio todo cuanto había de hacerse en el sacramento de su amor; con todas las especies de profanadores, en el olvido práctico de los cristianos, con la negligencia de los ministros y con su omisión culpable que llegaría muchas veces hasta el desprecio. Vio a tanta multitud de ciegos que no han querido verle en el sacramento, de paráliticos que no han querido dar un paso para conocerlo, de sordos que no han escuchado ni la suavidad de su voz, ni el anatema de la Iglesia, de tímidos y cobardes que no han querido defenderlo, de niños que no obstante de ternuras que manifestó se han apartado de él, y tantos que siguiendo las ideas del mundo habían de despreciarlo como a loco; triste resultado del error, de la incredulidad, del fanatismo, de la rabia y de la persecución; y todo lo superó con el *no se haga mi voluntad sino la tuya.*⁸

En este augusto sacramento vio que no sólo recibiría los desprecios ordinarios; sino aún aquellos que sólo es capaz de imaginarlos el mismo demonio. Vio que los mismos que enseñaran la presencia real lo tratarían con desprecio; y que su Iglesia y su altar, su tabernáculo, el cáliz mismo y los corporales traerían la marca de la indecencia; y que si no lo profanaban interiormente, al menos lo deshonrarían en lo exterior. Vio a muchas iglesias en las cuales más que la miseria reinaría la indiferencia, la pereza, el egoísmo, a pesar de ser la iglesia su propia casa. Vio a iglesias que dejados los adornos magníficos de aquellos tiempos de piedad los reemplazarán por un lujo mundano: Vio a iglesias. ¡Ah!, ¿cuántos pobrecitos están mejor tratados en sus miserables chozas que nuestro Señor en algunas iglesias? ¡Ah!, y esto que él se ha dado a los hombres, que ha prometido estar con ellos hasta la consumación de los siglos y aun de dar céntuplo por sólo un vaso de agua dado por su amor; y a todo contestó: *No se haga mi voluntad sino la tuya.*

Allí vio las irreverencias de todos los siglos, los sacerdotes que habían de tratarlo indignamente, y los sacrilegios de un sinnúmero de cristianos; y vio a guerreros furiosos profanando los vasos

6 Lc 22, 42.

7 Mt 26, 39.

8 Lc 26, 42.

sagrados, y a los servidores del demonio sirviéndose del santísimo Sacramento para el culto infernal; y vio a todos los separados de la Iglesia, y con su incredulidad, superstición, herejía, cisma y filosofía mundana; lo vio todo y con su sudor sangriento, sus cabellos erizados y cubiertos de gotas de sangre; y como un hombre lleno de heridas y llevando todo el peso de todo el género humano y temblando y gimiendo; y todo lo venció con el *No se haga mi voluntad, sino la tuya*. Así sucederá con nosotros.

77. Conformidad en los trabajos

Eran las seis de la mañana cuando nuestro Señor fue conducido a la casa de Pilatos, Anás y Caifás, vestidos de fiesta y con los hábitos sacerdotales, iban delante; muchos sacerdotes, escribas y fariseos les seguían, luego los falsos testimonios y al último de todos venía Jesús con la túnica inconsútil que la había tejido su santísima Madre, y cerraba la marcha el populacho, ¡qué escándalo! ¡Todo un Dios es el arrastrado a los tribunales! ¡Son los hombres los que van a cometer el mayor crimen! ¡Es el poder de las tinieblas el que va a obrar! y son los sacerdotes de Dios los que van a consumir el deicidio! ¡Oh, de qué no es capaz el hombre movido por las pasiones!

Pilatos no obstante de ser un pagano se escandaliza de ver el estado en que los malos tratamientos habían colocado a nuestro Señor y a la pregunta ¿De qué acusáis a este hombre? Contestan furiosos: si no fuere malhechor no te lo habríamos llevado. ¿Qué motivo de conformidad? ¿Qué puede sucedernos, que pueda compararse con sus trabajos? Lo acusan de que seduce al pueblo y le había predicado la obediencia; de que turbaba la paz pública y enseñaba la sumisión a las autoridades; de que violaba el sábado y aseguró que no había venido a quebrantar la Ley sino a observarla, de que se negaba a pagar el tributo al César y él mismo había hecho milagro para pagarlo con Pedro; de que adquiriendo popularidad quería hacerse rey y se hizo invisible para que no lo proclamasen; y si había permitido que cantaran el hosanna al Hijo de David, era porque así daban la gloria que era debida al que había venido en nombre del Señor, como que era su ungido y el verdadero Mesías. ¡Qué motivo para conformarnos en los trabajos, y para conservar un misterioso silencio aun en las más grandes acusaciones! Y si respondió que era Rey con la dignidad que reclamaba su divina persona, fue para dar testimonio de la verdad, dejando en todo su peso todas las calumnias; así predicó la conformidad en su mayor escala.

78. Conformidad en las burlas

Jesús fue enviado por Pilatos a Herodes; por el camino renovaron todos los malos tratamientos, lo llenaron de insultos, obraron de nuevo contra Él con toda ira y su rabia ya que su justificación era callarse y conformarse. Herodes, el adúltero Herodes que había vendido su religión, era el juez que debía examinarlo y se prepara con la ciencia mundana, que nuestro Señor como sabiduría infinita desconcertó con su consumado silencio. Le habló de lo que se decía de Él, de las ofensas que Él mismo había recibido, de los milagros que había hecho, de que estaba en su mano verse libre con solo hacer algún prodigio en su presencia. Más Jesucristo no quiso hablar ni una palabra con este excomulgado que había dado la muerte a su precursor.

Los príncipes de los sacerdotes se aprovechan del disgusto que causaba a Herodes el silencio del Salvador, y renovaron contra él todas las falsas acusaciones. Herodes irritado de que no le hablara lo trata de insensato y hace que sus soldados le tributen los honores de un Rey de burlas. ¿Qué no sufriría nuestro Señor puesto en manos de aquella fiera soldadesca? Le vistieron de blanco. y en suma le descargaban golpes tan mortales, que no eran menos crueles que los que dieron los filisteos a Sansón después que le hubieron quitado los ojos. Y Jesucristo a todo callaba porque esta era la voluntad de su Padre. Aprendamos cuál debe ser nuestra conducta de este tan religioso

silencio de nuestro divino Redentor.

79. Conformidad activa y pasiva

Jesucristo con la cruz a cuestas será el modelo de conformidad activa y pasiva que va a servirnos para toda ocasión. Cargado con el peso infinito de una infinidad de pecados le faltaron las fuerzas y los verdugos viendo que se paraba, tiraron tan cruelmente con las cuerdas que dieron por tierra con el Redentor. Su compasión es llenarlo de imprecaciones y Él ruega por sus enemigos; un socorro sobrenatural lo alienta, levanta su cabeza, y sus verdugos la muestra que le dan de compasión es coronarlo de espinas, y Él ruega por los mismos que se las clavaban. Sigue el camino, se encuentra con su Madre. Cae segunda vez bajo el peso de la cruz y es maltratado con la rabia de todos los ministros infernales y Él ruega por sus verdugos. Y viendo que volvía a caer, dijeron: no podemos conservarlo vivo si alguien no le lleva la cruz; acto aparentemente piadoso pero que fue de los más crueles; porque si se les hubiera muerto por el camino no habrían tenido el gusto infernal de calvario en la cruz.

¡Cuántos actos de conformidad! Pasivamente, porque todo lo sufre por ser la voluntad de su Padre, y activamente porque de continuo lo está ofreciendo a su Padre y desea todos los dolores que pueda sufrir. ¡Feliz Simón que ayudó a nuestro Señor a llevarle la cruz! Y felices nosotros si cargáramos con la cruz de la conformidad. Jesús orando subía el monte calvario y cada paso que daba y cada golpe que recibía tan fiero como bruscamente repetido, era una oración ferviente que dirigía a su Padre; era una aceptación la más fervorosa y completa de todos los padecimientos, y era una lección de las más instructivas que podía dejarnos Así se conformó Cristo nuestro Señor y así nos debemos conformar nosotros y quiera su divina Majestad que así sea.

Capítulo 17. De otros medios para adquirir la conformidad

80. Doy gusto a Dios conformándome con su voluntad

Otro medio que hemos de adoptar para conformarnos con la voluntad de Dios, es decir: *el beneplácito de Dios*.¹ Debo conformarme porque tal es el beneplácito y el gusto de Dios. Este medio obra siempre poderosamente sobre las almas generosas, como corazones que disfrutaban de aquella divina caridad que es propia de Dios. Dar gusto a Dios es obrar como nuestros primeros padres en el paraíso durante los días de su inocencia, que sólo hacían en un todo la voluntad de Dios; como el piadoso e inocente Abel, que le ofrecía al Señor lo más hermoso de todo lo que le había dado; como el justo Noé cuando saltando del arca le levantó a Dios un altar para ofrecerle sacrificios; como el celosísimo Moisés que amando a Dios hacía su voluntad haciendo que otros lo amasen también, y sobre todo, el religioso que hace la voluntad de Dios le da gusto como nuestro Señor que sólo fue destinado a venir al mundo para hacer la voluntad de su Padre.

Jesús declaró que había hecho siempre la voluntad de su Padre y en todas las cosas y hasta la muerte, y por esto de él dijo su eterno Padre: *Este es mi Hijo amado, en quien me complace*.²

¡Qué recuerdos para que uno haga en un todo la voluntad de Dios! ¡Ah! Es un medio eficacísimo para que nos aficionemos a él, así como el temor de disgustar a Dios lo es también aunque por una razón contraria.

¿No hago la voluntad de Dios? pues ya obro como el ángel rebelde que no quiso hacer la voluntad de Dios; obro como el protervo Caín que dando la muerte a su inocentísimo hermano no hizo la voluntad de Dios; obro con la corrupción de todos los hombres, porque cuando pecan no hacen la voluntad de Dios. Procuremos pues aficionarnos a la práctica de hacer en un todo la voluntad divina, ya que es también la grande súplica de David cuando le decía: *Enséñame a cumplir tu voluntad*.³

Fijémonos cómo se portaba un hermano coadjutor, según decía san Vicente a las Hermanas de la Caridad: *Sabéis cuál era la práctica del Hermano Antonio. Él es un gran siervo de Dios y a quien vosotros conocéis y es un modelo de paciencia en las enfermedades, de sufrimiento en las calumnias y de resignación en las penas interiores. Si él se sentía enfermo decía inmediatamente: hermana mía enfermedad, bien venida seas; pues vienes de parte de Dios. Si se le decía: hermano Antonio, dicen que usted es un hipócrita y que muy bien lo da usted a entender por estar muy lejos de hacer lo que dice; él respondía: Hermana mía detracción, bien venida seas. Si se le decía: Hermano Antonio, hay personas que están disgustadas de usted que es un embaucador y que engaña al mundo; a esto respondía: hermana mía calumnia, bien venida seas. Yo creo, continúa el santo, que este Hermano es una de las personas más santas que hemos conocido en estos días; pues su grande máxima era recibir todas las enfermedades y todo lo que le mortificaba como venido de Dios.*

Aplicando este punto tan edificante diremos a nuestros hijos: cuando conociereis que los otros estén descontentos de vuestra conducta que se quejan y censuran vuestros procederes, decid como nuestro hermano Antonio y con el mismo espíritu: Hermana mía adversidad, bien venida seas. Si enfermáis y esto os impide atender a otros ministerios como lo desearías: ¡Oh!, alabad a Dios que lo permita así para vuestro bien y para su mayor gloria; y portaos de la misma suerte en las dificultades; en los apuros, en las aflicciones y en las contradicciones que es sucedieren;

1 Quam Dei beneplacitum (Thomas a Kempis, *De imitatione Christi*, l.2, c.4, 1).

2 Mt 31, 17

3 Sal 143, 10.

*teniendo por cierto que no podéis presentar a su divina Majestad un sacrificio más agradable que el de ofrecer a él para sufrir por su amor todo cuanto a él le plazca enviaros.*⁴ Hagamos, pues, como hacía este hermano y llegaremos muy pronto a la práctica de la santa conformidad.

81. Pedirla a Dios

El pedir a Dios la santa conformidad, es un medio mucho más necesario de lo que algunos creen porque si todo don perfecto es dádiva de nuestro Señor, ¿cuanto más lo será la práctica de la conformidad que con razón debe ser considerada como el don de los dones? En efecto, es de tal suerte la gracia de las gracias que es toda nuestra perfección del mismo modo que lo fue Jesucristo y lo será aun siempre porque no puede concebirse una cosa más perfecta que la conformidad con la voluntad divina; ni cosa que más glorifique a Dios, ni más útil para nosotros porque nuestras obras sólo tienen mérito en cuanto están hechas conforme a la voluntad de Dios. ¡Oh!, quién nos diera que hiciéramos nuestra súplica de esta petición: *Señor, enséñame a cumplir tu voluntad.*⁵

Hemos de pedir la virtud de la conformidad porque naturalmente no la tenemos, porque somos contrariados por todo cuanto nos rodea, porque malos ejemplos nos exhortan a dejar la voluntad de Dios para hacer la nuestra y porque la voluntad de Dios es una cosa tan subida y de tanta perfección que sólo Dios puede concederla.

Hemos de pedirle a Dios la conformidad, porque ésta es la súplica de nuestro Señor, y podemos decir que cuanto nos enseñó se reduce a pedir la santa conformidad, porque el que la alcanza tiene todas las cosas. Al decirnos: *mas vosotros así oraréis*, es como si hubiera dicho: decid *Padre nuestro*, porque ésta es la voluntad de mi Padre; decid que *está en el cielo*, porque es voluntad de mi Padre el derramaros desde el cielo todo cuanto necesitáis; decidle que *santificado sea su nombre*, porque él os dará según la medida de la santificación que le hubiereis dado; decidle que *venga a nos en su reino*, porque es su voluntad hacemos entrar en su mismo gozo; decidle que *nos dé el pan cotidiano*, porque es su voluntad el proporcionarnos todo cuanto necesitamos; decidle que *nos perdone nuestras deudas* porque de hecho Él nos quiere perdonar del mismo modo que *nosotros perdonemos a nuestros hermanos*; decidle que *nos libre de todo mal* porque somos sus hijos y nos quiere ver colmados de todos los bienes; en suma, todo el *Padre nuestro* que es la oración que nos enseñó Jesucristo para que le pidiéramos todo cuanto necesitamos para el cuerpo y para el alma; es por antonomasia la oración de la conformidad: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*⁶.

82. Otros medios

He aquí unos medios prácticos que encerramos en las siguientes palabras: *Muchísimo importa actuar la voluntad y aun contraer el hábito de hacer las cosas por Dios. Es menester tener cuidado de levantar el corazón a Dios en las acciones que hacemos para consagrárselas. ¿Y si no me acuerdo? Aun se me pasan horas y días enteros sin pensar en Dios y sin dedicarle lo que estoy haciendo. ¡Si entre nosotros hubiese semejantes misioneros y josefinas! Es menester que se humillen y aflijan mucho de la pérdida del mérito de tantas acciones, y del placer que le habríamos podido dar a Dios. Al levantamos haremos una oblación general y dos o tres veces por la mañana y otras tantas por la tarde por este medio adquirimos nuevos títulos de amor que nos harán perseverar y crecer en la santa práctica de conformidad en todo con la voluntad de*

4 SVP, Conferencia a hermanas del 19 de septiembre de 1649, sobre el amor de Dios; Coste IX, 482-483.

5 Sal 143, 10.

6 Mt 6, 1

*Dios.*⁷

Roguemos a Dios que nos conceda la gracia de poder decir que nuestra comida sea, hacer siempre y en todo la voluntad de Dios. *Si Dios nos hiciera la gracia de hacer la voluntad de Dios, cumpliríamos con nuestras santas Reglas y seríamos dignos de estar en su escuela, mas mientras tengamos voluntad, oh Salvador, no estamos dispuestos a seguiros, no tenemos mérito en nuestras penas, ni parte con Vos como la tendríamos si de veras renunciáramos a nuestra propia voluntad para hacer la vuestra.*⁸ Entendida una vez la voluntad de Dios en cualquier asunto por dificultoso que sea, se debe emprender con toda resolución y seguir con constancia hasta el fin y con tanto mayor conato cuanto fueren mayor los obstáculos que se ofrecieren, porque si inconsiderados y sin bastante motivo abandonamos un buen designio, Dios nos vuelve entonces las, espaldas, y dispone que otros hagan la buena obra que nosotros habíamos de hacer. No se debe excusar gusto, ni trabajo ni aun perdonar la misma vida cuando se trata de hacer la voluntad de Dios, porque nadie está tan unido a Dios como el que desnudo de la propia voluntad hace lo que Dios quiere; porque es el único medio para hacerse uno santo; porque es el distintivo de un verdadero misionero y de una verdadera Josefina; porque más vale un acto de resignación a la voluntad de Dios cuando el Señor nos enviase alguna adversidad que cien mil obras buenas nacidas de nuestra inclinación y gusto; y en suma, porque un alma bien resignada, abraza con gusto todo lo que viene de las manos de Dios, le atribuye un corazón colmado de tantos afectos, y sirviendo al prójimo, le rinde todo el obsequio que puede, dejando el resultado de sus tareas a la divina Providencia.

Con estas importantísimas sentencias y con este conjunto de motivos y medios para alcanzar y practicar la santa conformidad, hemos querido concluir nuestro pobrecito trabajo, para que todos alcancen lo que nuestra tibieza ni siquiera ha sabido concebir. Apliquémonos todos a la práctica de la santa conformidad ya que Dios nos lo pide, y nos lo pide todo el cielo y nuestros hermanos, y la santa Regla, y nuestras ocupaciones, y los pobrecitos y toda nuestra conveniencia y utilidad; porque sólo seremos verdaderos misioneros y verdaderas josefinas en cuanto hagamos siempre y en todo la voluntad de Dios. Tal es la súplica que le dirigimos a Dios, por todos los individuos de ambas Familias josefinas, y a cuantos leyeren esto les suplicamos humildemente que hagan por nosotros la misma oración.

⁷ SVP, *Conferencia a misioneros del 7 de marzo de 1659, sobre la conformidad con la voluntad de Dios*; ES, XI, 455.

⁸ SVP.

Índice

José María Vilaseca	1
La conformidad con la voluntad de Dios	1
<i>Manuscrito: De la conformidad con la voluntad de Dios</i> , [1865], tomo 3, ff. 7 - 48 (intercalado en el manuscrito de <i>Ejercicios</i>), sin prólogo; original AGMJ, Fundador, Manuscritos	2
1a. edición: <i>Tratado sobre la conformidad con la voluntad de Dios</i> , Tipografía Religiosa, Manuel Trigueros, Esquina de la Concepción, México, 1904	2
Prólogo: México, 9 de abril de 1904	2
2a. edición: <i>La conformidad con la voluntad de Dios</i> , misioneros Josefinos de México, México, 1985.....	2
Capítulo 1. De la regla que tienen todos los religiosos de conformarse con la voluntad de Dios	3
1. Jesucristo exigiéndonos la conformidad	3
2. Motivos que nos da la Regla de un religioso para que la practiquemos	3
3. En qué consiste la conformidad con la voluntad de Dios	5
4. Nos obliga a hacer y evitar lo que debemos.....	5
5. Nos hace obrar según el espíritu y nunca según la carne	6
6. Nos hace considerar cuanto nos sucede como venido de Dios	6
7. Nos hace obrar con el único motivo de agradar a Dios.....	7
Capítulo 2. La conformidad con la voluntad de Dios es el mejor ejercicio	9
8. Es un ejercicio piadoso.....	9
9. Es del todo inapreciable	10
10. Es el mejor medio para salvar las almas	11
11. El mejor tesoro para el religioso	12
Capítulo 3. Que la conformidad con la voluntad de Dios es el ejercicio que en solo su nombre lleva la mayor alabanza	14
12. Es el ejercicio más sublime	14
13. Es el más honroso.....	14
14. Es el más consolador	15
15. Es el más perfecto	16
16. Es el más divino	18
Capítulo 4. La conformidad de nuestra voluntad con la de Dios es el medio más cierto para adquirir con brevedad la perfección	20
17. Explicación del espíritu de la Regla	20
18. Alaba a Dios el que se conforma con su voluntad	20
19. Le pide lo que Dios quiere	22
20. Vive con gran contento	23
21. Practica toda virtud.....	23
22. Obra lo más perfecto	24
Capítulo 5. En qué consiste la conformidad con la voluntad de Dios	26
23. En qué consiste.....	26
24. En qué consiste la conformidad pasiva	27
25. En qué consiste la conformidad activa.....	29
26. En qué consiste la conformidad familiar en la práctica	29
27. Obligación de procurarla.....	30
Capítulo 6. De la primera especie de obligaciones que nos impone la conformidad	32

28. Explicación de la Regla.....	32
29. Nos obliga hacer lo que Dios nos manda	33
30. Nos obliga a abstenernos de lo que Dios prohíbe	34
31. Nos obliga a hacer lo que la Iglesia nos manda	35
32. Nos obliga a abstenernos de lo que la Iglesia nos prohíbe.....	35
Capítulo 7. De la primera especie de obligaciones que nos impone la conformidad.....	38
33. Nos obliga a hacer lo que nos mandan los superiores.....	38
34. Obliga abstenernos de lo que los superiores nos prohíben.....	39
35. Nos obliga a hacer lo que las Constituciones nos mandan.....	40
36. Nos obliga a abstenernos de lo que la Regla nos prohíbe	41
37. Nos obliga a obrar según nuestras Reglas especiales de los oficios	43
Capítulo 8. De la segunda especie de obligaciones que nos impone la virtud de la conformidad.....	44
38. Explicación de la Regla.....	44
39. Conformidad en la comida y bebida	46
40. Conformidad en el sueño.....	47
Capítulo 9. De la segunda especie de obligaciones que nos impone la virtud de la conformidad.....	50
41. Conformidad con el trabajo.....	50
42. Conformidad en el descanso	51
43. Conformidad en las cosas necesarias que nos gustan	52
44. Conformidad en las cosas que no son, agradables ni desagradables.....	53
Capítulo 10. Perfección de la conformidad y excusas para no practicarla.....	55
45. Perfección de este estado.....	55
46. Es camino duro, pero es el más santo.....	56
47. Es duro pero es el camino de Jesucristo.....	57
48. Es duro pero necesario	58
49. Es duro pero suavizado por la gracia	59
Capítulo 11. De la tercera especie de obligaciones que nos impone la conformidad	61
50. Explicaciones de la Regla	61
51. Conformidad en la casa y en los bienes	62
52. Conformidad en el aposento y en los muebles.....	63
53. Conformidad en el comer, beber y dormir	65
54. Conformidad en el vestido y en el todo lo que nos da el santo Instituto.....	66
Capítulo 12. Conformidad en los actos de devoción y en el ejercicio del ministerio.....	67
55. Explicación de la Regla.....	67
56. Conformidad en el rezo y en la misa.....	68
57. Conformidad en la confesión y predicación.....	69
58. Conformidad en las misiones, ejercicios y colegios	70
59. En las parroquias, hospitales y casas de beneficencia.....	71
Capítulo 13. Conformidad en la salud enfermedad, imposibilidad de curarse y en la muerte	73
60. Conformidad en la salud	73
61. Conformidad en la enfermedad.....	74
62. Conformidad en la imposibilidad de curarse.....	75
63. Conformidad en la muerte.....	77
Capítulo 14. Conformidad en los trabajos ordinarios y extraordinarios.....	79

64. Explicación de la Regla.....	79
65. Conformidad en la tristeza y alegría	80
66. En las imperfecciones y adelantos de la virtud	82
67. Guerra y paz	82
68. En los escrúpulos y claridad de entendimiento	83
69. Penas interiores	83
Capítulo 15. Conformidad sobre nuestro santo Instituto.....	85
70. Sobre nuestro santo Instituto en general	85
71. Sobre el tener vocaciones.....	86
72. Conformidad en la pérdida de las vocaciones	87
73. Conformidad en la ruina de una casa y aun del Instituto	88
Capítulo 16. De los medios para que nos conformemos con la voluntad de Dios.....	90
74. La imitación de Jesucristo	90
75. Conformidad de nuestro Señor en la tristeza	90
76. Conformidad en la pena de imaginación.....	92
77. Conformidad en los trabajos	93
78. Conformidad en las burlas.....	93
79. Conformidad activa y pasiva.....	94
Capítulo 17. De otros medios para adquirir la conformidad	95
80. Doy gusto a Dios conformándome con su voluntad	95
81. Pedirla a Dios	96
82. Otros medios	96
Índice	98